





LA CIUDAD de la LUNA

MURRAY LEINSTER



NOVELA DE CIENCIA-FICCION



LA CIUDAD DE LA LUNA

Murray Leinster

Titulo de la obra en inglés: CITY ON THE MOON
Traducción de: F. Sesén
Primera edición: Julio 1962
N. de Registro 5444-41 Depósito Legal B -17780-62

CENIT SELECCIONES CIENCIA-FICCIÓN

I

LA TRAMPA

Habían claqueteos y ruidos del motor en el interior del cu hermético del jeep lunar, pero eran aquellos los únicos sonidos podían oírse. Las enormes ruedas metálicas rodaban sobre la ro dentro del vehículo el clamor era audible, mientras que fuera rei un absoluto silencio. El enorme jeep, con su carga oscilante, se m sin ruidos, como un fantasma en la que concernía al panorama. que no podía oírse nada fuera del tubo cerrado que constituía la ca del jeep. Estaban en la Luna, un mundo sin atmósfera.

El vehículo marchaba por entre las montañas, arrastrándose s sus ruedas de siete metros de diámetro y recorriendo un ter fantástico. Era de noche y la Tierra llena vertía su luz enmarcada e lecho de estrellas de un brillo sin parpadeos. El claro de Tierra arrojando sombras y haciendo relucir al jeep lunar mientras débilm avanzaba entre pináculos y fosas en una pesadilla violenta conve en realidad. La superficie lunar parecía el escenario de un ant bombardeo efectuado con meteoros y con montañas arrojadas des cielo para desgarrar el rostro de aquel mundo ya muerto. El pa lunar era una pura confusión; era el caos; era el paroxismo d desolación.

Pero en la cabina del jeep había cierta confortable comodidad e sonido imperturbable de los motores. Los chasquidos y claqueteo transmitían a lo largo de los ejes de las ruedas para proporcionar cierta sensación de tranquilidad. Naturalmente, no se pensaba en n anormal. Excepto en una cosa: el peso era una sexta parte de lo habría sido en la superficie terrestre. Joe Kenmore, conducienc jeep, habría pesado sólo trece kilos y medio utilizando una balanz resortes, en vez de sus setenta y dos kilos y pico.

—Es extraño que uno aquí se sienta en paz —dijo por encima d hombro—, más seguro incluso que en la ciudad. ¡Esto está tranquilo! La gente debería dejar de cuando en cuando los lug demasiado atestados.

Aquello último era una ironía. La Ciudad Civil estaba compuesta tres cúpulas polvorientas sitas a unos veinticinco tortuosos kilóme de allí. El polvo lunar, apilado desaliñadamente sobre las semiesf infladas, mantenía fijas a aquellas gigantescas burbujas gracias a propio peso. El mismo polvo aislaba las cúpulas del increíble frío c noche lunar, que duraba dos semanas, al mismo tiempo que protegía del calor de horno producido por los siguientes quince día sol calcinador, sin el atemperamiento de una atmósfera y de u nubes.

Unos ciento cincuenta hombres vivían y trabajaban y holgazanea en la Ciudad. Además, habían estaciones localizadoras en donc radar señalaba la caída de los cohetes automáticos de transporte llevaban a la ciudad suministros de la Tierra. Luego estaban las b de proyectiles dirigidos, que fueron las primeras huellas de Humanidad sobre cualquier cuerpo celestial no fabricado po hombre. Sus posiciones constituían alto secreto. Y más allá del lejano de la Luna, remoto en el vacío, se alzaba el Laboratorio Espa Aquello era la razón de la existencia de la Ciudad Civil, del jeep lu de la presencia de Kenmore y Moreau en él y de los acontecimie frenéticos que ocurrían tanto en la Ciudad como en su exterior.

—Pero *yo* no me siento seguro —exclamó Moreau bruscamen Tengo una sensación de otra clase y no me gusta. No hay motivo qu respalde, pero me paso el tiempo pensando en mis pecados. ¡Es mala señal!

Kenmore frunció el ceño. Algunas veces Moreau tenía razón. É un miembro del grupo francés de la Ciudad —que tenía que

internacional para poder existir—. Las bases de proyectiles dirig americanas en la Luna eran fuentes de histérica desconfianza er naciones no americanas. Esas bases podían lanzar y nadie pc albergar la más leve esperanza de poderlos interceptar. Las b americanas mantenían la paz en la Tierra, pero difícilmente po hacer nacer la buena voluntad entre loa nombres. Los acontecimie ocurridos en la Ciudad Civil demostraban que la internacionaliza del Laboratorio Espacial no había acabado con la tensión.

—Estoy pensando —dijo Moreau con hosquedad— que han ha cuatro jeeps en misiones como la nuestra...—, los cuales ja regresaron a la Ciudad. Uno de ellos con toda certeza fue saboteadc alguno de nuestros amigos de la Ciudad. La avería del segundo fue lo menos sospechosa. Y las huellas de otros dos conducían a precip rocosos... caso harto improbable, porque esas rutas habían estabilizadas con explosivos. No creo que ninguna de esas cosas fu accidentes y por eso me siento intranquilo. Pero, la verdad sea di no sé por qué *lo* estoy ahora mismo.

Joe Kenmore gruñó y continuó conduciendo. La maniobra de un lunar requiere realmente cuatro o cinco manos, una percep extrasensorial, el don de profetizar y una visión tridireccional conductor. Los jeeps lunares eran vehículos extremadamente exót derivados de los camiones terrestres utilizados para trabajar en frigidez sin atmósfera. Cada una de sus cuatro ruedas girab extremo de un pedúnculo; cada pedúnculo podía ser gobern individualmente y también de un modo independiente ser elevado sobrepasar por cualquier obstáculo. La cabina se alzaba a unos metros de la superficie; contenía un compartimiento aislado para c y una serie de diversos aparatos. Reptando casi insensiblemente encima de masas de roca, entre cráteres y restos de cráteres y e cráteres interiores a otros cráteres lunares, aquel jeep parecía má insecto plateado con ruedas. Su carga actual era un cohete mercancías sin tripulación venido de la Tierra, que había caído más de las montañas y que era transportado a la Ciudad Civil col debajo de la cabina, entre ruedas.

—Debemos sentirnos bien —dijo Kenmore—. Estamos retrocedi por el mismo camino por el que vinimos.

La curiosa huella de las ruedas del vehículo que quedaba en el p era muy clara y visible al resplandor de los focos. Había, naturalme

polvo lunar por doquier. Las violentas alternativas de alta tempera y de temperatura bajísima, entre el día y la noche, habían fragmen la superficie de las rocas en todas partes y luego habían desmenu los fragmentos hasta formar con ellos una capa gruesa y profund polvo tan fino como el talco. Debajo de algunas laderas habían, incl lagos de polvo... y un lago de esa índole era una trampa para hombres y sus máquinas. Un jeep se hundiría allí como si hub caído en las arenas movedizas, sin esperanza alguna de poder s Además, lo curioso era que los surcos dejados por cualquier vehí durarían siempre por la falta de viento que borrara la impresión débil.

El jeep lunar siguió adelante, pasando bajo el monstruo desgar de un monolito y rodeando una fosa que se hundía indefinidamente senda hacia fuera era perfectamente llana, Había sido escogida a de fotografías tomadas desde el espacio y, puesto que el jeep ya la h recorrido sin contratiempos una vez, parecía ser segura al emple para el regreso.

—Tengo cariño a todos los de la Ciudad —añadió Moreau pens —. Pero sigo temiendo que alguien pretenda matarme por cuesti políticas ¿No te pasa lo mismo a ti?

Kenmore volvió a gruñir. En el camino del jeep había una mas roca en forma de aguja, caída hacia adelante en toda su extensión c quedó hace un millón de años, pero intacta. Maniobró el vehículo cuidado para subir por encima del gigantesco caído. Tenía que leva una rueda cada vez y posarla con delicadeza al otro lado.

El jeep se detuvo delante de la barrera formando con ella un án de aproximadamente cuarenta y cinco grados. Directamente más del obstáculo se alzaba una monstruosa pared de piedra de lo m ochocientos metros de altura y que relucía bajo la luz terre Parcialmente relucía; habían sombras de un negror absoluto en d las porciones salientes que impedían que llegara la luz. El ant camino del jeep se acercaba al acantilado y giraba a la dere corriendo paralelo al farallón. Kenmore, con el ceño fruncido p concentración, comenzó a levantar la pata derecha del jeep. Una alzada, el vehículo avanzaría un poco, volvería a bajar la rueda y l repetiría la operación con la pata trasera izquierda. Lu deslizándose, operaría del mismo modo con las ruedas de la p izquierda y así el jeep podría proseguir la marcha.

Entonces se produjo un intolerable fulgor blanquísimo de
resplandeciente... más brillante que la que provenía de la Tierra,
brillante que el planeta mismo y mucho más todavía que la de los f
del vehículo. Durante un instante todo el panorama lunar, todos
desgarrados montículos parecieron caer con una increíble dure
toda la zona de los alrededores del jeep quedó alumbrada com
estuviera a la luz del día. Luego cayó la noche otra vez.

No se produjo sonido .alguno, pero el jeep lunar se estremeció p
impacto que sus ruedas le transmitieron. Kenmore llevó las pala
hacia sí y las tres ruedas asentadas sólidamente giraron hacia a
con toda su potencia. El propio vehículo retrocedió; entonces la ru
en parte alzada tocó la superficie y el jeep marchó hacia atrás. Ca
instante pivotó en redondo utilizando algún desconocido eje bajo él
alejó del caído monolito.

—Tenía razón —dijo Kenmore.

El jeep volvió a avanzar. Sus ruedas crujieron y saltaron e
alfombrada piedra; los focos alumbraron el camino. Pero la sensa
de marcha parecía en sí un sueño. Con una gravedad de un s
ningún objeto cae deprisa. Los saltos hacia arriba eran bruscos,
los alunizajes eran suaves; en la Luna un objeto cae menos de
metro en su primer segundo de descenso libre. Aquel vuelo era c
una pesadilla.

¿Qué...?

—¡Mira atrás! —exclamó Kenmore.

Moreau se acercó a una de las poternas, miró y se quedó sin alie
El precipicio de ochocientos metros de alto se derrumbaba ante
ojos. Su masa enorme oscilaba, se inclinaba hacia adelante. Piedr
fragmentos de roca se esparcían con rapidez por todas partes; m
pétreas gigantescas se agitaban en movimiento, lo que era más horr
porque aquí no debería haber tal movimiento... porque lo único
debía moverse eran los hombres o sus máquinas.

Parecía que el acantilado no caía tanto hacia abajo como lo h
hacia adelante. Se cernía sobre él jeep volador y velaba las estre
luego se le vio caer como si fuera la zarpa de alguna monstru
criatura.

Pero todo había sido una tremenda deliberación, en todo except
los saltos del jeep; las masas de roca descendían con cierta lent
Los objetos en la Luna caen, aproximadamente, ochenta centímetro

el primer segundo de caída; apenas metro y medio en el segu segundo y un poco más de tres metros en el tercero. Los fragme volantes del acantilado parecían casi flotar por encima del vehículo; pero también descendían y su masa era monstru Kenmore sin saber cómo, logró utilizar una mano para pulsa mecanismo que cerraba las poternas de vidrio anteponiendo desc exterior una especie de persianas de acero, eso les serviría en c modo de protección. Las persianas estaban diseñadas para proteg los ocupantes del calcinante calor diurno, pero también podían s para impedir que los fragmentos de roca destrozaran los vidrio plástico.

Algo chocó contra una rueda; algo rozó con increíble fuerza la p posterior extrema de la cabina. Piedras, rocas, peñascos, cayeron el vehículo y se posaron casi deliberadamente«n el suelo... y la viole de su impacto quedó demostrada porque se fragmentaron en partíc nada más alcanzar el suelo.

El jeep vadeó hacia un lado para esquivar ana masa tan gra como una casa, que alunizó a treinta metros de distancia. demasiado grande para rebotar pero se quebró como el aire líquic hace al caer. La masa se desintegró e instantes después el jeep locamente como si sus ruedas pasaran por encima de irregul fragmentos.

Luego la luz terrestre quedó bloqueada, Kenmore soltó un juram cuando algo más alto que el propio jeep voló por delante de la venta del conductor y giró hacia adelante, desprendiendo partículas d materia mientras rodaba. Pareció chocar y hacer carambola con paredes rocosas de ambos lados. El clamor de las piedras caye sobre el cuerpo de acero del jeep levantó un estrépito que nadie hub imaginado ser capaz de oír.

Kenmore frenó, con el rostro retorcido por la tensión; después si de cerca al monstruo. Y de repente el caer de fragmentos de disminuyó. Casi acabó... luego se oyó un terrible «boca de a proyectil invisible. Después, hubo sólo el diluviar de partículas oscilaban, en sus tamaños, desde las del grosor de un puño no h las que semejaban granos de arena; luego silencio. En la súbita qui una rueda batió con violencia; el último impacto la había alcanz Kenmore se puso tenso, sin saber si aquel batir sonaba a algo ma

irreparable. En cualquier caso el arreglo de la avería era imposible
perdió el tiempo y detuvo el vehículo.

II

ALUNIZAJE DE EMERGENCIA

Moreau se arrastró de donde había sido arrojado por la sacudida jeep y miró hacia el apenas alumbrado tablero de instrumentos donde los ojos de Kenmore, también, estaban fijos. En la trasera jeep algo crujió; hubo un siseo mientras el aparato de aire traba brevemente. Pero el indicador de presión no se movió; el jeep no pe su aire en el vacío exterior. El aislamiento del ala plástica de v entre los cascos interior y exterior había sellado cualquier aguje rajadura producido en la plancha del vehículo.

—La explosión fue demasiado pronto —dijo Joe Kenmore— hubiésemos tenido una rueda a la otra parte de la peña a estaríamos enterrados.

Moreau tragó saliva.

—Una rueda se ha doblado... —dijo con un hilo de voz—. ¿Crees podremos volver a la Ciudad así? Es inútil creerlo o no —le respo Kenmore—. Seguiremos adelante hasta que este trasto se caig pedazos... si es que ¡lo hace. Si la rueda se cae, qué le vamos a hace

Moreau volvió a tragar saliva.

—Ese fogonazo puede haber sido de un meteoro. Quizá un aer ha chocado contra la parte alta del acantilado...

—Sólo que no fue así —dijo Kenmore con rabia—. El h vaporizado no hubiese dado una luz puramente blanca. Eso fue pól

de magnesio en combustión dentro de oxígeno líquido; ¡noso podemos causar explosiones así!

Había nombrado un explosivo que era el más seguro para utiliza los cohetes —es completamente inocuo a menos que sus ingredie se mezclen— y el explosivo cuyos constituyentes eran los suminis normales para la Ciudad Civil. Oxígeno, claro ,era para resp pólvora de magnesio para que los vehículos jeep se extendiesen encima de los kilómetros y kilómetros de polvo lunar y marcase posición para que pudieran ser vistos desde el espacio.

Un cohete había sido salvado así, antes de que su tripula estuviese muerta.

—Entonces, pues... —Moreau emitió una serie de monosíl furiosos en su propio idioma. Si alguien había hecho volar acantilado para destruir aquel jeep y asesinar a su tripulación, blasfemia parecía tener cierta justificación.

—Eso significa que quisieron matarnos, si —dijo Kenmore—. interesante descubrir quién, además de nosotros, estaba por ahí e jeep. Podría ser que esos fuesen nuestros posibles asesinos. Abri cajón y sacó las espacio-fotografías en gran escala que eran a la mapas y resultado de las exploraciones en su área general d superficie lunar.

Después de un tiempo, Moreau habló lentamente:

—Claro que podrían ser esos enemigos de la Ciudad Civil qu viven en la misma urbe.

Kenmore no contestó. Sujetó una foto al bastidor del mapa donde podía verla con claridad, y comenzó a obligar al jeep a rebor de modo que se pudiese salir de aquella incómoda situación. La pi gigantesca directamente delante de ellos estaba rodeada por escom peñascos de todas las dimensiones posibles formaban un círculo alrededor. El jeep podía marchar, lanzándose violentamente, pasa por encima de las piedras pequeñas; podría dar la vuelta y esqu soslayándolas las mayores dificultades. El resto tendría que franqueado de otro modo, que si pudiese salir de aquella incón situación. La piedra gigantesca directamente delante de ellos es rodeada por escombros; peñascos de todas las dimensiones pos formaban un círculo a su alrededor. El jeep podía marchar, lanzán violentamente, pasando por encima de las piedras pequeñas; podría

alguna vuelta y esquivar soslayándolas las mayores dificultades
resto tendría que ser franqueado de otro modo, si es que era posible

—Nuestros presuntos asesinos —dijo Moreau inquieto—, podrían individuos de la Ciudad que desaprueban por completo el proyecto que forman parte. O también podrían provenir de la Ti desembarcados secretamente y operando desde una base estable en cualquier parte sin que los radares los hubieran detectado. Pero un quien dice que los Estados Unidos no se encuentra a gusto teni gentes de otras naciones en la Luna. Dicen que sus... ejem... milit pueden producir accidentes, sabotajes, para desanimar a los quieran venir, o estén aquí.

—¡Eso no lo creo! —saltó Kenmore. —No —admitió Moreau—. tampoco. Ni creo en una base secreta establecida por nues enemigos. Pero alguien dirá que los Estados Unidos trabaja escondidas para sabotear el proyecto al que han admitido a países. La afirmación es una locura, pero creíble.

Kenmore gruñó. Había crisis en la Tierra, que esperaban vencer el proyecto de la Luna. Habían habido veintitantas civilizaci conocidas en el planeta, durante el pasado, recordó, y cada cual h llegado a un punto de crisis en el que se colapso. Siria y Babilo Grecia y Roma se alzaron y cayeron... Y eran al menos tan civiliz como naciones. De acuerdo que la civilización occidental es construida sobre la fuerza mecánica más que basándose en músculos humanos; se había alzado más alto por tanto que ningun las demás. Con bastante fuerza, los hombres podían hacer de la T un jardín y colonizar las estrellas. *«El hombre no sólo puede hacer e* pensó Kenmore; *«él hombre tiene que hacerlo ,o su civilizació hundirá. ¡La cultura debe crecer o morir!»*

Pero aquí estaba la cuestión de la fuerza. Sus fundamentos petróleo y el carbón tenían un límite; sólo la energía atómica pron dejar que el progreso continuara. Sólo la fuerza atómica env radiactividad y la radiactividad significaba peligro. Ya el ambient partículas atómicas de la atmósfera había multiplicado ocho vece influencia desde que estaban en uso los relativamente triv reactores nucleares. No importaba con cuánto cuidado se pusi blindajes o pantallas, ni tampoco importaban los penosos gast dispositivos de protección atómica, una porción seguida e inmutabl veneno atómico se instalaba en el aire. Había un límite para la fu

que podría ser producida, sin destruir toda la vida en la Tierra y límite estaba a punto de ser alcanzado… Sin haber producido bast energía para la civilización humana pudiese continuar su progreso.

Aquella era la razón para el Laboratorio Espacial… inte descubrir un nuevo principio para producir energía atómica. Porqu hombres consideraban que aquello era lo más importante, la emp más grandiosa jamás emprendida. Los mejores cerebros de la humana trabajaban febrilmente entre explosivos atómicos más terr que las bombas de fusión; cada inspiración era peligrosa; cada la podía ser el último. Investigaban en medio de un peligro exce insoportable en la Tierra, e incluso en la Luna; era preciso hacer aquella distancia en el espacio, haciendo que el satélite fuese un ca de investigaciones que protegiera al planeta contra lo que puc ocurrir en el laboratorio. La misma Ciudad Civil existía como una de suministros para el laboratorio, como un lugar en donde hombres del laboratorio podían, relajarse de vez en cuando.

«Si el laboratorio tiene éxito», pensó Kenmore, *«la Tierra será un jc y las estrellas serán nuestras».* Era el sueño más espléndido que hombres habían intentado realizar. *«Pero a causa de la naturaleza c Humanidad, la esperanza en sí misma tenía sus propios enemigos.»*

Estaban los sistemas sociales que sólo dan resultado cuando hombres son ignorantes y medio muertos de hambre. Habían naci en las que tales sistemas todavía prevalecían. Las castas goberna se verían desterradas si llegaba la prosperidad hasta el pueblo; enseñanzas no podrían resistir la luz del día; sus gobiernos queda destruidos por el progreso. Y para tales naciones, el propósito c Ciudad y del Laboratorio Espacial, era un peligro real y presente. eso habían espías y saboteadores que podían ganar recompe fabulosas por cualquier acción que obstruyera o paralizase el proy lunar.

El jeep siguió tambaleándose alejándose del lugar en donde debí haber sido sepultado. La rueda podría o no aguantar. Sería abs para Kenmore y Moreau intentar enfrentarse a aquellos que ha provocado la explosión en un territorio tan accidentado como aquel. culpables serían difíciles de hallar; además, el jeep no estaba equi para la lucha. Ninguno de los jeeps lo estaba. Cosa extraña, n permitía nada más en la Luna, fuera de las bases militares ocu *«Así, en el más implacable de los conflictos»,* pensó Kenmore, «

enfrentarte con la situación más trascendental, era necesario ha cara con las manos desnudas». Los jeeps no podían luchar exc atacándose uno a otro a topetazos y los hombres no podían ofı batalla, sino practicar solamente el asesinato.

* * *

Los acantilados se alzaban a ambos bandos. El vehículo cc tambaleante llegó a una llanura abierta que era un cráter lunar.. pared más lejana quedaba invisible por debajo del horizonte próx Las huellas del viaje de ida, para recoger un cohete de carga y lleva la base, estaban todavía claras a la luz terrestre. Kenmore descubri estrecho círculo en dirección a los acantilados de los que había salic

—Esperarán de nosotros que rodeemos ampliamente para esqu otra emboscada —dijo con sequedad—, de este modo engañaremos... Eso espero. Nos encaminaremos de reg directamente, antes de que puedan preparar otra avalancha. Dese que pudiésemos usar la radio. Con una rueda averiada...

La rueda se batía y saltaba visiblemente, pero era imposible uti la radio. La falta de atmósfera en la Luna significaba que no h ionosfera para refractar las ondas de radio y dirigirlas de nuevo hac horizonte. La radio trabajaba, pero solamente en distancias en l recta. Comunicarse con la Tierra requería ondas ultracortas penetrar la atmósfera terrestre y un reflector de unos catorce me para dirigirlas en un radio compacto al través de loa trescientos r pico de kilómetros de vacío. La Ciudad Civil estaba apenas a ses kilómetros de distancia, pero sin embargo fuera del radio de acció las comunicaciones por radio en la Luna.

No obstante, Kenmore dio el interruptor. Una voz delgada se oyó tripulante del jeep se puso rígido. Entonces oyó las palabras:

—*«¡Llamando a la Ciudad Civil! ¡Llamando a la Ciudad Civil! tenemos radio!¡Vamos responda, Ciudad Civil!»*

Moreau abrió la boca de asombro.

—Pensé —dijo Kenmore— que nuestros amigos de allá atrás poc hacer una llamada de auxilio, esperando que fuéramos lo bast locos como para responder. Entonces nos dirigirían un rayo direcci hacia nosotros y sospecho que cuando intentásemos ir hacia ellos...

El altavoz seguía emitiendo voces. Se oía decir:

—¡Llamando a la Ciudad Civil! ¡Llamando a la Ciudad Civil! ¡Vam entrar! ¡Tenemos que hacerlo! ¡Envíenos un rayo, Ciudad Civil! ¡Es un caso de emergencia! ¡Es preciso que tengamos un rayo! ¡Va ¡Vamos!

No podía ser nada más que un cohete terrestre... La transportando viajeros que hacía dos viajes al mes desde la Tierra cohete traía personal y suministro y se llevaba de vuelta infor voluminosos de las exploraciones científicas que eran actualm subproductos del verdadero proyecto espacial. El trabajo eser seguía en el Laboratorio del Espacio, más allá, en el extremo lejan cohete terrestre había dejado la Tierra seis días antes y partió c plataforma espacial —el satélite artificial que circundaba la Tierra, era el primer dedo de la Humanidad hundiéndose en el vacío— y haba tomado combustible para una segunda partida. Durante u cuatro días se lanzó en carrera libre hacia la Luna, con los coh apagados, Pero ahora los cohetes flameaban y el navío necesitaba rayo direccional para alunizar— porque casi todas las activid humanas en la Luna tenían lugar en la oscuridad.

Kenmore tocó un botón y las persianas de acero del jeep descorrieron. Él y Moreau pudieron mirar en línea recta al través cristal transparente de la cabina. Por encima de sus cabezas esta las estrellas, y la Tierra un objeto brillante en el cielo. Había sombra verduzca, en ella, con continentes distorsionados, claram visibles y estaba también los casquetes polares. Alrededor brillaban estrellas y cada una relucía con una luz fija e inmutable. Las estr eran de todos los colores.

Pero cerca del borde del rostro brumoso de la Tierra había movimiento, una llama blanquiazulada... Producida por las tobera un cohete, iluminado por el infierno que producía. El cohete estab profundamente hundido en la sombra lunar y encima de las cabe Podía estar a una altura de setecientos kilómetros o qu cuatrocientos, o quizás cien; tenía el aspecto de una nebulosa brill y cercana moviéndose entre las estrellas.

Kenmore miró hacia allí. La brillantez brumosa en forma de co se trasladaba lentamente hacia un lado. Estaría decelerando en ángulo para alinearse entre 'la Tierra y la Luna. Su piloto es utilizando la velocidad lateral con respecto a la superficie lunar

frenar su navío. La gravedad del satélite arrastraba al cohete h
abajo; al poco, se dispararían los gigantescos cohetes del freno
regular por completo la caída y el alunizaje sería muy, pero que
suavemente dentro de un mínimo de dos kilómetros de las m
polvorientas que eran la Ciudad Civil. Los habitantes de la
deberían de haber oído aquellas llamadas del espacio; esta
alegrándose. Alguno de ellos se habría puesto los vestidos de vacío
salir en la noche frígida y sin aire y ver cómo el cohete llegaba
superficie. Quizá celebrasen grotescas danzas de bienvenida e
pequeña gravedad y al claro de luz terrestre.

La voz débil se volvió a oír de repente, como si quien hab
estuviera a punto de perder los nervios:

*—¡Llamando a la Ciudad Civil! ¡Llamando a la Ciudad (
¡Escuchen, ahí abajo, escuchen! ¡Éste es el cohete terrestre! ¡Vam
entrar! ¡No podemos evitarlo! ¡Tenemos tres pasajeros y dos de ellos
mujeres! ¡Dennos un rayo para el alunizaje! ¡Respóndan
¡Respondan!*

Moreau se agitó incómodo.

¿No habrán saboteado el rayo? —dijo intranquilo—. ¿Y por qué t
mujeres a la Luna? ¡No podían cometer mayor locura!

La voz del altavoz se hizo histérica de repente:

—¡Locos! —gritó con frenesí—. *¡Enviadnos un rayo ¡¡Tenemos
alunizar !¡Vamos, Ciudad Civil! ¡Llevamos a bordo a Cecile Duclos
una chica llamada Arlene Gray…!»* Joe Kenmore emitió un rugido. C
loa puños y los agitó contra el cielo.

Allí estaba la chica con quien iba a casarse, si es que log
regresar a la Tierra. Se llamaba Arlene Gray y su padre tenía estr
asociación con el proyecto del Laboratorio Espacial.

Aumentó el volumen de la energía del jeep y lo lanzó locamen
través del cráter casi a nivel del suelo. Era inútil, claro; la Ciudad
estaba a unos sesenta kilómetros de distancia. En aquella super
tan accidentada que tenía que recorrerse, quince kilómetros a la
era una gran velocidad. Podría doblarla conduciendo con sufici
descuido, si la rueda estropeada aguantaban; pero, incluso así
llegaría a la Ciudad Civil en menos de dos horas. El cohete caer
suelo dentro de un máximo de veinte minutos; quizá diez. Posiblem
alunizaría en alguna parte todavía más pronto…

El jeep lunar saltó locamente hacia otra ruta que les conduciría ciudad. Arrojó olas de polvo por los lados de sus gigantescas rue una de las cuales ya no era redonda.

Oyeron la voz dos o tres más, llamando frenéticamente y reclama un rayo para alunizaje, un rayo que les condujera hacia el espa puerto, La tercera vez, la voz era muy débil; el cohete estaba pasa más allá del horizonte.

El jeep siguió adelante como una cosa loca. Dentro hubi chasquidos y tumbos y el suave sonido de las máquinas. Pero fuer se oyó nada en absoluto.

III

LA CIUDAD DESIERTA

La Luna es un mundo pequeño de montañas altas. Por ta cuando el jeep lunar franqueó el último obstáculo y la ciudad estu la vista allá abajo, el vehículo quedaba todavía demasiado alto. Apeninos alzaban sus rocosos y descarnados dedos hacia las estre a unos siete mil metros de altura por encima de la lava congelada formaba el Mare Indrium. En el paso, el jeep estaba a unos cinco metros más alto que la ciudad. El vasto y solamente ondulado llegaba hasta un horizonte que no era más que un lugar en donde estrellas comenzaban a brillar. Había un gris infinito limitado po nada y por otro luz grisácea procedente de la Tierra allá arriba, que se desvanecía hasta una profunda negrura en la distancia.

Sin embargo, no había luces en donde la ciudad debería estar. L allá lejos, Kenmore y Moreau podían ver un suave relucir de brillan pero no era la ciudad.—Llama a la ciudad —jadeó Joe Kenmor ¡Entérate si el cohete terrestre ha alunizado sano y salvo.

Moreau llamó; no hubo respuesta. Su aparato de radio debería ll hasta la ciudad; volvió a llamar una y otra vez. No hubo ninguna c de respuesta. La luz parpadeante allá lejos del mar pudo h respondido, quizá; pero desapareció mientras el jeep se adentraba e sendero marcado que formaba el camino.

El sudor inundó el rostro de Kenmore mientras la radio perman obstinadamente silenciosa. No podía ver a la ciudad mi naturalmente. Eran sólo tres grandes montículos polvorie invisibles a kilómetro y medio de distancia. Pero deberían tener l en la parte superior; deberían haber focos resplandecientes apunt hacia el cohete terrestre mientras descargaba la carga y la entraba la ciudad por las escotillas y esclusas de aire. Deberían haber j transportando cargamentos y las luces pectorales de los hombres vestidos espaciales moviéndose de una parte a otra. Pero no se nada de eso.

—¡Deja de llamar! —gritó Kenmore, cuando estaban ya a dos te del camino por el peso—. ¡Algo ha ocurrido!

Moreau apagó el transmisor. El jeep siguió adelante por el ca cuidadosamente, un sendero señalado por las ruedas de otros jeep otros viajes al través de aquellas montañas. Habían lugares en d agudos precipicios de cientos de metros aguardaban al incauto. H una larga ladera que terminaba con brusquedad; uno podría sobre al descenso sólo si pasaba entre dos rasgados monolitos sobre los el polvo lunar había colocado una especie de irónica aparienci nieve.

Llegaron a nivel del suelo, al nivel del congelado mar de piedr donde las huellas de los jeeps en el polvo mostraban el camino. ruedas del vehículo, con sus casi siete metros de diámetro, march erráticas —una de ellas cojeando violentamente— mientras Ken continuaba dirigiendo la marcha al través de la noche.

Llegaron a las grandes masas polvorientas que eran la Ciud seguían sin ver luces… Ninguna luz en lo alto de la cúpula, ningun la esclusa de aire. No había jeeps siquiera fuera de la Ciudad. No h nada en absoluto que indicase una ocupación normal.

Y tampoco se veía ningún cohete terrestre.

Kenmore frenó a unos cien metros de la entrada en forma de t que conducía a la principal esclusa de aire. Con Arlene Gray e mente, sudaba, se irritaba y estaba torpe de horror todo a la vez. Moreau dijo, animoso:

—Si hubiese habido un verdadero desastre, las cúpulas se hab desplomado. Y las ves intactas.

Cierto… las cúpulas estaban intactas, sus formas cónicas parecían haber sufrido la menor alteración. El polvo lunar tien

pequeñísimo ángulo de reposo y si la burbuja interior se hub colapsado, el cono mismo mostraría el hecho. E incluso tener angus por Arlene, Kenmore se dio cuenta de que nada tan drástico com destrucción completa había ocurrido en la Ciudad Civil. Se p presuroso su traje espacial, pero Moreau lo hizo primero. Se prec hacia la pequeña esclusa de aire del jeep y se oyó el chasquido d puerta interior y el batir de la bomba. Luego el sonido que significab abertura de la puerta externa. Kenmore vio las luces del jeep ilum la polvorienta superficie lunar y la cuadrada obertura de metal d esclusa de la Ciudad y los obscuros flancos de impenetrable Apareció la sombra de Moreau, multiplicada por el número de las lu Era un grupo de sombras desvaneciéndose a partir de sus pies, to moviéndose con agudeza, pero de imprecisa imitación mutua.

Kenmore entró dentro de la esclusa. La bomba comenzó a funcio pero no pudo esperar; abrió la puerta exterior y la obertura engrandeció de manera explosiva. El aire interior se escapó desvanecerse en la nada. Kenmore bajó por la escala de cuerda.

La voz de Moreau, tranquila como siempre, irrumpió dentro casco de Kenmore.

—La esclusa de aire está abierta. Hay muchas huellas de pisa todas en dirección al exterior.

Kenmore avanzó para ver. La inmensa soledad que un hombre si dentro de un traje espacial en la Luna tenía, ahora una n justificación. Para Joe, se mezclaba con el terror por lo que pud haberle ocurrido a Arlene. La Ciudad Civil se levantaba desde la llan del Mar Indrium, a unos seis kilómetros del pie de la Cordillera de Apeninos. Y los Apeninos lunares son espectaculares. Ahora, curiosa luz reflejada de la Tierra, parecían como dedos gigante tendientes implorantes hacia el firmamento. Se les veía desgarra formando una pared tumultuosa contra el insensible e inmut firmamento de estrellas. La Tierra brillaba con fuerza, imparcial, s ellos y sobre el pétreo mar. El Mar Indrium era tan indiferente c carecía de perfecta llaneza; tenía una especie de suave y blando ab formado por la pátina del polvo lunar. La luz terrestre servía destacar la soledad de un hombre en un fundo en donde los hom ya no tenían quehacer.

Kenmore llegó hasta la esclusa de aire y Moreau señaló al sinnúm de pisadas. La polvorienta superficie las mostraba con claridad. Ha

muchas; demasiadas. Todas en dirección al exterior.

Entraron los dos y Moreau encendió las luces pectorales de armadura. Luego maniobró en la palanca que debería haber cerrac puerta exterior; no ocurrió nada.

Sin una palabra, manejaron el cierre manual. De nuevo Mo maniobró con el mando que debería de haber abierto la puerta inte de nuevo también no ocurrió nada. Kenmore utilizó la palanca mar rabioso, y al poco la puerta cedió; hubo un suave bufido de Entraron en el interior de las dobles puertas de la cúpula y cerraro puerta exterior. Abrieron la interior y se encontraron en una abso obscuridad. Estaban en el espacio central de aire de la cúpula prin de la Ciudad Civil y ninguna luz relucía por parte alguna, s aquellas de sus vestidos espaciales; eso era inconcebible.

La burbuja plástica por debajo del cono polvoriento era muy gra El suelo era llano, naturalmente. El espacio de aire tenia, una fo semiesférica, cien metros de diámetro y ciento veinte de altura. circular y alrededor de su borde estaban los cubículos y techo venían a ser las oficinas espaciales y laboratorios y zonas esparcimiento, así como los cuartos amueblados para tener c intimidad, que era cosa tan necesaria como las demás. En el ce estaban las plantas terrestres, que conservaban el aire evitando malos olores, regulaban la humedad y servían para eliminar el CO2

Pero la habitación estaba oscura. Las plantas habían cerrado yemas y hojas como por la noche; las hojas parecían colgajos.

Kenmore dio la vuelta para mirar el manómetro de presión. Ha por lo menos una docena, cada cual con su sistema de alarma funcionaría si la presión bajaba aunque fuese una onza. Las ag estaban muy adentradas en la zona roja, lo que significaba deberían usarse en el interior los vestidos y trajes espaciales presión era la tercera parte de la normal, Kenmore golpeó uno de instrumentos y la aguja aún descendió un poco más. La tempera era, sin embargo, bastante normal. La ciudad no se había enfr demasiado. Kenmore tragó saliva,

—No te quites el casco —advirtió a Moreau por medio intercomunicador del suyo—. El aire no se ha ido del todo, pero muy a punto. —Luego añadió—: Veamos si hay alguien muerto.

Pero una mirada a la estantería donde se guardaban los tr espaciales fue suficiente respuesta. En la ciudad había un equipo

cada uno de los ciudadanos, más recambios para la normal activ exterior. La utilidad de un traje espacial que podía contener ai bastante sólo para dos horas, podría ser dudoso en un caso as había una pérdida completa de aire en la ciudad, la muerte inevitable. Pero tales trajes estaban a mano para casos de emergen los habían utilizado. Todos los ciudadanos habían tomado su respe y habían salido.

Kenmore se dirigió rápido a la oficina de comunicaciones, el regular que comunicaba con la Tierra estaba conectado, pero nin de las lámparas estaba encendida; ningún dial registraba emisión funcionaba.

—Examinaremos las otras edificaciones —dijo—. ¡ Necesitamos s lo que ha pasado al cohete terrestre! Venía hacia aquí. ¿Qué le h ocurrido?

Arlene Gray estaba en aquella nave. No debería de haber est pensó Joe; no debía venir ninguna mujer a la Luna estando la ci en aquel estado actual de equipo técnico o con las dificult presentes entre sus habitantes.

La falta de peso atacaba los nervios; el constante confinami asustaba. Pero salir afuera, al vacío, inspiraba terror. Las neuros referían a la Luna en cualquier caso, pero las cosas ordinarias peor que las meramente neuróticas. Rumores y tumulto habrían lle hasta la Tierra, indudablemente. Así, el intento era perfectam obvio. Cecile Duclos había venido en el cohete terrestre. Ella e personaje más popular de la televisión por lo menos en continentes. Su venida era un esfuerzo de las relaciones públicas dar cierto encanto al proyecto de una colonia lunar. Pero no obstan

¿Qué había ocurrido con el cohete terrestre? Al menos hacía horas tenía la esperanza de alunizar de inmediato. El cohete deb haber bajado ya... ¿pero dónde? No podía permanecer allí sol tampoco mantenerse en vuelo a poca altura, carecía de bast combustible. Tampoco le era posible volver a la Tierra; dependí cohetes de recambio traídos por los proyectiles cargueros. Pero la no habría recibido ayuda para alunizar. No tenía un rayo de radar guiarla a la pequeña y cercana zona desde la que la Ciudad Civil p ser alcanzada a pie con trajes espaciales.

Y si no" había aterrizado con propiedad, entonces la espacio-na había estrellado en los Apeninos. Aquella cordillera era el escer

más espectacular de cualquier parte de la Tierra o de la Luna. tratar de encontrar una nave entre sus miles de picos y mile: kilómetros cuadrados...

Kenmore temblaba, pero atravesó con premura las esclusas conducían a la cúpula de energía, que era un segundo montícul polvo lunar con un globo similar a los anteriores dentro. Allí estal equipo que suministraba la energía, la maquinaria y los generad primarios. También habían plantas creciendo, para ayuda acondicionar el aire. Pero no encontró luz. Era tan grande com cúpula principal y las máquinas relucían siniestramente a la inadecuada de las lámparas pectorales de los dos trajes espaciales.

La presión allí era todavía menor, la temperatura todavía más l Aquella cúpula había perdido el aire más de prisa que la principal. conmutadores de los generadores estaban en posición cero; alguien había cerrado con cuidado antes de que abandonaran la Ciudad. enormes tanques de combustible de reserva parecían inta Normalmente, claro, la energía de la ciudad provenía de las caldera mercurio exteriores. Durante el día, la luz del Sol proporcionaba fu sin límite.

—Si alguien no pone en marcha los generadores —dijo Mo melifluo—, las calderas estallarán y el mercurio se perderá cua salga el Sol.

Pero el amanecer estaba todavía a una semana de distancia e tiempo. Kenmore ni siquiera pensó en ello; emitió ruidos incohere de rabia y angustia. Abrió la marcha prácticamente hasta las escl de la cúpula de aire. Una parte de la ciudad podía ser aislada de demás. ¡Naturalmente!

En la cúpula de aire la presión era un poco mayor, la tempera también. Las masas de vegetación de los tanques hidropón formando una especie de absurda jungla, relucían al recibir las l de los trajes espaciales de los dos hombres. Habían filas de torre tanques, desde las cuales las hojas se proyectaban a sí misma manera extravagante. Las cristaleras de sus cascos y ellos mismo impregnaron de humedad porque el aire era demasiado tenue. Pero posible sobrevivir en aquella cúpula sin traje espacial. Sería como en la alta montaña, aunque la baja gravedad serviría de ayuda demanda de oxígeno del cuerpo sería menor; incluso uno po sentirse confortable.

—Voy a abrir mi casco —dijo la voz de Moreau a través de
auriculares—. Vigílame, Joe.

Abrió la cristalera; entonces su expresión demostró un
asombro.

—¡Alguien vive aquí! ¡Oigo su jadear!

Corrió a través de los pasajes entre las artesas hidropónicas de
nivel. Kenmore le siguió con toda rapidez.

Había una luz sola, no demasiado brillante. Contra la pared la
una lámpara de emergencia relucía en la vasta oscuridad de la cú
de aire. Un hombre enorme, patilludo, gimoteaba en alta voz acos
en un camastro junto a la lámpara. Kenmore abrió su propia crista
del casco mientras Moreau daba una patada al camastro.

—¡Despierta! —gritó—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde están los dem

Kenmore jadeó.

—¡El cohete terrestre! ¡Iba a alunizar! ¿Qué le ha ocurrido?

Los ojos del hombre se abrieron en mitad de un ronquido. Les
inexpresivo; luego pareció animarse.

—¿Vinisteis, eh? ¡Kahk vasta zdarovya! Os esperaba. ¡Pitkin no t
a nadie... ni a los americanos! —Se puso en pie—. Todos los de
empezaron a asustarse cuando el aire empezó a escapar. El directo
puso gris de miedo. Abrió las instrucciones secretas y se marchó e
primer jeep. Pero yo sabía que los americanos volverían antes de qu
ciudad fuese destruida. Así que esperé ¡Pitkin no tiene miedo a nada

—¿Qué le ha ocurrido a la ciudad? —preguntó Moreau.

—¡El cohete terrestre! ¡El cohete! __gritó

Kenmore.

Pitkin agitó su brazo.

—La ciudad comenzó a perder aire. Eso es todo. La presión com
a descender hace dos días. En las tres cúpulas a la vez. El dire
estaba asustado. Trató de llamar a la Tierra en solicitud de órde
pero no había radio. Gritó que era obra de un sabotaje... Era l
¿verdad? —Pitkin guiñó el ojo con malicia—. Sabía que los americ
estaban queriendo echar a todo el mundo fuera, así que se los lle
todos, en jeeps, hasta una base de proyectiles en busca de la seguri
Tenía instrucciones escritas y estaba asustado, pero se fue. ¡Y todo
demás le siguieron! ¡Todos excepto Pitkin!

—¡Pero el cohete! —gritó Kenmore—. ¡El cohete terrestre! ¿D
alunizó?

Pitkin se encogió de hombros hasta que las orejas desapareci entre sus clavículas. Miró al reloj y dijo complacido:

—He dormido doce horas. No sé nada de ningún cohete. conozco a los americanos, ¿verdad? ¡Sabía que volverían!

Kenmore se volvió fiero hacia Moreau.

—¡Voy a buscarlo! —dijo—. ¡Estaba bajando y seguramente tení radar de distancia! El piloto no será, tan idiota que no adviert diferencia entre los Apeninos y el Mare Indrium. Daré la vuelta…

Se dirigió hacia la esclusa de aire. Moreau dijo, pensativo:

—¿Encontraste las infiltraciones de esta cúpula, Pitkin? Es pre que las hayas encontrado si no, no te hubieras arriesgado a dor ¿Qué clase de filtraciones son?

—Hechas por una navaja de afeitar, tajos —dijo Pitkin tranquilidad—; sí tajos en la pared de plástico de detrás de un tar de agua y en todas partes. El aire se escapaba. Estaban aquellos dijeron que los rayos cósmicos habían podrido el plástico. Pero yo.. soy Pitkin! ¡Me lo sospeché! —volvió a guiñar el ojo con cierta malic Los americanos sólo desean americanos en la Luna, ¿verdad? echaron de la Ciudad, ¿verdad? Pero, ¡yo… yo soy Pitkin! ¡Y americano!

—¡Pitkin, estás loco! —exclamó Moreau—. Varaos en busca cohete. Si puedes hacer subir la presión de aire en esta cúpula, una buena acción. Nosotros… ejem, ejem… volveremos con probabilidad.

Corrió Kenmore… No al modo de la Tierra, sino mediante el ú sistema por el que un hombre puede viajar de prisa en una mín gravedad. Parecía patinar por el suelo, como si de sus pies sali ruedas.

Atravesó la esclusa, entró en la cúpula principal y alcanz Kenmore a tiempo para compartir la compuerta de aire.

En su interior, Moreau dijo hoscamente por mediación de micrófono del casco:

—¡En verdad, Joe, loe habitantes de la Luna son lunáticos! ¡Alg saboteó la Ciudad! ¡Esto es una locura!

Kenmore no respondió; actuaba como si no le hubiese oído. Atra el polvoriento mar hasta el jeep y comenzó a trepar por la escalera.

Abrió la puerta exterior y se detuvo.

—Me acabo de acordar de algo —dijo con aire de gran calm Mientras veníamos por el paso vi una luz allá en el mar. Oscil Puede haber sido de un jeep viniendo hacia la Ciudad, pero en ese ya debería de haber estado aquí. Voy a ver si posiblemente proceda cohete.

—¡Excelente! —exclamó Moreau con gravedad—. ¡Eso es prometedor!

IV

ARLENE GRAY

Kenmore cruzó hasta el interior de la pequeña esclusa de
Moreau le siguió a través de la puerta exterior y se agarró a su p
Pero cuando Kenmore cerró la interior para poder abrir la externa
vez, Moreau fue pillado desprevenido. La puerta quedó abierta; perd
equilibrio y volvió a cerrar. Su ciclo tenía que haber sido automá
quedaba cerrada ahora hasta que la puerta interior fuese abierta y
vez la cerraran.

El jeep partió al instante y Moreau quedó colgando de la escal
cuerda. Juró violentamente en su propio idioma y golpeó la
mientras la velocidad del jeep aumentaba. Los golpes eran inaud
para Joe Kenmore, dentro. Pero muy poco audibles. La rueda den
daba un rítmico batir a cada revolución. La velocidad aumen
todavía más y Moreau juró con mayor violencia. Empleó un sist
para llamar: tres golpes deliberados y lentos, luego tres rápidos y
espaciosos. S. O. S. La repitió.

El jeep alcanzó su máxima velocidad de sesenta kilómetros por
en el ondulante piso polvoriento de la superficie del mar. El clar
tierra lo hacía parecer como nevado, a excepción de que las rueda
jeep lo levantaban salpicando el ambiente como si en vez de polv
tratase de líquido. Sin aire para esparcir sus partículas, el polvo v

a caer lentamente, como si fuese un líquido. El jeep dejaba unas o
gemelas detrás de sus ruedas; parecían como dos montíc
alargados, disminuyendo lentamente en la lejanía.

Moreau adquirió una insospechada elocuencia en sus juramen
mientras seguía pendiendo de la escalera. Caer, ahora, signific
verse bajo aquellas ruedas gigantescas. En cualquier caso, v
caminando a la Ciudad era apenas posible, quizá no lo fuera
absoluto. Sin luces para guiarle y sólo con la mole de los Apeninos
señal, podría pasar por la Ciudad sin verla. Y, además, el aire de
tanques no había sido repuesto últimamente.

Moreau, colgado de una mano y con ambos pies en la escal
cuerda, buscó en el bolsillo de emergencia de su hombro y sacó
cohete de señales. Golpeó la caperuza, arrancándola, aprovecha
para hacerlo la sólida y oscilante cabina que tenía encima de la ca
y soltó la cola del cohete cuando creyó que había apuntado bien. P
vivaz, dejando un chorro de chispas rojas. Caló al suelo, rebotó
elevó y volvió a caer. Lo hizo delante del jeep; Kenmore no podía
menos de haberlo visto y entonces se acordaría de la existencia
Moreau.

El jeep se detuvo y su puerta interior chirrió. Moreau lo oyó cua
tenía su casco apretado contra la exterior. Abrió la susodicha pu
entró arrastrándose y agradecido cerró" tras él.

El jeep estaba en movimiento de nuevo cuando logró desliz
dentro de la cabina. Entonces la emoción le dejó abrumado. Se qui
casco y se expresó en un lenguaje furioso... pero incomprensible
Joe Kenmore.

—Lo siento —dijo Kenmore sin expresión alguna—. Oí el cerro
pensó que estabas dentro. Entonces dejé de pensar en ti. Int
imaginarme otras cosas que han ocurrido... y eso no es difícil. Ar
está ahí en alguna parte de la Luna. Por suerte, puede estar aún
vida. Pero si su cohete cayó en los Apeninos...

Se interrumpió con una especie de corte seco y tajante. Si
mirando en la dirección alumbrada por los faros del jeep. Pero no p
ver muy lejos; la superficie del Mare Indrium aquí era casi llan
horizonte quedaba a más de tres kilómetros de distancia. Demá
claro de Tierra —como el claro de luna en el planeta— era
engañoso.. Si el cohete terrestre había alunizado en el Mare Indriun

vería a la luz del día... Pero ésta quedaba a ciento cincuenta hora distancia en el tiempo. ¡Ese cohete tenía que encontrarse ahora!

Así Kenmore siguió conduciendo hacia adelante, mira desesperado a ambos lados, hasta que estuvo seguro de h sobrepasado el lugar en donde había luz. Entonces retrocedió h estar a punto de llegar a la Ciudad. Volvió a partir de nuevo...

Describió círculos. Espirales. Trató con frenesí de organizar esfuerzos; no obstante, cuando llegaba el momento de dar la vu estaba desesperadamente cierto de que si al menos continuaba un más lejos...

Y a su alrededor y por encima del desastre de Arlene, había mayor en perspectiva... Incluso para ellos. Porque la Ciudad Civil Laboratorio Espacial eran, después de todo, los últimos vestigio civilización para permitirles seguridad y fuerza y para establecer nuevo dinamismo en la sobrecargada actividad humana. La gu terminaría con toda la civilización, pero la guerra era imposible so causa de las bases de proyectiles lunares. Mientras éstas estuviera funcionamiento, el mundo y la Humanidad estarían a salvo de propia locura, porque estaban en manos que reconocían la guerra c una forma de suicidio que por tanto, no la permitirían.

Pero había un hombre en la Ciudad que conocía la posición c base de proyectiles más cercana. Instrucciones para llegar hasta el habían sido confiadas... Instrucciones selladas, para utilizar solam en caso de emergencia. Aquel hombre se había asustado y abr pliego sellado; ahora había conducido a la población de la ciudad h la base de proyectiles que posiblemente no podría cobijar a todos refugiados. En aquellos momentos, quizá habrían ciudadanos d Ciudad repartiéndose entre todas las bases de proyectiles. Alguna los refugiados podrían saber y recordar sus situaciones... Por lo, qu no constituiría un secreto militar bien guardado. Entonces sería po que alguien enviase masas de cohetes de bombardeo, con disposi antirradar, para destrozar a los defensores de la paz del mundo todas sus esperanzas. Una vez ocurriese eso, el Laboratorio Espacia no albergaría ninguna promesa y la Tierra quedaría pronto aniqui por la guerra.

Pero Kenmore apartó todos estos hechos y especulaciones a un l Arlene estaba en alguna parte sobre la Luna.

Después de largo tiempo, Moreau le oyó a él tratar de tragar sa
Su garganta emitió sonidos.

—No... No ha podido caer a más de treinta kilómetros —dijo—
vimos, sólo que no me di cuenta del alunizaje. Es de buen astronau
unos treinta kilómetros del blanco, cuando tomar el suelo en el
oscuro de la Luna, no hay radar para guiarte. Sé que mis espera
pueden parecer infundadas, pero no excesivas...

—Te sientes frustrado, Joe —le contestó Moreau con suavidad—
mismo modo en que yo me sentía cuando no podía hacerte oír
llamadas en la esclusa de aire. ¡Áha! —dijo con violencia—. ¡Ahora!

Destapó el tablier en donde estaban los botones que dispararían
cohetes de señales instalados en el techo de la cabina del jeep.

—¡Espera a que yo suba hasta donde pueda ver toda la zona
observación! —exclamó Moreau. Se trasladó detrás del asiento
conductor, hasta una escalera hecha en el mamparo. Moreau s
atravesando la escotilla del techo, parecida al ojo de un pez y con vi
lateral y trasera, al mismo tiempo que hacia arriba y adelante. Kenn
detuvo el jeep.

Su mano temblaba mientras apretaba el disparador. Hubo
murmullo y luego un silencio. A los ojos de Kenmore el polvoriento
de lava tomó un color rojizo. Los cohetes de señales para uso lu
dejaban un reguero persistente de fuego rojo, porque una línea de
es siempre artificial y un rojo realmente vivo es el color más raro e
las estrellas. Se ve mejor contra el firmamento lunar.

El cohete de señales se alejó subiendo y subiendo. Alcanzó mu
más altura que si hubiese sido disparado en la Tierra y lo hizo tam
muchísimo más deprisa; pero no sobrepasaría la cumbre de
Apeninos que se recortaban en el horizonte.

El jeep estaba inmóvil; Kenmore podía escuchar su pr
respiración. El cohete de señales se hizo más pequeño y más peque
Desapareció.

Cinco minutos más tarde un hilo de luz roja se alzó más allá, e
horizonte del Norte.

—¡Fija el rumbo! —exclamó Moreau con suma urgencia—. ¡Joe
el rumbo!

Kenmore lo hizo así; con manos temblorosas. Disparó dos coh
más de señales, a cierta distancia uno de otro, en un conocimi
convencional de que habían visto la señal anterior. Luego el

alcanzó su máxima velocidad, saltando por encima del Mare Indr
Era un largo camino y para Kenmore parecía una eternidad el tie
pasado en cubrirlo. Otra vez más subió al firmamento un cohet
señales. Parecía ser una llamada de urgencia y el corazón de Kenı
latió con fuerza; no le era posible aumentar la velocidad. —¡Se
ocurre dejar caer la carga que transportamos! —exclamó desesperac

—Ya saltamos lo suficiente tal y como vamos. La carga por lo m
evita que saltemos del terreno este como si fuésemos un cohete.

Y así el jeep fue tambaleándose y crujiendo y saltando por encim
una superficie que había perdido su solidez con la cubierta de un p
gris como de nieve. El polvo saltaba hacia arriba como líquido y ca
suelo salpicando y no se oía ni pizca de sonido exterior, except
atronador fragor de la rueda dentada del interior del vehículo.

Un tercer cohete de señales se alzó en la noche; *lo* vieron. Kenı
hizo girar el jeep —había estado a punto de pasar del lugar preciso
lo encaminó hacia la zona en donde había partido el cohete. Temb
un poco mientras dirigió el rayo de los focos todo lo lejos que pudo.

Por fin, advirtió el cohete terrestre. No había alunizado bien. Y
sobre un costado, lo que era una especie de catástrofe en sí. Mu
más destacable se veían figuras con trajes espaciales ya fuera
cohete.

Cuando el jeep se detuvo a pocos metros, Moreau estaba
dispuesto para dejar caer la escala.¿Arlene? —preguntó Kenmore
voz ronca por el radio-comunicador.

—¡Sabía que nos encontrarías, Joe! —la voz de ella vino
procedente del altavoz.

—¿Qué ha ocurrido con el rayo conductor? —excla
interrumpiendo, una voz masculina con tono indignado—. ¡No tuvi
respuesta de la Ciudad! ¡Vaya modo diabólico de llevar las co
lunares!

Entonces Moreau habló con suavidad y su voz también salió p
altavoz.

—Hay una especie de ligera confusión en la Ciudad Civil, cap
Usualmente vivimos en un caos. Ahora todo es confusión, así qu
sabemos cómo actuar bajo ciertas condiciones.

Del altavoz provino un rechinar de dientes. Moreau intervino
brusquedad.

—Las dos señoras primero. Suban por la escala de cue señoritas... Que cuelga de esa cosa que parece un bote de leche de del cuerpo del jeep. Entren y cierren la puerta por la que han entr Encima encontrarán ustedes una manivela. No accionará hasta qu puerta exterior esté bien cerrada. Giren la manivela y serán bienven a nuestro jeep.

La esclusa de .aire chirrió. Un momento más tarde, una ca enmascarada por un casco apareció en el suelo del jeep tras Kenm Luego, por entre medio de un rechinar de dientes, se oyó la voz fríamente furiosa que jamás pudo haberse escuchado.

—¡Alguien va a pagar todo esto!

Era de noche y él no pudo verla. Pero dijo apremiante:—Retroc por favor. Apártese de mí. Y cierre la puerta de aire.

Lo hizo con las manos aún enrojecidas por el vacío. Al poco sonar la esclusa. Un instante más tarde, otra figura con casco se p en pie. La placa del rostro se abrió y Kenmore emitió un inarticu gemido de alivio. Pero Arlene dijo con rapidez:

—¡Hemos estado fuera durante horas, Joe! ¡No me toques! ¡E casi congelada!

Kenmore recordó haber encendido las luces interiores de la na mirar después con hambre a la muchacha. El vestido espacial de estaba bastante frío. Una hora en el exterior, con la tempera superficial a cientos de grados bajo cero, significaba que el exterio cualquier traje de vacío por mucha calefacción que tuviese, estaría escarchado, congelado, formando una especie de armad Inmediatamente se formó a su alrededor una nube de v condensado, que no tardó en transformarse en agua y caer al suelo.

Arlene le sonrió un poco conmovida.

—El cohete cayó de lado cuando tomamos tierra y una portez con su ventanilla para visión se rajó. Hemos estado metidos en tanques de reserva de la nave durante horas... Con nuestros tr espaciales. ¡Estoy... contenta de que vinieras!

La voz furiosa se oyó de nuevo y también esta vez glacial...

—¡Alguien va a pagar todo esto!

Se oyó llamar en el exterior. Kenmore cerró la escotilla mien Arlene se alejaba. Subió un hombre y aspiró profundamente el aire interior del jeep; luego, entró otro. Después, otro más. Cuando Mo

entró, el último de todos, el jeep estaba casi increíblemente atestad gente.

Kenmore puso en marcha el motor y se encaminó hacia la Ci Civil. El piloto del cohete se abrió paso entre los demás para prot amargamente.

—¡No nos enviaron el rayo de radar! ¿Por qué? ¿Por qu encendieron las luces para nuestro alunizaje? ¿Tenían intención de nos estrelláramos?

—Algo así —replicó Kenmore con igual amargura—. El radio y comunicaciones de radar han sido saboteadas, lo mismo que la pr Ciudad.

—¿ Saboteadas ? ¿ Por qué ?

—Es un ejemplo —le explicó Kenmore furioso—, del trabajo que esa especie de cooperación internacional para lograr un esplén objetivo, que consiste en que todo el mundo degüelle a semejantes... ¡Ya sí mismos incluso!

— ¡ No considero eso respuesta a mi protesta! —objetó, acalorad piloto.

— ¡Pues formúlela a una autoridad más alta!

Kenmore condujo con ambas manos y ambos pies y aún pa necesitar miembros extra. Vigiló la superficie al resplandor de loe f Al poco vio la senda dejada por el jeep... mejor, la senda dejada muchos jeeps todos viajando en la misma dirección. Giró para seg hacia los Apeninos y la Ciudad. El pueblo de la Ciudad se h marchado en jeeps, naturalmente. No habría más de seiscie kilómetros hasta la próxima base de proyectiles, si es que se cono camino. Los habitantes de la Ciudad podían viajar en el normal nú de jeeps de la urbe, a pesar de que el aire se pondría en m condiciones en tan largo viaje. Aquello podía ser el camino siguieron. Kenmore lo examinó.

Al cabo de media hora se vieron en el horizonte otra vez polvorientas burbujas que constituían la Ciudad. Kenmore detu jeep muy cerca y Moreau, con brusquedad, se hizo cargo de la sa La esclusa de entrada a la Ciudad estaba a pocos metros de distan el jeep la enfocaba brillantemente con sus faros. Moreau hizo qu rescatados del cohete encendiesen sus lámparas pectorales inc antes de entrar en la esclusa. Los condujo en fila mientras llegab suelo; y los llevó hasta la esclusa de la Ciudad. Irrumpieron en ell

puerta se cerró y comenzaron a caminar por aquella caverna arti abismalmente obscura en dos de cuyas tres partes no había bast aire para mantenerlos vivos.

Kenmore no había hecho ningún movimiento para cerrar su ca Sin palabras, Arlene se quedó tras él, también; solos los dos.

—Si hubiera sabido que pretendías venir aquí —dijo Kenmore de humor—, te habría advertido. Esto es muy malo, Arlene. Estamo un manicomio y hay veces en que más parece un club de suicidas.

—*Tú estás* aquí —añadió ella después de un momento—. Tú no has preguntado cómo he logrado venir. Cecile Duclos fue encargada la Corporación Lunar para venir y organizar algunos programa televisión. Han corrido rumores que ocurrían cosas bast desagradables. Las Naciones Unidas se han enterado de que discriminación contra los no americanos. Puesto que nosotros llega a la Luna primero e instalamos las bases aquí, se sospecha nosotros, Joe, Se han lanzado insultos abiertos. Hubo un movimi en el Congreso, también, para aclarar todo este asunto. Pero toda demás naciones gritaron que había que hacer algo para condenarn nosotros, los asesinos.

Kenmore no pudo decir nada. Se derrumbó en su asiento.

—Por eso —siguió Arlene—, era necesario elevar los ánimos. C Duclos puede dar encanto a cualquier cosa. Se lo ha propues Empezando consigo misma. ¡Yo no sé qué es lo que ha cobrado por tarea, pero debe ser una buena cantidad! La muchacha ha pa asustada cada minuto de viaje. Y necesitaba alguien que acompañase a todos los lugares y reuniese material para su tral Alguien que tuviese una débil idea de todo esto, para explicárselo d un ángulo femenino. Esa persona resultó que era yo. ¿No e complacido?

—Yo estoy… bastante enamorado de ti dijo Kenmore. Frunció el —. Tú sabes lo que siento hacia ti. Arlene. Y por tanto yo h cualquier cosa por tenerte sana y salva de nuevo en la Tierra. ¡Mira son sólo acontecimientos producto de un grupo de lunáticos lo ocurre aquí!

—¿Y qué otra cosa, pues?

—¡Todo! El motivo real para venir a la Luna, aparte del militar, que nosotros llamamos el Laboratorio, flotando en el espacio más del alcance. Hay algunas teorías acerca de la energía atómica

afirman que es demasiado peligrosa de experimentar en la Ti
Incluso en la Luna puede no haber seguridad en los ensayos
material nuclear visto desde un nuevo ángulo. Yo no lo compre
pero es necesario. Si esto da resultado, puede ser o peligroso hast
modo que jamás se pueda utilizar como arma, o tan seguro que inc
los políticos no se atrevan a usarla por ser inocuo.

Arlene levantó las cejas.

—Y, ¿hay tal cosa?

—Sí —dijo Kenmore—. Dejando aparte el viaje espacial,
energía... energía ilimitada para todos los seres de la Tierra. Ene
para incluso fertilizar la Antártida si alguien se lo propone. Ene
para purificar el agua salada e irrigar el Sahara. Energía para conv
el desierto de Gobi en un jardín Para un futuro inmediato es por lo
está en funcionamiento el Proyecto Lunar... Con el fin de proporci
suministros al Laboratorio en donde el más peligroso de
experimentos que los hombres hayan imaginado se puedan hacer
cierta seguridad, a pesar de que no haya seguridad para los hom
que lo realicen. ¡Pero tú ya sabes todo esto!

—En su mayor parte —admitió Arlene.

Estaba muy cerca allá en el jeep lunar, pero vestían los tı
espaciales que era necesarios para moverse en el exterior. Arlene s
las palomillas del casco y se lo quitó. Agitó la cabeza como aliviac
poder mover libremente su cabello. Sonrió a Joe.

—Debía ser algo bueno poder trabajar aquí —dijo Kenmore can
—. Pero no fue aquí. La Tierra nos ha enviado espías y saboteado
Nos parecía que los habíamos dejado atrás. Pero si no hemos tr
ninguno con nosotros, los hemos remontado después de nue
estancia aquí. Es la cooperación internacional... lo que nos
asesinos mutuos. Hay sospechas. Hay acciones. Nadie puede rea
nada, porque todo el mundo quiere el monopolio de sus conqui
Cada cual lucha por evitar que los demás se pongan en cabeza ant
con el resultado de que todo el mundo en lugar de avanzar retroced

Arlene le sonrió de nuevo dentro de la cabina del jeep sobre el I
Indrium de la Luna, con el claro de Tierra bañándolo todo en una
plateada y débil.

—Podría darte detalles, sólo que no tendrían sentido —dijo Kenı
—. Pero los truhanes y los granujas juegan con los demás para e
que nadie haga algo que ellos mismos no son capaces de realizar.

aquí cada forma de conducta insana, alocada, propia de los s
humanos, más unas cuantas características especiales creadas
nosotros mismos.

—Incluyendo el envío de una persona de televisión y a mí aquí
preparar emisiones, pretendiendo que todo funciona a las
maravillas —dijo Arlene animosa.

Kenmore rió de un modo falso.

—Qué es lo que ella no hará. He oído a esa Cecile hablar dos v
aquí arriba. ¡En ambas ocasiones dijo: «Alguien va a pagar por esto»

Arlene se rió a su vez.

—¡Alguien lo hará! A la mujer esa le gusta el dinero, Joe. Lo ac
Arriesgará incluso su bien formado cuello por él. ¡Ya lo ha hech
cobrará! Tiene que emitir un programa algo así como dentro de
horas y media.

—El comunicador con la Tierra ha sido saboteado —ap
Kenmore.

—Tiene en su compañía el propio técnico en electrónica. Es
hombre capaz de hacer que los neutrones pasen saltando por el ar
él consigue una comunicación de quince minutos con la Tierra ante
la emisión de su programa…

—¿Qué pasará?

—Ella hará que la Ciudad Civil parezca un paraíso ultraterrenal
aseguró Arlene—. Casi lo creeremos nosotros, escuchándol
mirándola! ¿Quieres apostarte algo?

Kenmore gruñó y apagó las luces interiores.

—Vayamos al interior de la Ciudad y veamos qué es lo que pasa.
cúpulas parecen mantener cierta presión, a pesar de que eso oc
sólo en la de aire, porque las demás se vacían. ¡Puede que e
rajadas! Vamos. Pero…

Estaban muy cerca, juntos. Hubo un momento de silencio. Los tı
espaciales eran molestos para llevar, pero Arlene se había quitac
casco y Kenmore no usaba el suyo. Después de un intervalo, Aı
suspiró contenta:

—¡Tiene ideas muy buenas, Joe!—Ponte el casco —le ordenó él.
no te quede nada de su telo entre las junturas. Sería como si tuvi
una grieta.

Arlene obedeció.

—Considerando que soy una de las dos primeras mujeres que vi a la Luna y todo eso —dijo después—, ¿no crees que también nadi puede discutir la honra de haber sido la primera mujer que ha besada aquí? ¿Aunque haya sido dentro de un jeep lunar?

—Eso es igual —asintió Kenmore secamente—. ¡Y si te portas quizá también seas la primera chica que ha sido besada dentro Ciudad Civil! ¡Pero daría cualquier cosa por verte sana y salva Tierra!

Se dirigió él primero a la esclusa de aire. La estaba esper cuando bajó ella por la escalera de cuerda. Avanzaron hacia las cúpulas polvorientas que eran habitaciones abandonadas de humanos en la Luna.

V

CECILE DUCLOS

Las maneras de los seres humanos son peculiares ; las costum de los seres humanos son extrañas... Pero las reacciones de los s humanos en sus situaciones de emergencia y peligro se acercan locura. La conducta de los pocos seres humanos que quedaban e Ciudad Civil fue un ejemplo perfecto de esto.

Pitkin había conseguido elevar la presión del aire en la cú hemisférica. Había añadido una pizca de oxígeno extra precavidamente puso en marcha el generador separado de la cúp teniéndolo listo para una emergencia que ahora era definitivam necesaria. Cecile Duclos se quitó él casco y dejó a la vista el rostro glacialmente frío que Joe Kenmore había visto en su vida. Dio órde era una mujer muy hermosa, pero su voz restallaba como un lá Mientras instruía a Lezd, su técnico en electrónica particular, se pu hablar en su idioma latino y sonaba en su boca como si distribu latigazos en vez de palabras. Pero la mujer no desperdició energía lágrimas.

Lezd se abrochó el vidrio del casco, cerrándolo herméticamen con Pitkin para guiarle entró en la cúpula de energía. Allí trabajaro poco las luces de toda la Ciudad comenzaron a relucir; luego las cavernas artificiales se vieron tan brillantemente iluminadas c

siempre. Todo parecía confortable, pero en dos de las tres cúpulas no había bastante aire para mantener a un ser humano vivo.

Lezd miró el complejo de aparatos del rayo terrestre en la cú principal. Kenmore trabajaba en una materia que él conside importante. Moreau, resplandeciente, se sentaba junto a Cecile Du con Arlene escuchándola imperturbable, y respondía a preguntas qu estrella de la televisión le formulaba.

Cecile Duclos no utilizaba el encanto en aquel preciso moment tenía, como si dijéramos, apagado. Utilizaba un cerebro excelente un propósito altamente específico, lo que bajo aquellas circunstan era tan extraño como pudiera imaginarse. Con la Ciudad abandonada y perdiendo aire; con un extenso sabotaje espeluzna con un relato de peligro personal para hacer que todo su públic televisión se quedase sin aliento y con una pose de indiferencia par propia seguridad que haría despertar tormentosamente una ola protestas entre sus admiradores... Con todo esto, Cecile Duclos es consiguiendo material para una emisión basada en los aspe encantadores de la civilización lunar.

Una hora antes de la puesta en antena del programa, el técnico t ya el rayo en comunicación con la Tierra. Colocó una conexión para en la cúpula de aire y la estrella habló en francés, con una fu sangre fría que asombraba... Incluso a los que no comprendían palabra de lo que Cecile decía.

Kenmore volvió al interior de la cúpula de aire para asegurars que todo estaba bien. Se sonrieron y la muchacha le señaló a Cecil Moreau.

—Hará una emisión —dijo en voz baja Arlene—. Les está contan los de la Tierra lo que ha ocurrido. ¡Jura que lo dirá por su emisión callarse nada! Y amenaza con que si la impiden salir al éter en emisión, lo probará la vez siguiente, o la otra, o la de má3 allá. dispuesta a hablar, siempre y cuando no la paguen bien por todo sufrimiento, por todos esos peligros que ha estado viviendo. pagarán, la indemnizarán, por eso Cecile presentará una emisión hablará de los encantos de la vida lunar.

—Pero, ¿por qué no notificó la Tierra a la base de proyectiles y s arregló para, en caso imprevisto, ser ellos los que guiasen el aluniz —preguntó Kenmore—. O, ¿por qué, por lo menos, no pidieron qu

base de proyectiles enviase un jeep para hablar con ellos? ¿ ocurrió?

—El transmisor terrestre estaba averiado —le contestó Arlene, e mismo tono bajo—. También saboteado. Fue hecho todo con cronometrismo perfecto para conseguir la máxima eficie ¿Comprendes?

—Me parece que sí. Cada transmisor pensó que el otro se cui del cohete. Por eso salió el cohete, a pesar de que de todos modos f difícil detenerlo, y se pensó que no habría peligro de que se estrella alunizar. Todo el mundo, según los saboteadores, a bordo ha muerto y precisamente en la Tierra se enterarían de que las fue armadas de las bases de proyectiles habían evacuado a todo el pers de la Ciudad Civil y estaban dispuestos para embarcarlos de regre la Tierra. Europa entera creería que nosotros, los canallas america habíamos preparado el desastre y dejado que el cohete se estre para tener una excusa de deshacernos en la Luna de todos aqu que no fuesen americanos. —Entonces dijo con frialdad—: ¡y tú pu haber muerto también!

—Quizá sí —asintió ella.

Kenmore rechinó los dientes.

—Eventualmente, voy a matar al culpable de esto. Pero he es trabajando. He localizado algunas de las filtraciones de la cú principal. Las estoy obturando. ¿Querrías ayudarme?

Entraron en la cúpula principal. Kenmore tena un pequeño cili de aire, con un tubo que se metía dentro de un cubo lleno de ma espumosa mucho más persistente que las pompas de jabón. E cúpula, a su baja presión, con poco aire se conseguía una bu cantidad de espuma. Joe lanzó el blanco material regando con é paredes laterales. Las zonas visibles de plástico no merecían examinadas; ningún saboteador haría cortes en el plástico en d fueran visibles. Pero si uno lanzaba la espuma alrededor de los bo de un objeto contra la pared, cualquier rendija que hubiese allí h que la espuma desapareciese. Era el mismo sistema que automovilistas emplean para encontrar el pinchazo en una cám metiéndola en agua y viendo por donde salían las burbujas de aire. que Kenmore, naturalmente, trabajaba precisamente al revés.

Las dos siluetas en los trajes espaciales parecían muy pequ mientras trabajaban en la enorme y brillantemente iluminada cúp

Su aspecto era absurdo. El edificio era desproporcionado a su tam
Pero en la Luna un edificio necesita ser mayor que en la Tierra,
cobijar su número correspondiente de personas. Los edificios lun
no tienen sólo que albergar a la gente, sino también a todo lo que e
exterior de la Tierra sirve para dar alimentos y para purificar el aire
respiran.

Poco a poco, comenzó a aparecer un sistema en el modo de efec
el sabotaje. Cada grieta que Kenmore encontraba era un corte limpi
el plástico, que atravesaba hasta el polvo exterior. Ese mismo p
estaba tan finamente dividido que fluiría como un líquido. El
podría salir, pero no permitiría por su misma salida que el p
entrase en su interior. Aún había un poco de presión aérea dentro
hizo patente que el sabotaje había sido hecho con tal deliberación
se convirtió en algo rutinario. En donde se injertaba un tabique de
cubículos particulares y privados, con la pared lateral de la cúpul
hoja de una navaja de afeitar habíase introducido por la mi
esquina, efectuando los cortes. Había una rendija en el suelo, a p
centímetros del mismo; y había otra en lo alto, sólo a unos
centímetros de altura más allá de la que Kenmore podía alcanzar
facilidad.

Al poco dejaron de utilizar la espuma; Kenmore sabía dónde t
que mirar.

—Un hombre hizo todo esto —dijo inexpresivo—. Lo realizó de
modo sistemático.

Arlene vigiló, después de aquello. Kenmore siguió trabajando, h
que hubo rodeado por completo el vasto recinto.

—¡Ahora debe estar ya bien! —exclamó airado—. No me gusta
un hombre haga una cosa así, con la máxima calma, como si tuv
tiempo de sobra por delante.

Los auriculares casi le ensordecieron.

—¡Estamos emitiendo! —gritó la voz de Cecile Duclo
Comenzaremos dentro de cinco minutos. ¿Dónde está usted, Kenm
¡Venga en seguida!

Arlene también oyó el aviso. Frunció el ceño y fue con Kenmo
través de la esclusa, entrando en la cúpula de los jard
hidropónicos. Habían instalado una cámara y un escen
brillantemente iluminado, adornado con flores sacadas de las art
hidropónicas, y Cecile Duclos paseaba arriba y abajo deliberadame

alcanzando la sensación de ligera gravedad, con una intensidad f absorta.

Levantó la vista y les espetó:—¡Ustedes dos, conserven el espacial! ¡Arlene, tú también! Entraréis al cabo de siete minu Estaréis conmigo durante cuatro más —miró pensativa a Morea ¡Las muestras! ¡Los lingotes! ¡Consíguelas! —saltó moviéndose h Pitkin—. ¡Si haces algún ruido mientras dure la emisión estrangularé personalmente !

Era notable y extraño, y al mismo tiempo cosa de locura, e preparando el equivalente de un estudio normal de televisión en serie de edificios evacuados y perdiendo aire de la Ciudad Civil, con historia de un sabotaje a sangre fría, con recriminacione controversias próximas a producirse. Pero Cecile Duclos lo consigui

Lezd, el técnico electrónico, operó en la cámara de televi personalmente. Realizó su trabajo con el desgaire y la indiferencia que está acostumbrado. Las luces fueron perfectas. Un segu arrastró a otro segundo. Cecile Duclos miraba el reloj, con la cár apuntándola. Y de repente se la vio sonriendo de un modo ensoña con una expresión acogedora, con una especie de sonrisa mister dirigida a las lentes de la cámara y hablando con un acento extran delicadamente acentuado.

—¿Cómo estáis? Soy vuestra pequeña Cecile Duclos y os hablo noche desde la Luna. Hemos aterrizado aquí... ¿O debería alunizado?... Hace algunas horas y estoy encantada, me he qued fascinada, estoy maravillada por todo lo que he visto. ¡Mirad! ¡E flores! ¡Han crecido aquí y sirven para purificar el aire! ¡Mirad... mir mirad...!

Hizo girar sus brazos para guiar a los ojos del invisible púb Luego sonrió a Moreau y dándole una contraseña convenida el j avanzó presuntuosamente dentro del campo de cámara.

—¡He aquí a alguien que vive en la Luna... Un hombre lunar! ¡I ser encantador pasearse con él a la luz del claro terrestre! —Suspi ¡Ay, soy tan sensible!

Kenmore y Arlene, de pie en la parte de fuera del escenario, po ver toda la representación... Las mañas cuidadosamente calculadas las que Cecile aparecía tan encantadora, el perfecto cronometraje co que su ánimo comenzaba a elevarse, la aparente espontaneidad que ella en apariencia llamó al capitán Osgod, piloto del co

terrestre, y la profunda sumisión con la que admiróse de la maravi navegación... ¿o fue astrogación, ¿Cuál es la palabra para design dirección de una nave en el espacio?... La maravillosa pericia con la el cohete había sido depositado en la superficie lunar sin el m daño.

Le despidió, luego llamó a Kenmore y a Arlene y explicó acababan de venir del exterior, de pasear a la luz de la Tierra. Ento cambió de postura, con la cámara siguiendo todos sus movimient mostró muestras de las formaciones rocosas lunares y un gran peñ de cuarzo rojizo con vetas de oro en él. Sus ojos se hicieron mucho amplios, más abiertos por la sorpresa mientras hablaba de las m en donde se encontraron tales piedras. Y explicaba con excitación habían masas enormes de oro, ¡muchísimas! ¡Valdrían miles y mile dólares allá en la Tierra!

Pero la cosa más encantadora era la ligereza con la que se pas por la Luna, con la que se caminaba por la Luna. Entonces se tras a otro escenario y Cecile Duclos mostró a todo el mundo... en abs a todos... que podía bailar de puntillas en la superficie lunar levantó las faldas para enseñar su manera de bailar y de un recorrió una distancia de casi dieciséis metros. Recordó ante cámaras que Nijinsky en persona no había conseguido saltar mitad en la Tierra, pero que la ciencia le había permitido a sobrepasar visiblemente la marca del famoso bailarín...

Fue una representación verdaderamente sorprendente. Parecía llamaba al azar a miembros de una ciudad muy poblada para animación a su programa, no obstante eran sólo ocho personas las formaban el grupo de habitantes además de Arlene y de ella. Cecile gracia, desmintió todos los rumores y puso en ridículo a quienes fu capaces de iniciar otros en el futuro, especialmente en lo referen una operación para obligar a abandonar la Ciudad a les no america Fue un trabajo estrictamente profesional. Cuando ella sonrió de aq manera semisomnolienta dirigida a su público en la Tierra y pa ponerse triste por abandonar la transmisión, entonces llamó a Mo para que entrase en di campo de la cámara, le miró y suspiró:«Ah tan romántica!», y entonces cortó la emisión; se había mostrado convincente que incluso Kenmore y los demás parecían creer to que ella haba dicho.

Pero cuando la cámara dejó de funcionar, la mujer se qu transformada por completo.

—¡Y ahora quiero saber quién trataba de matarme! —exclamó energía—. ¿Quién habéis sido los criminales…?

Kenmore, ceñudo, se ocupó del comunicador en la cúpula princ Oyó sólo un ejemplo de lo que el temperamento artístico de C Duclos le había obligado a hacer para salvar su sentido comercial se preocupó de más. Estableció contacto con la Tierra. Consi comunicar con el mayor Gray, en Bootstrap, que era la esta terminal terrestre para todas las actividades espaciales… La platafo del espacio y de la Luna. El mayor Gray era el padre de Arlene y a hecho había determinado probablemente la elección de la much como compañera de la estrella de la televisión. Arlene habría aleccionada en cuestiones de seguridad; y procuraría que Cecile Du se mostrase discreta.

Hubo cierta dificultad en el rayo auditivo, naturalmente. Inclus parte de sonido de la pantalla visora pareció funcionar mal tanta e Tierra como allí después de haberse producido el programa televisión. Sin embargo fue posible hablar confidencialmente. Kenm furioso, dijo a Gray lo que había ocurrido.

El mayor Gray soltó una palabra explosiva y luego añadió frialdad.—¿Está ahora a salvo? — Se refería a Arlene.

—Ahora, sí —le contestó Kenmore lacónico—. ¡Pero sería preciso se volviese a la Tierra inmediatamente!

Hubo un intervalo de algo como de tres segundos entre el fin comentario en la Tierra y el principio de la respuesta de Gray necesitaba la mitad de aquel tiempo para que las ondas de r llegasen al planeta y otra vez de nuevo la otra mitad para qu principio de la respuesta alcanzase la Luna.

—¡Estamos en una especie de manicomio! —gritó Kenmore—. ¡N necesario que lo hubiesen abandonado! ¡En apariencia nadie pens hacer nada sin órdenes! ¡Eso debería ser una Ciudad adelantada, está llena de empleados del Gobierno de una docena de naci diferentes! ¡De unos hombres a su modo, pero creen que lo que no taxativamente mandado, es porque no se puede hacer!

Una pausa de tres segundos. Luego la voz del mayor Gray.

—*¿Quiere usted seguir con ese comentario?*

—S… Esta Ciudad ha sido gobernada de acuerdo con las fér instrucciones de la Tierra. ¡Eso que debería significar eficiencia resultado una locura! ¡Nadie puede hacer nada sin autori cualquiera que tenga capacidad para realizar una cosa indetermi tiene que espabilarse para conseguir que le den la orden para por al trabajo! ¡Esto hará que todo se venga abajo por sí mismo, a caus la absoluta futilidad!

De nuevo la larga pausa.—*¡Adelante!* —exclamó Gray.

—Estoy alarmado —dijo Kenmore fríamente—, po indudablemente gozaré del desfavor general por lo que he he ¡Cuando llegué aquí el único hombre de la Ciudad era Pitkin! Es durmiendo feliz. Soy el único que parece que tengo idea de lo que *p* hacerse. Creo que vendrá ayuda de la próxima base de proyect mientras tanto, he remendado la cúpula principal para que conser aire y estoy enviando a Moreau a la cúpula de energía. Después v ver si puede repararse el cohete terrestre para devolver a Arlene Cecile Duclos a la Tierra.

Una larga pausa.

—*¿Y qué después?* —preguntó el mayor Gray.

—Después —contestó Kenmore—. Voy a matar a alguien.

Cortó la comunicación. Cuando se volvió, Lezd, el técnico electró que había acompañado a Cecile Duclos para manipular la parte téc de la emisión, le estaba mirando.

—¿Ese es el modo que tiene usted de hablar a sus superiores preguntó Lezd con cierto desdén.

—Cuando es necesario —le contestó Kenmore—. ¿No le gusta?

—Si me gusta —dijo Lezd. Asintió y se apartó.

Kenmore lanzó un gruñido. Había sido aquí en la Luna una figur menor carácter, de ínfima importancia. Estuvo entre los primero alunizar y su experiencia era notable. Pero la autoridad no podía distribuida, y menos en una empresa internacional y cooperativa, s las bases de la experiencia y la habilidad.

Cuando había relativa seguridad para todo el mundo, consideraciones poéticas estaban altamente irreales en los puesto mando. Pero ahora el desastre amenazaba y el hombre que sabía lo tenía que hacer tenía que tomar el mando, porque nadie más s capaz.

Kenmore hizo que Moreau se volviera a poner el traje espacial llevó a la cúpula de energía. Cambió decidido hasta el lugar en d los tanques de combustible que contenían el ochenta por cie peróxido de hidrógeno, que no debía congelarse, estaba de pie cont pared.

—Habrá una ranura en el plástico aquí —dijo señalando—. Y allá arriba. Alguien se dedicó cómodamente a que la Ciudad f inhabitable. ¡Mira!

Moreau miró y se quedó perplejo.

—¿Cómo te has enterado?

—Ha sido su sistema de actuar —contestó Kenmore—. Encue todas las ranuras y arréglalas.

VI

LA LANZADERA

Volvió a la cúpula de aire en donde Pitkin. Sonreía amistoso todavía tormentosa Cecile. Los ojos de Arlene se fijaron en él.

—Voy a dar un vistazo por los alrededores —la dijo—. Y tengo revisar el jeep. Será mejor que descanses un poco.

Ella sacudió la cabeza. —¡No podría! No estoy acostumbrada a e en la Luna. ¡No quiero dormir todavía! Además, no había nada hacer en el cohete mientras veníamos. ¡Estuvimos holgazanea durante días! Estoy descansada.

Llena pues el tanque de tu vestido —le dijo con sequedad.

La mostró cómo comprobar los contenidores del aire de los tan de aire de su traje espacial. Luego, comprobó el suyo. Salieron.

Había una verdaderamente mortal tranquilidad en la noche exte En cierto sentido no era realmente de noche; estaba allá el enorr redondo disco de la Tierra con sus mares y sus casquetes de hielo llenaba una vasta porción del firmamento y su luz era brillante. Pu que era medianoche en la Luna, La Tierra era necesariamente lle su luz se reflejaba en los picos y en el mar y era por lo menos igual el crepúsculo terrestre. Por todas partes reinaba un profundo siler Nada se movía; nadie emitía sonido. En un traje espacial, claro, persona podía oír su propio respirar y loe auriculares le traían el so

de la respiración de cualquiera cuyo micrófono estuviera abierto. S
los pasos de uno sobre el polvo lunar. Pero el silencio y la quietud
allá de aquello eran abrumadores.

Kenmore señaló.

—Los generadores están meramente en funcionamiento —di
Arlene—, por lo tanto hay luz en la parte alta de la ciudad. N
todavía el resplandor de siempre. Pero no tardarán en haber
luces, aquí y en la esclusa. No debes perder de vista a la Ciudad
ninguna circunstancia permanece cerca de mí.

Ella no necesitó responder; se aproximó más. La soledad
panorama hacía de la separación una idea espeluznante. A m
noche en la Luna el suelo ya había estado irradiando tanto cal
vacío durante ciento cincuenta horas que había logrado congelarlo
por completo. ¡Y el espacio es frío! La piedra bajo los pies estaba
actualidad más fría que el aire líquido. El brillo terrestre era fuerte
no desprendía calor apreciable. Y sin embargo, era mucho más prá
moverse en la Luna bajo tal frigidez que tratar de realizar algún
fuera de cobijo durante el día. Un traje espacial puede calentarse
encima de la temperatura del medio ambiente de ahora,
prácticamente es imposible enfriar su interior bajo el sol lunar.

Joe Kenmore caminó hacia el jeep que estaba inmóvil con su r
averiada. El cuerpo del vehículo brillaba como un espejo ala luz
Tierra. Sin aire, no podía haber oxidación; incluso el aluminio, p
en el vacío exterior, quedaba brillante como un espejo de plat
cuando los hombres en sus trajes de vacío descubrían vetas de mi
en las colinas y fundían el metal para extraerlo de su lugar, el mi
fundido corría por los crisoles sin señal de impureza. Incluso el h
era un metal blanco y reluciente en el vacío del ambiente.

Pero ahora, Kenmore inspeccionaba el jeep impaciente. El cohe
carga que había traído colgaba todavía debajo del cuerpo del vehí
El depósito era un cilindro de unos doce metros que había sido lan
de la Tierra y capturado por la plataforma espacial, rellenado allí
cohetes y apuntado y disparado hacia la Luna. Habían localizador
radio para vigilarlo y señalaban su caída. Era mucho efectivo deja
los cohetes cayeran al azar y luego llevarles dentro de la Ciudad,
intentar guiarles hasta un blanco en el espacio. Aquel depósito p
contener alimentos, o combustible, o maquinaria para el p
humano del espacio, pero era imposible que llevara pasajeros

frenética aceleración que le hacía elevarse de la Tierra ahorraba c
de combustible, pero impedía que fuera tripulado por ningún ser
La gran rueda del jeep, con sus radios de acero, parecía muy frá
estaba actualmente formando una masa informe. Pero allá atrás
una estrecha cañada, horas antes, una masa de piedra del tamañ
un edificio había chocado contra la rueda. La masa no experimen
cambios con la gravedad, por eso la rueda estaba muy dobl
Kenmore dirigió la luz pectoral de su traje espacial a ella. Había es
caminando durante setenta kilómetros a través de las mont
después de averiarse y más tarde siguió buscando a la nave terr
durante una existencia indefinida. El eje de la rueda estaba quebr
tenía una gran rajadura y esa hendidura era seria. Era un milagro
el jeep permaneciese todavía en pie.

—No sirve para nada si no lo reparamos —decidió Kenmore—.
gente de la Ciudad se ha llevado los demás jeeps cuando se fueron.

Necesitaba el jeep para un viaje. La nave terrestre yacía en el
pétreo y tenía que ser preparada para que devolviese a Arlene
Tierra, cuando fuese posible hacer tal cosa. Pero habían basta
peligros viajando por la Luna para no aumentarlos todavía
utilizando un jeep defectuoso.

Arlene Gray miró al firmamento. Kenmore la oyó
absurdamente:

—Estrellas brillantes, estrellas brillantes... Joe, ¿cuántas estr
hay aquí?

—Muchísimas — le contestó Kenmore —. Bastantes para tene
atareados durante años buscando entre ellas planetas en los que vi

Los cielos eran un panorama increíble para Arlene. En la Tierr
número de estrellas visible era relativamente pequeño. Apenas se
tres mil a simple vista. Pero allí las estrellas se revelaban
numerosas como las arenas del mar, de todos los colores y con t
las variaciones posibles de brillantez.

—Necesito este jeep —comentó acremente Kenmore—, al menos
tenerlo por si es necesario huir de aquí en caso necesario. Despué
todo, la gente que saboteó la Ciudad puede sentirse molesta po
permanezcamos vivos en ella. ¡Incluso es posible que vengan! —Fru
el ceño—. ¡Esto es un desorden asqueroso! Me gustaría comenz
hacer subir la presión del aire en las cúpulas otra vez, pero no e
seguro...

—¿Hay abundancia de aire?

—Cientos de toneladas —la tranquilizó—. Se mantiene helado, c la nieve. La recalentamos cada noche y aislamos los tanques de n antes de que amanezca.

—No pareces demasiado preocupado por lo que ha ocurrido e Ciudad —dijo Arlene con curiosidad—. Te lo tomas con mucha calm

—Estoy muy lejos de estar tranquilo. Pienso defender a la Ciu incluso con nuestras vidas. Estoy pensando para lo que fue levan esa Ciudad y en lo que representaría su destrucción.

—Tú hablaste de que el Laboratorio trata de encontrar un modo conseguir energía ilimitada para la Tierra —dijo Arlene pensativ Pero tú piensa en la energía como fuerza para cohetes. ¿No es es que te bulle por la cabeza?

—No se puede ir muy lejos con los combustibles químicos —ex él—. Hasta aquí es hasta donde pueden llevar a una nave. Per tuviésemos cohetes atómicos, entonces Marte estaría a nuestro alca los asteroides y Saturno, o al menos... sus lunas, y las de Júpi Incluso, con el tiempo, Plutón.

—¿Por qué?

—Ahí están —dijo Joe a la defensiva—. Los cohetes se encuentra sus comienzos, Arlene, como estaban en sus comienzos con respec la navegación actual las canoas de corteza de tronco. Necesitamos mejor que cohetes. Puede que haya un campo de energía que car las constantes del espacio... Incluso el límite de la velocidad de la Incluso una oportunidad de que la masa que aumenta con la veloc —y que crece a miles de kilómetros por segundo— sea una propi del espacio en lugar de propiedad de la materia del modo en qu resistencia del viento a la velocidad del sonido no es propia aeroplano, sino del aire. Si podemos incluso cambiar alguna ve espacio en un campo de energía, ¡podremos alcanzar las estrellas!

—¿Y entonces?

—Nosotros... seguiremos hasta allí, las alcanzaremos y instalaremos en ellas...

Arlene se puso seria.

—Apuesto a que una chica de las cavernas preguntó a un j salvaje, hace miles de años, por qué tenía que ir a explorar un luga donde estaban las cuevas de los tigres, cuando tenían un

estupendo para vivir, allí donde estaban. Apostaría a que é respondió del mismo modo que tú tratas de hacerlo ahora, Joe.

Kenmore la miró a ella ceñudo.

—Y yo apostaría —añadió la muchacha, que cuando hayan visi todas las estrellas y todos los planetas estén colonizados... alg chica, en el confín de la Vía Láctea preguntará a un hombre com por qué quiere ir a otra isla de estrellas —a otra galaxia— cuanc planeta en que ambos viven y ha nacido es un sitio muy hermoso.

—Quizá —admitió Kenmore—. Quizá tengas razón.

—Y... —prosiguió Arlene—, y a ella le gustará que él esté de acu con sus opiniones, pero se sentirá orgullosa si no lo está.

Hubo un silencio durante un rato. Kenmore parecía pensati inquieto.

—Haces aparecer esto como una cosa insensata —protestó—. Y a es todo lo mismo.

—No —dijo ella, un poco de mal humor—, una muchacha prefi estar orgullosa que complacida... durante cierto tiempo.

Hubo un cambio peculiar y casi imperceptible en la luz por enc de ellos. Kenmore levantó la vista con viveza.

La llama de un cohete ardía entre las estrellas. No descendía; flo hacia ellos a través de los cielos y por el hecho de su forma, Joe se cuenta de que no estaba muy lejos. Podían ver a la misma llama e nimbo de humos iluminados del cohete. La llama tenía fo alanceolada, con la parte más ancha en la dirección hacia la qu movía. El movimiento disminuyó, de modo que se veía bien claro era un cohete decelerando para alunizar... Pero que vendría a hac entre o más allá de las montañas.

—¡Mira! —exclamó Kenmore—. ¡Es la «lanzadera» del Laborat ¡Mike Scandia la tripula... tú ya lo conoces! ¡Está a demasiada altu Quizá el rayo del radar esté ahora apagado!

Buscó en su cinturón y sacó un cohete de señales. Le arranc caperuza, apuntó hacia el cielo y apretó la cola. Se le escapó de manos dejando una brillante pista de partículas ígneas. Subió arri arriba y arriba...

La llama del cohete pareció bruscamente doblarse en su brillar La disminución del movimiento de avance de aquel vehículo se más pronunciado. Kenmore parpadeó ante el resplandor.

—¡Eso va a ser difícil! —dijo intranquilo—. ¡Mike tiene que dece dos gravedades terrestres, pero ahora utiliza cuatro! Es difíci acertar cuando se ha estado en la Luna larga tiempo...

La escena era en realidad muy extraña. Estaban allá las cúp polvorientas de la Ciudad, con sus débiles luces en lo alto; las rasg montañas con sus polos brillantes y sus sombras oscuras a la terrestre, el disco redondo y verduzco de la Tierra colgando del cielo fiera llama blanca cada vez mayor sola, respondiendo a las señ lanzadas con los cohetes rojos...

Antes de que el primer cohete de señales se apagara, Kenmore b otro. Palpó con las manos y Arlene con la máxima competenci entregó uno nuevo del cinturón de su propio traje espacial. Lo ton dando por sentado que la muchacha comprendería; así lo hizo. Scandia,.. Arlene le conocía porque era amigo de Kenmore. Y estaba en aquel veloz cohete que pasaba por encima de sus cabezas

La llama entre las estrellas era casi de una brillantez casi intoler ahora. Sin embargo, siguió aumentando. Eso significaría deceleración de seis gravedades. Kenmore lanzó otro cohete y des otro, para insistir que el lugar del alunizaje estaba allí. Lo que verdad.

La llama por encima de sus cabezas disminuyó, y entonces pa no moverse; una parte de ella se arrancó de cuajo y se dispersó rapidez infinita hacia la nada. La llama remanente se hizo más brill y más brillante y "bruscamente se partió también en dos y de nue que quedaba de la llama quemó con una furia de calor blanco nunca descendió.

Entonces siguió marchando. Algo allá arriba fallaba porqu movimiento a través de los cielos se detuvo.

Kenmore envió cohete tras cohete. Pero las cosas caen muy desp en el campo de gravedad de la Luna. Al poco hubo un lugar vag incandescencia encima de ellos.

—¿Se estrellará, Joe? —preguntó Arlene ansiosa—. ¿Se estrellará

—Mike no. El rayo de radar de la Ciudad debe estar apagado... asegurarme antes... Y Mike no lo sabe. Todo fue interrumpido cu abandonaron la Ciudad. Pero él ha venido desde el otro extremo le de la Luna y no tenía nada para guiarle. Lo más probable es que nuestra ayuda hubiese alunizado en las montañas...

A casi un centenar de metros arriba de ellos algo flameó de un m
tan salvaje que Arlene apartó la cabeza. El mar de lava, la Ciud
incluso los flancos de la montaña relucieron vivamente.

Y la llama que caía hacia abajo comenzó a disminuir y a dismin
tocó la superficie del mar de lava a unos cuatrocientos metro
distancia. La fuente del resplandor se hizo visible..» Era un co
delgado, mucho más pequeño que la nave terrestre. La llama se a
formando una bola de insoportable blancura. Esta subió hacia arri
velocidad increíble. Se levanta y se levantó cada vez más alta qu
picos de las montañas. Se lanzó hacia las estrellas y parpadeó h
extinguirse.

El pequeño cohete del Laboratorio, la «lanzadera», perma
vertical sobre sus patas de alunizaje. Algo se movió. Una voz casca
brillante sonó furiosa en los auriculares de Kenmore.

—¡Alguien me va a pagar todo esto! ¿Por qué diablos no estab
funcionamiento el rayo de alunizaje?

Una silueta se recortó en el costado del cohete bajando hacia el
de lava. Allí se le vio, era una figura pequeña, diminuta, vestida co
traje espacial incongruentemente voluminoso. Kenmore oyó po
auriculares una sarta de juramentos profanos.

—¡Cálmate, Mike! —gruñó—. Arlene Gray está escuchando. Aca
llegar. La Ciudad ha sido abandonada. Todo es desorden a nu
alrededor.

—¿Desorden? —se oyó la voz cascada de Mike—. Deberías ver
tipos del Laboratorio... —entonces cambió de tono? ¿Arlene? ¿A
Gray? ¡Tú, Arlene, no eres de este satélite! ¿Quién te ha dejado
vengas?

La diminuta figura en el voluminoso traje espacial vino saltando
largos y presuntuosos pasos lunares hasta pararse con cierta prec
junto a Kenmore y Arlene. Estrechó las manos de la muchacha co
burdos guantes de su propio traje espacial y las dos figuras form
un contraste grotesco más que cualquier otra cosa que pudiera v
Porque Mike Scandia era un enano; tendría un metro diez de altur
y Arlene se saludaron con calor, haciendo un grupo verdaderam
cómico en contraste con el escenario que les rodeaba.

En aquel momento, la cercana escapatoria de la lanzadera d
destrucción parecía algo que debía preocupar mucho. Pero es
habían otras cosas conturbadoras, naturalmente. La Ciudad p

sufrir de nuevo un ataque... esta vez desde el exterior. Por lo meno jeep había quedado dañado en un intento de asesinar a sus ocupa y era probablemente inseguro utilizarlo. La población de la Ciu había huido y su seguridad era dudosa. La mera existencia de los s humanos en la Luna, estaba en jaque. Arlene, Kenmore y todos demás, incluso los de los proyectiles dirigidos... estaban en un pe mortal.

Había demasiadas cosas para preocuparse, por eso Kenmore n permitió asimismo sentir alivio por la seguridad de la «lanzadera» siquiera se interesó por ello demasiado ni por loe acres comentario Mike acerca del estado mental de los ocupantes del Labora Espacial.

VII

SABOTAJE

Mike tenía informes preparados para ser enviados a la T
mediante transmisión facsímile. Eran del Laboratorio del Espacio e
dirigidos a los científicos administradores y organizadores del Proy
que incluía la seguridad del Laboratorio y los acuerdos para
suministro. Se encaminó hacia la cúpula para colocar los despacho
el transmisor, a pesar de que iban cifrados, los volvería a cifrar sob
cifrado antes de enviarlos a través del espacio. Por el camino,
sucintamente a Joe Kenmore:

—El Laboratorio es una casa de locos. Los muchachos e
soliviantados.

Kenmore señaló el método sencillo de operación para utiliza
«lanzadera». Empleaba cohetes de combustible sólido. Tubos separa
individuales, ocupaban una serie de ranuras en el exterior del ca
Separaría uno señalado *«doce-tres»* que significaba aceleración de
gravedades durante doce segundos, o *«diez-dos»,* o un *«cinco-dos»,*
«seis-tres». También el tiempo de encendido y acelerado conseguir
efecto deseados. Los cambios más pequeños podrían hacerse solta
los cohetes encendidos antes de que la llama se apagara. El fren
flamear que se alejó a una velocidad fantástica, y que se desvaneci

el vacío o se estrelló en las montañas, había sido un ejemplo de
Mike había alunizado de aquel modo.

En el interior de la Ciudad, Scandia, lanzó su mensaje, luego
puso a comer con apetito; le presentaron a Cecile Duclos; él se ar
un poco.

Más tarde, Lezd fue en busca de Kenmore»

—Llama la Tierra —dijo con interés—. ¿Está usted al mando aqu

—En las emergencias, el hombre más irritado usualmente tom
mando —observó Kenmore—. Estamos en un caso de emergencia
estoy más irritado que ninguno de los demás. Por tanto supongo
soy el jefe.

Lezd asintió.

—Conozco su trabajo —observó—. También conozco a los hom
que saben el suyo. Si en algo puedo ayudarle, no tiene más que dec
La Tierra pide hablar con usted.

—Gracias —dijo Kenmore.

Entró en la Ciudad y se dirigió al comunicador.

—Kenmore, en la Luna. ¿Qué ocurre? —dijo impaciente ant
micrófono.

Hubo una pausa de tres segundos. Luego se oyó la voz de la Tier

—*«Grábese esto por favor. Al término de este mensaje que habrá
en código para ser recibido mediante facsímile y entregado al Labora
Especial a la mayor velocidad posible. La inmediata entrega de
mensaje tiene preferencia sobre cualquier otra acción, incluso
necesidades de emergencia de cualquier naturaleza. De órdenes
que la «lanzadera» sea reaprovisionada de combustible y que se pre
inmediatamente para regresar al Laboratorio Especial.»*

Kenmore levantó las cejas. Dio un grito *y* Mike vino presu
atravesando el umbral.

—Otro viaje— le dijo Kenmore—. De regreso al Laboratorio
seguida; es ultra urgente.

Mike escupió. Luego se fue.

—Ya he dado las órdenes dijo —dijo Kenmore al micrófono—, ¿
hay más?

—*«Las bases de proyectiles dirigidos»* —dijo la voz después la pa
ordinaria de tres segundos—, *«informen que no han llegado
refugiados de la Ciudad Civil. Desde es informe han tenido que lle*

Por eso creemos que posiblemente han perdido el camino. Salgan a jeeps de las bases en busca de los refugiados.»

Kenmore se sintió enfermo. Ciento cincuenta seres humanos ha partido presas del pánico veinticuatro, quizá sesenta horas a Podrían haber caído en una emboscada y destrozados po derrumbamiento de algún acantilado del mismo modo que él y Mo se habían visto comprometidos aunque pudieron escapar. Tambiér posible que se hubiesen extraviado, o que los jeeps hubieran su también algún sabotaje. En la primera posibilidad estaba el hech que hubieran ido asesinados. En la segunda se daría el caso de podría haber una pequeña esperanza. Si era lo último... cada per que había huido podía haberse vuelto loca en sus vehículos estanca esperando a que se acabará el aire, o que saliera el Sol. Si esta atascados de aquel modo y no morían por asfixia antes del amanece monstruoso calor del día lunar los cocería dentro de sus concha acero. La voz prosiguió.

—*«Hasta que las autoridades adecuadas regresen a la Ciudad usted hará todas las idea de enviar la siguiente nota cifrad Laboratorio. ¡No tiene que interponer nada a esto! ¡Nada! Sigu mensaje.»*

El rostro del empleado terrestre desapareció. Los puntos primiti engañadores de la transmisión facsímile comenzaron. Kenmore gi comunicador hasta la posición de impresión. Arlene Gray apar buscándole *reparaciones posibles, sujeto todo a la primera* Contó frialdad lo de la pérdida de los quince jeeps en que la gente d Ciudad Civil había huido.

—Claro —dijo—, si hay una fuerza desplegada en guerrillas alunizó de algún modo, pueden estar de camino hacia aquí ahor quizá estén esperando localizar alguna base de proyectiles, emplea el método más sencillo de seguir a uno de los jeeps en su viaj regreso. Yo creo que la cosa es más sencilla todavía. Me parece qu traidor está en la Ciudad. Mike tiene que hacer un viaje especia regreso al Laboratorio. Ha de entregar un mensaje ultra urgen cifrado. Arlene dudaba.

—Debería ir con él —dijo intranquila—. Se supone que mi misió reunir material para las emisiones de Cecile. Hay bastante segur para que pueda ir, ¿verdad?

—Precisamente —dijo Kenmore—, estás aquí en el segundo l
menos seguro del Sistema Solar. El primero es el Laboratorio, per
diría que no tenemos mucha elección.

—Entonces llenaré mis tanques y estaré dispuesta —dijo Arlen
Vigílame por si no lo hago con propiedad.

Kenmore la contempló mientras se preparaba y observó qu
muchacha lo estaba haciendo a la perfección. Pero un traje esp
sólo llevaba aire para dos horas; porque llenar a presión un tan
incluso en la Luna es un trabajo pesado. Nadie puede llevar ob
excesivamente onerosos.

Salieron juntos, a la vasta quietud más allá de la Ciudad.
parecía no haber cambiado nada. Un día en la Luna es igual a cat
en la Tierra y una noche dura lo mismo. Era cerca de median
cuando el acantilado comenzó a caer sobre el jeep de Kenmore y
era medianoche cuando comenzaron la búsqueda del caído co
terrestre en el mar de lava. Incluso ahora, hacía poco que se h
pasado la mitad de la noche lunar de dos semanas. Las estrella
parecían haberse movido de sus sitios, las sombras producidas p
luz terrestre en las montañas no se habían alterado.

Sólo mirando fijamente al gran disco brillante de la Tierra po
percibiré algún cambio; algunas estrellas se habían movido un poq
en relación al planeta. Los continentes no estaban en el mismo siti
que estuvieron antes, ya que la Tierra gira.

La *voz* de Mike se oyó en los auriculares desde cerca d
«lanzadera».

—¡No me gusta eso! ¡Calma! ¡Sé que tienes bastantes sesos, pero

Pitkin rezongó. Levantó un largo tubo hasta Mike para qu
sujetase en su soporte adecuado. Naturalmente, cada piloto de coh
se preocupaba de instalar los suyos en su lugar. Mike echaba chi
mientras hacía los ajustes críticos y aseguraba sus elemento
impulsión.

—Arlene irá contigo, Mike —dijo Kenmore a través de su micró
del casco—. Recogerá datos para que Cecile Duclos pueda figurar h
visto las cosas por sí misma.

Mike Scandia se quedó parado como muerto, a mitad de camin
esbelto casco del cohete.

—¡Mil diablos que sí que viene! —estalló—. ¡Yo estaba a punt
amotinarme, de todos modos! Alguien además de mí mismo tiene

ver a aquel grupo de cabezas huecas y hacerles que se dominen mismo.

—¿Por qué? —Preguntó Kenmore.

—Se están poniendo un poco quisquillosos, como te dije —cont Mike—. ¡Si alguna vez he visto a alguien a punto de matarse, son e ¡Se rajan por momentos! Espero que el mensaje que envié a la T acerca de ellos lo demostrará y que manden a unos cuantos, que d el Laboratorio y se fueran inmediatamente. ¿Pero quién puede ver albergarse a la Ciudad ahora? ¡Te digo, no obstante, que las cosa están poniendo muy mal allí! ¡Y se necesita la palabra de alguien además de lamía!

!La figura de Arlene vestida con su traje espacial se movió com mirase a uno y otro alternativamente..

—¡Las cosas van mal! —insistió Mike—. No han querido creerme en la Tierra. Quizá no pueden a Arlene y a mí. Pero...

—Yo informaré a la Tierra —dijo Kenmore.

Dio la vuelta y volvió a entrar en la Ciudad. Cuando regresó, auriculares recogieron la voz de Arlene.

—¿Puedes utilizar una brújula aquí, Mike?

—¡Uf! —exclamó Mike—. No es necesario. Miras la Tierra y ves puntos cardinales. ¿Te das cuenta?

—Iré con vosotros —dijo Kenmore—. He dejado el mando a Morea

Siguió a Arlene subiendo la escalera que conducía a la puerta cohete. Ella entró la primera en la esclusa. Se instalaron dentro jun cinco ¡minutos más tarde se les unió Mike.

—Despegaremos a dos gravedades —dijo con grandilocuencia— bastante despacio para que te des cuenta del paisaje! ¡Disparo de de cinco segundos, cuatro, tres, dos...!

Oprimió el botón de disparo señalado «5-2». Oyó rugido y un enorme. Había contado hasta antes de llegar al momento del dispar alta voz, porque es necesario tener los pulmones llenos cua comienza de repente tal aceleración.

El peso, sin embargo, duró sólo cinco segundos. 5-2. C segundos, dos gravedades. Después no hubo peso en absoluto. reinaba un profundo y tranquilo silencio; el cohete flotaba subienc habían también ventanillas, que se habían cerrado por presiones allá de la sombra de la Luna, para evitar el resplandor del Sol, a tr de las cuales Arlene podía ver el increíble panorama de la luz c

Tierra. El silencio pesaba y el polvoriento mar pétreo se extendía e
lejanía al pálido crepúsculo y las montañas parecían caer hundién
cada vez más.

Durante noventa y nueve extraños segundos el cohete si
flotando hacia arriba y mientras, levantábase a mayor altura
montañas parecían hundirse con mayor lentitud. La revelación c
siempre nueva fiereza hostil de los picachos se hizo más grac
desvelando todavía superiores maravillas. A ocho mil metros se v
miles de kilómetros cuadrados de montañas a una parte y la cur
superficie del mar lunar al otro.

—Este panorama es muy bonito, Arlene, incluso a la luz de la T
—dijo Mike—. Pensé que te gustaría verlo. Ahora nos encaminare
hacia el Laboratorio. Arrellánate bien, vamos a salir disparado
volviéndose a Joe dijo crispado—, a 6-3, Joe. Será lo suficiente.

Mike contó de acuerdo con la voz anterior: «Cinco, cuatro, tres
uno...»

Oprimió el botón de disparo y todo el cosmos pareció explotar**.**

El pequeño cohete debió haberse desintegrado. Algo llameó e
exterior, pero no fue una aceleración de tres gravedades lo que a
hacia adelante a la nave. Fue un impulso abrumador, insoportable
era el equivalente de una explosión continua. Joe Kenmore fue arro
hacia atrás en el moldeado sillón y se vio oprimido por una pre
brutal, que le redujo a la impotencia. No podía ni siquiera levantar
manos; no podía moverse en absoluto. Sintió cómo sus mejillas se
hacia atrás, dejando al descubierto los dientes. Sintió cómo la carn
su cuerpo se ponía tensa, hasta el máximo, se aplastaba
sobrecargaba con el peso de la sangre que iba hacia la parte post
de su cuerpo. Luchó con fuerza por permanecer conscie
quedándose sin sangre en la parte anterior de su cerebro.
esfuerzos parecieron durar siglos.

Pero todo terminó; luchó para recobrar su plena conciencia e int
moverse. Sus manos y sus piernas no le obedecieron al principio
movían oscilantes y débiles.

—¡Arle! ¡Arlene! ¿Estás viva? —gruñó.

No hubo respuesta y el silencio fue como un estímulo horrible
levantó —se encontraba sin peso y una luz se encendió en la cabina
arrastró hasta el sillón que contenía a Arlene. Los ojos de la mucha
comenzaban a parpadear en su regreso a la vida cuando oyó la vo

Mike Scandia tras él. Mike le miraba algo incoherente; su cuerpecit retorcía con angustia y rabia. Volvió sus ojos centelleantes h Kenmore.

—¡Eso fue... hecho a propósito! —jadeó—. ¡Yo... revisé los coh ¡Alguien ha estado... cambiando las instrucciones! ¡Para matar ¡Permutaron los cohetes de la nave terrestre con los de la «lanzad ¡Oh...!Gruñó con la furia que parecía dominarle. Pero Kenmore vol gritar:

—¡Arlene...!

Finalmente, y muy débil, la joven susurró...

—Creo... que estoy bien...

Y entonces Kenmore comenzó realmente a apreciar el crimen había sido cometido contra la Ciudad, y el Laboratorio, y Arlene y mismo. Se arrastró hasta una de las ventanillas y miró al exterio cohete estaba lejos, muy lejos de la superficie lunar; eso no import Aún seguía apuntando hacia el espacio; eso significaba poco, a pesa que su velocidad podría ser *«del orden de casi un kilómetro por segu o más»*. Incluso aquello no era mortal por necesidad.

Pero uno de los cohetes había sido mal marcado. Mike mismo había escogido, los ajustó en sus adecuados soportes, pero en luga ser un cohete de combustible sólido, preparado para dar a la «lanzadera» una aceleración de tres gravedades durante seis segun Mike había instalado y después disparado un cohete creado para di a la gran nave hacia la Tierra. Un impulso que estaba calculado una nave veinte veces más pesada que la lanzadera; las consecuen eran malas, pero las perspectivas todavía peores.

Cualquiera o todos los cohetes que quedaban podían ser igu Cualquiera de ellos era posible que fuera destinado al despegue cohete terrestre y otro impulso como aquel haría que la lanzader desintegrase, como el cascarón de un huevo bajo el peso de tonelada.

Pero no era necesario disparar los cohetes. La nave estaba subie era preciso hacerla volver hacia abajo, o comenzaría una larga c hacia la Tierra, dentro de cuya atmósfera penetraría como si fuera meteoro llameante. Y era preciso que volviese a la Luna, sería neces comprobar las cosas antes de estrellarse en la rocosa superficie cualquier modo, era necesario que tomase tierra la «lanzadera. C una de aquellas maniobras requería el disparo de cohetes; y cualqu

de ellos podía llevar el colapso, de la estructura de la nave baj acción de fuerzas a las que no estaba diseñada para soportar.

Incluso más: Sería de poca utilidad un mero alunizaje. En el cer misterio lunar estaba la superficie de aterrizaje de un enc continente, mucha más superficie de alunizaje que en Norteamérica. En aquella vastedad, con sus cordilleras de mu kilómetros de altura y de cientos de kilómetros de largo, esta precisamente las tres bases de proyectiles dirigidos y cuatro pue localizadores de radar y abandonada la Ciudad Civil. Eso er equivalente de cuatro villorrios y otras tantas chozas de tramperc medio de la salvaje superficie de todo un continente. Y cua alunizara la pequeña nave, la gente allí tendría que utilizar tı espaciales que sólo contenían aire para unas dos horas.

Las posibilidades en contra del alunizaje de la nave de un modo quedase sana y salva, eran muy grandes, las posibilidades en contr sobrevivir en el alunizaje eran todavía mayores. Y las que habían contra del alunizaje en la noche lunar, dentro de una distancia pudiera permitir el camino hasta el hallazgo de un cobijo, con horas de aire para viajar…

La supervivencia parecía completamente imposible. Lo bast apropiada para un caso de emergencia en el espacio, las posibilid en contra del éxito eran astronómicas.

VIII

EL NAUFRAGIO

—SI esto fuese una emisión de televisión —dijo Mike con amar —, saldríamos por fuera del casco con zapatos de suela magnéti haríamos algo dramático, con lo que todo quedaría arreglado. ¿Verd

Su tono era algo desdeñoso, pero había cierta desesperación e significado de sus palabras. No creo aquello una respuesta simp dramática en la situación en que se encontraban. No habría oportunidades así de éxito que de otro modo. Ellos eran, a t intentos y propósitos, ya como muertos. Y así Mike miró cómo Kenr trabajaba, y no tuvo la menor esperanza... A pesar de que preve que Joe estaba preparando. Los tres permanecían aún utilizando trajes espaciales ,a excepción de los cascos; pero Kenmore se qui mitad superior de su vestido para poder utilizar sus dedos. H hecho tiras la funda de una de las almohadas. Probó su fuerza. Ent una de las tiras a Mike.

—Mira si es lo bastante fuerte —ordenó—. Emplearé algunas Tenemos que tener todo sujeto desde el principio, por si acaso la pierde aire.

Mike tomó la tira de tejido con sus manos torpes a causa de mitones. Tiró de ella. Asintió su cabecita pareciendo todavía

pequeña en la abertura de tamaño natural del cuello de su
espacial.

—Eso aguantará —dijo. —¿Puedo hacer algo para ayudaros
preguntó Arlene con voz tranquila.

—Una cosa sólo —le contestó Kenmore con frialdad mien
trabajaba—. Y en eso eres mejor que nosotros.

—¡Yo diré «amén» cuando hayas acabado Arlene! —añadió Mike.

La pequeña «lanzadera» continuaba subiendo y subiendo. No h
peso en absoluto. Mike seguía sentada delante del tablero de con
aquella era su nave. Entretanto Kenmore hizo lazos de tiras de tejid
la funda rosa del almohadón y las sujetó hasta la palanca manua
despido de los cohetes exteriores. Habían botones automáticos
lanzar fuera del casco los cohetes y estaba también el dispos
manual por si acaso fracasaban los botones en su compli
mecanismo. Kenmore comprobó cada tira repetidamente.

Era extraño que pudiese pensar con claridad. Había habido sab
y muerte en todas las etapas del proyecto del que formaba part
Ciudad Civil. Pero los primeros ultrajes habían sido m
escaramuzas… Engorros y obstáculos nada más. Esto era el acto
desesperado.

El jeep de Kenmore debería haberse quedado destrozado e
desprendimiento de tierras. La nave terrestre debía haberse estrel
sin esperanza alguna al no tener el rayo de radar que la guiase
alunizar. La propia «lanzadera» debía haberse destrozado y conve
en retazos de metal en los Apeninos, en su camino de venida
Laboratorio; ciertamente no debió escaparse de aquel despegue, en
de haber sobrevivido al anterior alunizaje. Y allí estaba la desapari
de todos los habitantes de la Ciudad. Todos aquellos desastres de
haberles puesto furiosos y desesperados. Pero de algún modo an
reacciones eran poco apropiadas… Quizá porque nadie podía sobre
a la derrota cuando se habían empleado todos aquellos medios co
la Ciudad.

El casco de la «lanzadera» estaba ya demasiado esforzado y te
otro golpe, no más violento, haría que se rajara. Dos o tres,
convertiría en una mera mescolanza de hierros volando por el espac

Kenmore acabó el trabajo de las lazadas sujetándolas a las pala
manuales de suelta de los cohetes. Fue hasta Arlene y llenó la p
posterior del casco de la muchacha con el material sacado, del int

del cojín roto, con la intención de hacer una almohada que la proteg
todavía más de la violencia de los choques.

—Cierra bien tu traje —ordenó—. Si hay otro cohete mal marc
eso te ayudará a que no te rompas la cabeza. Ahora ponte el casc
pon en funcionamiento el intercomunicador.

Ella obedeció y se instaló en su sillón. Le sonrió. El le devolv
sonrisa; pero fue más que nada una mueca porque se veía incapa
sonreír. Mike con cuidado metió una de sus enguantadas manos e
lazada de una de las tiras de tejido que Kenmore había sujetado
manivela de suelta de uno de los cohetes. Podía levantar esa m
luchando contra un impulso de dos gravedades, o tres, o cuatro. Pe
impacto como el disparo del último cohete, que había tenido t
gravedad que era imposible calcularlas haría que su nave cay
Entonces el cohete quedaría libre.

—Haz girar la nave —dijo Kenmore, dando la orden sin pensa
apunta a la Ciudad y empieza la cuenta. De todos modos en este
no» llegaremos al Laboratorio.

—Esto *«debe»* ser hecho con un impulso de 10-2 —dijo Mike
aspereza—. Cinco… cuatro… tres… dos…

El peso les golpeó, pero un peso tolerable. Aquél era un cohet
10-2; dos gravedades durante diez segundos. Estaban dirigién
hacia la Luna. Su velocidad de escape fue disminuida, pero de nir
modo quedó anulada.

Cuando terminó la presión, dijo Mike con calma:

—Voy a emplear esta vez un 6-3. Cinco… cuatro… tres…

Hubo un impacto terrible, que lanzó a Kenmore atrás en su asie
Pero la mano de Mike también se vio obligada a bajar el impacto
palanca manual operó. El súper poderoso cohete destinado a la
terrestre se separó de la «lanzadera» con una aceleración imposibl
medir. Seguramente chocaría con alguien en la solitaria y silenc
superficie lunar. El cohete «lanzadera» quedó sin peso, su velocida
fue afectada. Había sido soltado a tiempo aquel cohete auxiliar
evitar la destrucción, sin embargo, la sacudida aún había
demasiado grande.

—¿Vive alguien? —preguntó Mike casi con ferocidad.

La voz de Arlene en los auriculares de su casco sonó intranquila:

—Yo.

—Y Joe está rechinando los dientes. Le oigo "bien — gruñó Sca —. Estamos perdiendo aire. ¡Ese cohete con la sacudida ha debido a algunas grietas!

Se quitó la placa frontal del casco y agarró el micrófono comunicador de la «lanzadera».

—Vosotros, los de debajo, en las estaciones de localización intentáis averiguar quién es éste que está llamando en el espacio digo que somos nosotros. Yo, Mike Scandia, con Joe Kenmore y Ar Gray a bordo de la «lanzadera». Estamos disparando cohetes regresar. Podremos hacerlo. ¡Seguidnos por radar hasta donde os posible! —Entonces masculló algo con mal genio—. ¡No sé quién can las marcas de los cohetes en la Ciudad! ¡Sabotaje!

Cerró de un manotazo la placa frontal del casco y Kenmore le jadear. El aire se marchaba de prisa; la aguja del manómetro de pre marcaba cada vez más cerca del cero...Aquel último impulso h aflojado las planchas de la «lanzadera». Mike había utilizado al úl segundo posible de aire para jadear el mensaje dirigido a alguien cualquiera de las estaciones localizadoras cuyos radares vigilaba llegada de cohetes de carga que venían sin tripulación alguna d Tierra. Habían cuatro de aquellas estaciones.

La aguja del manómetro de presión marcó cero; todo el aire h desaparecido ya. No había modo de hablar desde un herméticamente cerrado al aparato de radio de la nave, ni tampoc escuchar lo que dicha radio podía recibir de las estaciones espaci No había forma de saber si el mensaje de Mike había sido captado era probable, por otra parte, que lo hubiesen recibido del todo. hombrea de servicio en las estaciones localizadoras no están atent la escucha a menos de que esperen la llegada de un proyectil de ca No había en aquellos momentos nada que les incitase a e escuchando.

—Debía haberlos llamado antes —dijo Mike con cierta dosis malhumor y cuando volvió a recuperar el aliento —no había mu oportunidad, pero debía de haberlo hecho. ¡Que me cuelguen por id ¡Voy a disparar otro 6-3! ¡Cinco... cuatro... tres... dos... uno.,,!

Otro golpe violento. Fue como un puñetazo monstruoso; bastó que todos casi perdiesen su conocimiento. Pero aquel cohete, tamb se había expulsado por el peso de la pequeña mano de Mike e lazado que sujetaba la palanca manual.

—¡Esto no tiene buen aspecto! —exclamó Mike de un modo glaci ¿Preparado, Joe? Voy a probar uno que está marcado cuatro- Cinco… cuatro… tres… dos…

«Era» un cuatro tres El cohete trabajó valientemente contra la in que llevaba a la «lanzadera» hacia las estrellas. Se apagó. Mike d aviso y disparó otro cohete: aquél también era como debería ser.

Cesaron de flotar tres disparos más tarde. Hubo otro disparo otro… La lanzadera se volvió hacia la Luna, pero iba sin rumbo fij Kenmore habló por su micrófono del casco:

—Mike, regresamos. Creo que será mejor que lo hagamos flota No dispares más hasta que estemos a punto de tomar contacto. La ha sido ya muy esforzada. Puede romperse. Pero si podemos alu en una pieza, nos va a ser posible salir y comprobar las marc asegurarnos de qué es lo que nos queda. Incluso podemos ser cap de despegar de nuevo y alunizar en algún lugar cerca de la Ciu ¡Pero no nos arriesguemos a más disparos hasta que estemos tocando al suelo!

—Eso tiene cierto sentido común —asintió Mike con un gruñi He pasado el tiempo descubriendo lo que tengo que hacer co individuo que cambió estas marcas.

El pequeño cohete flotaba cayendo. Llevaban una veloc indefinida hacia la Luna, ahora, que aumentaba gracias a la gravedad del satélite. Parecía que la gravedad era trivial porqu velocidad de caída era lenta. La nave chocaría con el suelo sólo sexto de gravedad, y no obstante, a pesar de ser un sexto también violencia, la caída sería violenta. Desde la altura de seis metros el sería como la caída de un metro en el planeta madre; pero su altur varias veces diez kilómetros.

Poco podían hacer, naturalmente. Les era posible moverse e interior, sin peso, dentro de la cabina. El giroscopio de la nave to funcionaba y seguía manteniendo la nariz en dirección a la que la el último cohete. Kenmore se arrastró hasta la portezuela de div delantera y suspiró.

—Vamos a alunizar en alguna parte de un mar, Mike.

Scandia no contestó. Kenmore oyó rechinar sus pequeños dient gesto de cólera contenida. Kenmore mismo no podía evitar tener propios sentimientos airados. Era necesario pensar con frialdad. Te pocas oportunidades de sobrevivir, tan escasas que no po

permitirse el lujo de desperdiciar ninguna de ellas. Pero también imposible imaginarse algún movimiento realmente bueno.

A poco comprobó los tanques de reserva de la nave. Hizo u arreglos en la parte superior del traje de Arlene y fijó una tub elástica y al cabo de unos momentos los tres respiraban la reserv aire de la nave. Luego siguió vigilando por la portezuela delantera.

—Tenemos un respiro —dijo—. Creo que voy a poder localizar un las estaciones cuya posición conozco. Quizás alunicemos a unos ci ciento diez kilómetros de distancia de ella!

—Con dos horas de aire en nuestros tanques! —gruñó Mike.

—En cuanto a eso, lo veremos. Lo importante es alunizar en pieza. Quizá podamos despegar otra vez.

Pero Kenmore no creía eso ni tampoco Mike. Era concebible, apenas posible y ambos de ellos lo sabían muy bien. Kenmore h hablado de manera tan optimista para que le oyera Arlene.

Joe la vio mirarle a través de su casco transparente y advirtió sonrisa curiosa en el rostro de la muchacha. Tuvo el incón sentimiento de que la joven acababa de adivinar su pensamien conocía las pocas posibilidades que tenían de sobrevivir.

El increíble panorama lunar aumentaba lentamente delante de e De haber brillado el sol les hubiera sido imposible mirar al suelo obstante, a pesar de la luz terrestre que era de por sí pálida, toda características del mundo muerto estaban alumbradas. Flota cayendo… y la velocidad de caída aumentaba.

—Es tiempo de probar un poco más de aceleración, Mike —di poco Kenmore.

Scandia se desenganchó el casco del tanque de la nave y regresó silla del piloto. Kenmore también volvió a su puesto.

—*Solo* hay una cosa posible —dijo después de un momento— hombre que saboteó la Ciudad hizo todas las ranuras en los mis sitios. Trabajó rutinariamente. Es posible que cuando comenza pintar nuevas marcas en los cohetes destinados a la nave terr haya marcado a todos lo mismo. Quizá tenga esa clase de cerebro obtuso En tres ocasiones un cohete marcado seis-tres ha es equivocado. Quizá los demás estén bien. Los diez-dos eran corre No podemos confiar en que todos los cohetes señalados mal sean seis-tres, pero es muy posible que ocurra eso.

—Sí —dijo Mike con voz grave—. Pero yo cargué una mayorí seis-tres. Me gusta el disparo a tres gravedades. Pero haré cu pueda.

Volvió a los mandos de la nave. Abajo se veían cadenas montañ extendiéndose y moviéndose también un poco lateralmente. La con y absurda mezcolanza de montañas y cordilleras ocupaba todo el su Kenmore y Arlene miraban a través de las portezuelas mientras la daba la vuelta. La «lanzadera» se dirigía hacia abajo, pero un poc sesgo, también. Luego una llanura monótona, un mar, un mar de solidificada, entró en posición debajo de la nave. Mike puso funcionamiento el radar de localización de objetos cercanos.

No funcionó; había quedado destruido por uno de los impacto los cohetes mal marcados.

—Vamos a alunizar con el fondillo de los pantalones —dijo Mik Desenganchamos del tanque y sujetaros bien en los asientos.

Arlene obedeció; Kenmore también se soltó, pero lo hizo con desgaire.

—Cinco —dijo Mike—. Cuatro... tres... dos... uno...

Un cohete comenzó a dar su impulso poderoso Kenmore cont tenso hasta llegar a diez. Scandia acababa de disparar un diez- Entonces Mike atisbo, por la portezuela.

—¡No se puede calcular la distancia! ¡No hay nada que sirva calcularla! —murmuraba furioso.

Hizo girar la nave con delicadeza, de modo que su movimiento la quedase contrarrestado por el disparo del mismo cohete que contro la caída de la nave.

—Cinco... cuatro... tres... dos... uno.,,

Otro formidable impulso. Un cinco-dos.

—¡Pero estoy gastando los cohetes, Joe! —exclamó Mike ai cuando acabó el impulso—. ¡Me quedan tres más de seis-tres... y es todo!

—Tendrás que correr el riesgo, entonces —le contestó Kenmore. a través de la cabina—. ¡Suerte, Arlene!

Una larga, larguísima espera.

—¡Estamos muy cerca ahora —dijo Mike con brusquedad— puedo correr el riesgo de contar. Voy a disparar cuando lo consi preciso.

Diez segundos. Quince. Veinte. El rugido de un cohete. Peso. Pes
tres gravedades. Un cohete seis-tres que era lo que debía ser
impulso detúvose.

—¡Eso es lo que necesitaba para alunizar: —exclamó Mike—.
más…

Pero aquel fue un golpe como la explosión de una bomba
cinturón de seguridad preparado por Kenmore soltó con rapide
cohete, pero una gran grieta apareció en el lateral de la cabina c
nave; estaba a punto de romperse en pedazos.

—Voy a correr el último riesgo —dijo Mike con brusquedad—.
podemos hacer otra cosa! ¡Ahí va! Disparó el último cohete
quedaba.

Fue un cataclismo; fue píí,,pf»r,é!?ˢékiads[1] monstruoso. Si no er
cohete de partida para la nave terrestre, seguramente estaba cr
para utilizarlo en deceleración, para detener una gran nave cuand
acercaba a su destino. Pero no tardó en volar libre.

Hubo un enorme silencio y las luces de la «lanzadera» se apaga
Oyeron crujidos y chasquidos transmitidos por la sólida conducci
través de la materia que formaba el roto casco de la nave.

Y entonces la «lanzadera» tocó el suelo.

Cayó. Rodó sobre sí y volvió a chocar y luego rebotó; entonce
deslizó sobre el polvo lunar en lo alto de la superficie de lava del ma
polvo sirvió como lubricante, como hubiese hecho el talc
probablemente evitó que la nave se deshiciera en pedazos. Pero aún
cuando acabó el movimiento pudieron ver las estrellas entre
rendijas enormes del metal de encima de sus cabezas. Kenm
colgado de su silla de aceleraciones por el correaje, permaneció
momento sin respirar y luego la nave se desmoronó, formando
masa casi irreconocible de metal.

—¡ Arlene! ¡Arlene! —se oyó gritar a sí mismo con fiereza.

—Yo… creo que estoy bien, Joe… —jadeó ella—. Me ha dolido, pe

Mike murmuró algo y quedó en silencio. Después dijo con
calma, poco natural:

—¡Arlene, cierra tus auriculares! ¡Voy a decir algunos reni
acerca del individuo que nos hizo esta faena! Kenmore se aflo
correaje. Salió por entre las planchas rotas que por fortuna no tenía
rotura en forma irregular y extendió los, brazos, luego se abrió pa
través de los restos para llegar a Arlene y soltarla de sus correas.

se había inclinado y la aprisionaba. Kenmore encendió las l pectorales y aflojó la palanca que mantenía a la silla en posició uso. La dejó caer. Se dio cuenta de que Arlene se contenía convu muy cerca de su persona cuando la libertó. Entonces Mike apareci alguna parte con las luces encendidas.

—Algo me dio en el casco —dijo—. Se ha doblado. Me doy cue Casi se rompe ¡He pospuesto el maldecir a ese individuo hasta que sienta bastante seguro! ¡Saldremos por aquí!

IX

ABANDONADOS EN LA INMENSIDAD

Dos minutos más tarde los tres permanecían en pie en medic polvo de más de un palmo de la superficie del *«mar».* La Tierra bril por encima de sus cabezas. La «lanzadera» parecía como un montó hoja de lata aplastada, a excepción de las partes en que su esqu quedaba expuesto a la luz.

La miraron. Luego Kenmore avanzó, y se encontró a sí mi cojeando, para ver el otro lado de la nave destruida. Estaban e centro de lo que parecía ser una llanura, pero que no lo era. Podían incontables millones de estrellas, luciendo todas con un brillo f muy cerca del horizonte en todos los lados. No había parpadeo er estrellas que rebordeaban el horizonte lunar; conservaban su p brillantez hasta que el horizonte las tapaba.

Uno podía decir —exclamó Mike, respirando con dificultad—, qu hay más tierra a la vista que ésta. Pero, ¿hay algo más, verdad Joe?

—Bajaremos —contestó Kenmore.

Sus alrededores, actualmente, eran más solicitados y desolados las irregulares montañas de la Luna. Podían ver casi cuatro» kilóme en cada dirección antes de percibir la curvatura de la superficie aquello era el horizonte. No es que hubiese nada que ver except superficie polvorienta del *«mar»;* no había nada. Literalmente nada.

Kenmore miró con cuidado hacia la Tierra. Pendía enorme y brill en el cielo. No estaba donde debía de haber estado si la contempl desde la Ciudad; se la veía un poco allá del mismo centro firmamento.

—Hum —dijo—.. Un grado de arco en la Luna es una fracció unos veintisiete kilómetros, en lugar de los ciento once de la Ti Mike, ¿hasta cuándo se había alzado la Tierra, desde el punto de de la Ciudad?

Mike parpadeó; aquello era cosa suya. Como piloto de la «lanzad en sus viajes al Laboratorio del Espacio, sus viajes se hacían medi cómputos incluidos en sus órdenes de vuelo. Pero los regresos, Luna, eran diferentes. Con toda normalidad, tenía un rayo de radar le hablaba al extremo de la ruta, pero sabía dónde la Tierra estaría cielo durante el camino. Y, claro, los casquetes polares terrestres continentes eran mucho más útiles que un sextante.

—Hummm —dijo con voz profunda—. Vamos a verlo.

Y lo hicieron, haciendo señales en el polvo y con la altura del c de Kenmore para proporcionar datos comparativos. Quizá no fue muy exacto, desde un punto de vista. Tenían unas dos horas de respirable en sus tanques y el número de lugares habitados e cercana mitad de la Luna podía contarse con los dedos de una ma sobrarían dedos. Pero la nave había partido en una dirección espec hacia uno de sus lugares; habían bajado desde el lugar de la catás hacia su punto de partida. Y cuando un grado de arco tiene veintisiete kilómetros y la Tierra está allí, pendiendo por encima d cabezas y visible, el fijar las posiciones es mucho más simple qu nuestro planeta. En lugar de una observación lunar o estelar, h una observación terrestre. En la Tierra basándose en ella. Cu hubieron acabado, dijo Kenmore:

—Puede que estemos a unos cincuenta kilómetros de dista Mike.

—Sí, y no creo que pasemos de cien —asintió Mike con ans ¡Vamos!

—Joe... Mike... Vosotros estáis tratando de ocultarme lo que mientras os sea posible —dijo Arlene con vos suave—, pero ten sólo dos horas de suministro de aire. ¡Y no podemos recorrer kilómetros en dos horas!

—¿Cuánto tiempo pasó desde que el cohete terrestre aluniz perdió aire antes de que yo te encontrase, Arlene?

—¡Pero nosotros teníamos los tanques de la nave para respira protestó ella.

—La «lanzadera» está destruida por completo —admitió Joe—.. ¡ no creo haber advertido signos de que sus tanques se rajaran! I emitió un murmullo de asombro y avanzó hacia los restos. Kenı marchó tras él, encendiendo la luz pectoral.

—Creo que tienes influencia, Arlene —dijo Mike por el micrófon su traje espacial.

Ella esperó fuera. Podía ver sólo que trabajaban furiosos dentr los restos de la lanzadera. Mike Scandia arrastró algo y regresó. S una llama extraordinaria ardiendo en el vacío; era un soplete oxhíc cuya llama en el vacío no tenía el mismo aspecto que en la Ti Humo denso y blanco salía de ella, se expandía con furia y l brillaba como si fuese una nube de diamantes infinitamente pequ flotando en el vacío. Pero esto era algo más raro que los diamantes Luna. Oxígeno e hidrógeno, ardiendo juntos, producían vapor de a En el frío monstruoso de la noche sobre la Luna, el vapor de agua podía existir a pocos centímetros de la llama. Las blancas nubes diminutos cristales de hielo cayendo lentamente, muy lentamente.

El soplete se apagó con rapidez; en no menos de veinte min desde el alunizaje de la nave, habían sacado dos tanques de reserv dentro de la «lanzadera» y los habían depositado sobre el polvo c superficie del mar lunar. Los tanques parecían enormes, pero hubi sido peculiarmente ligeros incluso en la Tierra, porque tenían que enviados muy lejos de donde su transporte era costosísimo. incluso aquel peso ligero quedaba dividido por seis en la Luna.

En alguna parte, fuera de la nave, Kenmore llenó de nuevo tanques de Arlene y él y Mike repitieron la operación. Encontraron hoja de acero rota y Kenmore se engancha en ella con una abraza de aquella cuerda espacial de plástico que no se hace quebradiza, y es parte del equipo normal de un traje espacial. Comenzarc marchar, llevando Kenmore los tanques.

—Para esta clase de viaje —dijo Mike—, será mejor que lo hagas Arlene.

Le enseñó aquella excéntrica andadura lunar que mucha g jamás aprende, inclusa a pesar de que permanezcan en el sat

durante meses. Se deriva de la fácil manera de caminar que pract los atletas en la llamada marcha atlética. Era inútil dentro de la Ciu Civil y muchas personas viajaron por fuera sólo en jeeps. Pero aqu que trabajaban al exterior, bien en las minas o recuperando proyec de carga enviados de la Tierra, era necesario que lo aprendiesen.

Mike Scandia se lo enseñó a Arlene Gray. La técnica de caminar la Luna aprovecha la plena ventaja del hecho de que uno cae lentamente desde poca altura. El individuo se mueve hacia delar salta con gentileza hacia arriba y flota. Luego desciende con suavi mientras sigue moviéndose hacia delante, toca el suelo y da un to delicadamente justo que es una pisada; entonces vuelve a salt continúa moviéndose hacia delante. Es muy parecido a esa clas caminar que hacemos flotando en nuestros sueños.

Los tres se pusieron a cruzar el polvoriento e informe mar. Kenn llevó la especie de trineo hecho con la placa metálica y los tanques hizo con un ritmo igual al de su movimiento. Su andadura alcanzó promedio de unos doce kilómetros por hora. Habrían hecho más, de cuando en cuando se detenían para comprobar el aire de tanques.

Cuando hubieron viajado la primera hora el panorama lu continuaba sin mostrar el menor cambio. Estaba en el centro de superficie suavemente ondulada que tendría unos siete kilómetro diámetro; más allá no había nada. Hasta el horizonte habían unos kilómetros, allí la llanura caía hacia abajo y se perdía de vista y só veían las estrellas y la Tierra por encima de sus cabezas,

Después de una hora de caminar se detuvieron. Mike disparó bengala y la colocó en una alta pértiga de metal que había co también de la lanzadera. La bengala ardió con luz roja y brilla utilizando el propio oxígeno que despedía para arder. Calentó el tan de aire... Por lo menos un poco, para que la presión volviese a llena pequeños depósitos de los trajes espaciales.

En la segunda parada, advirtieron que habían montañas más del horizonte delante de ellos. Podían ver los picos silueteados co las estrellas. El resplandor rojo daba al panorama un asp fantástico, iluminándolo al mismo tiempo que a las figuras de Kenn y Arlene de un tono rojo sangre. Mike se detuvo unos moment echar un vistazo a su alrededor.

A la tercera parada, Kenmore ordenó a Arlene que durmiese dur una hora. Ella rehusó y todos siguieron adelante. Antes de la cu hora de su viaje habían llegado a las montañas que se levant bruscamente desde el mar de piedra. Mike y Kenmore hicieron somera consulta. Por último se dirigieron hacia el Norte y bordearo ondulados *«mares»* y sin aventurarse dentro de los pasos. Era cues de escoger o Norte o Sur.

Ni siquiera soñaron en adentrarse por aquellas mont inexploradas. Las laderas rocosas eran aptas para los deslizamien podían incluso ocurrir avalanchas de polvo que esperasen al camin en cualquier zona montañosa de la Luna. Uno no se adentra dentr las montañas, ni siquiera en un jeep lunar, cuando puede evit Especialmente uno no avanza por allí, en absoluto, excepto en pasos en donde todas las posibles avalanchas habían sido precipit por anticipado colocando cargas de explosivos, disparando contr piedra, a menos de dos kilómetros de distancia.

Así los tres marcharon hacia el Norte bajo los sombríos acantila El puesto localizador a que esperaban llegar estaba atendido po propio jeep lunar y todas las huellas en la Luna permanecen siempre. Si encontraban un reguero de pistas de jeep lunar ella conducirán hasta el puesto localizador con la máxima seguridad.

Arlene estaba prácticamente muerta de cansancio. Un sext gravedad ahorra mucha energía, naturalmente, pero aun así persona normal necesita dormir. La joven había pasado un verda torbellino de emociones durante las pasadas veinticuatro horas y n es capaz de aguantar todo eso sin acusar muestras de fatiga.

Al poco se la vio tambalear, casi ciega de cansancio. Despué largo rato, oyó las voces de los demás en sus auriculares. Se ha detenido. La luz de la lámpara pectoral de Mike Scandia había dad algo que relucía metálicamente en el acantilado.

Arlene salió del cansancio para meterse en una especie de estup oír que Kenmore decía sardónico:

—Pues claro que es real. Pero se desvanecerá si te acercas.

—¡Estás loco! ¡No es metal! —respondió Mike indignado—. En tiempos debió haber gente en la Luna. ¡Ellos lo hicieron! ¡Este mat volvería locos a esos científicos! ¡Voy a recoger un poco!

—Es perder el tiempo —insistió Kenmore—. Yo no quiero que retrasemos más. ¡Tenemos que pensar en Arlene!

—Estoy bien —dijo ella. Pero estaba agotada por completo—. E completamente bien...

Los dos se volvieron a mirarla y ella se dio cuenta de que estab la sombra de un monstruoso acantilado. La luz terrestre no lle hasta allí; la negrura era absoluta, excepto la brillantez de las l pectorales de lo» trajes espaciales de los dos hombres. Sus pro luces también daban un resplandor blanco, a pesar de que recordaba haberlas encendido.

Los dos parecían hacerse gestos uno al otro.

—Necesitas dormir, Arlene, pero ahí hay algo que no ha visto ja nadie —dijo Mike con gentileza—. Flores lunares! ¡Mira!

Arlene miró. Ante ella se alzaba la oscura masa de un acantilado tenía una altura incalculable. Era de un negror mortal a la son lunar. Pero el rayo de la lámpara de Mike localizó un lugar, bast bajo, en donde algo metálico relució.

Parecía como una pizca de plata. Tenía ramas relucientes, f como el hilo, que se levantaban con delicadeza forma ramificaciones; de las ramas salían hojas extensas y con una grac caída. El número de tallos era imposible de calcular. Un espaci quizá cinco metros contenía un número increíble de follaje. Ha cientos de plantas lunares, entremezcladas, confundidas unas otras, algunas tenían un metro de altura, otras cinco o seis y otras eran más pequeñas. Pero tenían una profunda belleza. Flores y fo de infinita delicadeza que permanecían inmóviles allá debajo de la r de casi dos kilómetros del acantilado en la negrura que daba fren mar de piedra.

—¿ La apartamos un poco ? —dijo Mike con brusquedad.

Kenmore asintió. Cogió a Arlene por el brazo y la sacó más allá d sombra del acantilado... en donde la luz terrestre caía de nuevo y pudieron ver el mundo del que todos procedían.

Encendió una bengala y dijo muy serio:

—Siéntate.

Arlene obedeció, sentándose en una piedra cerca del depósito aire. Y el acto de relajación fue infinitamente placentero, tanto apenas oyó hablar a Mike.

—¿La dejamos descansar una hora, verdad? Iré a recoger esas co Se merece un ramito.

Arlene trató de decir que no, pero le fue imposible hablar. Se s con torpeza a la luz roja de la bengala. Su radiación daba calor!

No estuvo jamás segura de cuanto tiempo descansó. Probablem dormitó y se despertó y volvió a dormirse con tanta fatiga qu siquiera se daba cuenta. Pero oyó la voz de Mike por sus auricul diciendo airado:

—¡Habrá un modo de llevarla!

Pasó otro largo tiempo y Scandia apareció delante de ella. Arlen otra cosa, allá lejos, pero estaba demasiado cansada para darse cu de lo que era. Sin embargo, las enmitonadas manos de Mike esta llenas de polvo lunar y a través de sus brazos extendidos se v ramitas de las imposibles flores plateadas.

—¡Mira detenidamente, Arlene! ¡Pronto se alejarán!

—¡Son hermosas, Mike! —dijo Arlene con torpeza—. ¡Muy hermo Eran como telarañas, como el encaje más finísimo y preciado. Un las cosas más maravillosas que había visto jamás. Flores lunares.

Arlene extendió la mano y las cogió. Kenmore apuntó su luz pec sobre ellas.

La muchacha las tuvo durante un momento, luego desaparecie Las ramitas se esfumaron. Arlene quiso apretarlas, asombrad aquellos vegetales muertos dejaron de ser. No le quedó nada entre manos. La impresión despertó la por completo.

Ella miraba, miraba hacia el polvo de debajo de sus pies. Nada.

—¿Te has dado cuenta de lo que son, Joe? —preguntó agudamente—. ¡No puede ser otra cosa!

—No —asintió la voz de Kenmore—. No podían ser otra cosa,..

Arlene estaba confusa, pero ahora se encontraba despi Parpadeó y sacudió la cabeza. Luego dijo interrogativa:

—Yo he estado... durmiendo y soñando, creo. Pensé que er flores de plata. Pero eso... eso no fue un sueño, ¿verdad?

Señaló. Había una luz que se movía en la lejanía al mismo nive donde estaban ellos. Mike dio un grito de alivio y satisfacció Kenmore gruñó de contento. Era un jeep lunar. Venía extraordinario silencio subiendo hacia donde estaban ellos, hacia d ardía la bengala. Se detuvo. Una ingente figura bajó por la escaler cuerda.

—¡Mike! —sonó una voz nueva en los auriculares—. ¡Joe! ¡Pa locos! ¿Por qué no seguisteis hablando? ¡Nos hemos puesto furio

Jane y yo! ¡Traté de localizar vuestra nave... Si no hubiése encontrado vuestras huellas, jamás hubiéramos llegado hasta vosot

—¡Hola, jefe! —dijo Arlene con la mayor educación. Lueg desvaneció.

X

¡DEBACLE EN EL LABORATORIO!

Joe Kenmore despertó en el jeep que le había recogido junto con compañeros. Se encontró a sí mismo acostado en el suelo de m sufriendo los azotes de un monótono vaivén mientras el vehí rodaba a gran velocidad por encima de las suaves ondulaciones Mare Indrium. Olió a aceite, y a ozono, y a metal caliente. Pero tam olió a café.

Se puso en pie, mareado. Arlene Gray yacía en un cama improvisado en la parte trasera de la cabina, todavía durmiendo jeep, lo sabía, se encaminaba hacia la Ciudad Civil. Un conside número de horas habían transcurrido, pero la noche lunar perman en su apogeo. La luz terrestre bañaba todo lo que podía verse, pero no era mucho hablando en términos de paisaje. La Tierra, por enc de las cabezas, empezaba ahora a mostrar la sospecha de una som en su borde occidental. Acababa de pasar su fase de, digámoslo Tierra llena, correspondiente a la media noche lunar. Se movía hac Tierra menguante, que era el preludio al alba de la Luna.

—El comer es un gran invento —dijo Kenmore, mientras cruzaba entre las masas de maquinaria de la cabina del jeep.—, ¡Dadme algo

Haney le entregó un cubilete de café, uno de esos cubi especiales que alcanzaron gran moda en la Tierra, en cierto tie porque no permitían que el líquido se desparramase aunque sí se p

beber de ellos. Kenmore se instaló en uno de los asientos plega destinados a los pasajeros eventuales. El mismo flaco Haney comen prepararle un bocadillo, atrapando con cierta competencia rebanadas de pan que el movimiento del jeep hacía flotar en el aire.

—Mike ha estado contándonos los acontecimientos de la Ciuda dijo amablemente el jefe con su sobriedad característica. Era hombre muy moreno.

Kenmore gruñó asintiendo. El jefe, mientras conducía, cont hablando por encima de su hombro.

—¡Mucho jaleo! ¿Cómo vas a hacer que ese mensaje cifrado llegu Laboratorio, si es tan importante como Mike dice?

—Con el cohete terrestre —dijo Kenmore sombrío—, ha llega alunizar y debe tener algunas averías. Está caído de costado. Tiene ponerse en funcionamiento para que transporte el mensaje... acuerdo con lo que dirían en la Tierra. Probablemente eso imposible,.pero estoy meditando bien. Si tiene que hacerse...

El jefe era un indio mohawk, y dijo, con meliflua sumisión:

—Si el Gran Jefe Hombre de la Luna hace lo dice, nosotros, guerreros, lo acataremos. ¿El choque ha sido muy fuerte?

—Arlene pudo salir, lo que significa algo.

—¿Es esa orden tan importante porque han descubierto en la T qué la pandilla del Laboratorio se ha vuelto un poco loca, o porqu lo saben? —preguntó el jefe de manera especulativa,—. Podría cualquiera de las dos cosas...

Remoto como estaba, el Laboratorio Espacial ocupaba la m parte de sus pensamientos, tanta por lo menos como lo acuciante d inmediata situación. Estaban todos en la Luna por causa Laboratorio, y la Ciudad Civil había sido y se mantenía para servirle había actividad civilizada fuera de la Tierra que no hubiese preparada con el propósito de hacer posible al Laboratorio.

El jeep lunar continuó su marcha sobre el polvoriento mar que vez fue sólida roca. Al poco, se despertó Mike Scandia y Kenmo preguntó informes exactos y detallados acerca de la situación. Mik tomó un cubilete de café y contó lo que sabía. No era mucho más ya había indicado a Joe, pero en el contexto del propósito Laboratorio era, desde luego, apabullante. A muchísima distancia, otro lado de la Luna —a un quinto de la distancia que separab satélite de la Tierra—, había un minúsculo objeto artificial flotand

el vacío; y no podía ser visto desde el extremo cercano de la Luna
su pequeña caja metálica dividida en compartimientos vivían
hombres en el mayor peligro que la Humanidad se enfr
voluntariamente. El Laboratorio Espacial era una factoría de en
atómica. Contenía materiales fusionables que podían estallar y hac
sus ocupantes gas radiactivo a la temperatura del mismo corazón
Sol. Nada más que un momento de descuido sería necesario
producir aquella catástrofe.

Había un campo de energía, el que, en teoría, podría afectar inc
a los neutrones; las matemáticas hechas sobre él eran todavía
especulativas. Habían hechos que todavía estaban por descubrir.
y tal era el hecho... oh, la energía podía servir para toda clas
necesidades imaginables en la Tierra durante los tiempos del porv
y nada excepto energía podría ponerse en libertad de las extrañas
atómicas. Pero si el hecho era tal y cual... oh, era posible que cual
tipo de materia, incluso tan escasa como los gases que hay en el
de una válvula electrónica, formase un sol. En ese caso, los trabajo
Laboratorio eran fútiles o peor que eso...

De cualquier modo, los experimentos eran peligrosos, por tan
Laboratorio colgaba en el espacio, en donde la gravedad de la Luna
casi perfectamente balanceada por la velocidad orbital del Labora
alrededor de la misma Tierra. Era un lugar muerto, un punto muer
sesenta y cinco mil kilómetros de distancia. De haber tenido
considerar sólo la atracción terrestre, el Laboratorio hub
permanecido allí para siempre. Pero la gravitación solar entrab
funciones y una vez cada dos semanas, o cuatro, o seis, tenía
dispararse un cohete pequeño para devolver al Laboratorio al centr
espacio muerto por el que tenía que errar.

Y los ocho hombres allí trataban extenuadoramente de descub
los hechos físicos subatómicos eran tal y tal, o tal y cual. Ellos est
en el espacio lejano para guardarse contra la posibilidad de qu
hechos fuesen tal y cual. En tal caso, la prueba se anunciara p
súbita aparición de un globo azul-blancuzco de metal vaporiza
carne humana y suministros técnicos procedentes del lugar en d
debía de haber estado el Laboratorio. Con toda evidencia, no sería
buena idea que tal descubrimiento fuese hecho en la Luna; porq
satélite mismo podría explotar. Y eso sería muy conveniente, ya
todo el mundo en la Luna y en la Tierra moriría. Cuando eL jeep

estación localizadora se acercaba a la Ciudad, Kenmore ocupó su junto al jefe, ante los mandos. Pensó coger los mandos por sí mis pero se contuvo. Había pasado mucho tiempo; la sombra de la p occidental de la Tierra se había hecho una fracción infinitesimal ancha. De todos modos no otros cambios. Y Kenmore contemplaba entre el crepuscular polvo lunar hasta descubrir alguna irregular en la aguda línea del horizonte de delante. Allí el firmamento se interrumpido por la geométrica precisión del horizonte. Los p montañosos ocultaban las estrellas. Kenmore vigiló hasta descubrió los picachos adecuados.

Se lo dijo al jefe, que se detuvo, apagó las luces exteriores y esc la línea de montañas.

—La Ciudad debe estar hacia la derecha —anunció prudentem —, así es que el cohete terrestre debe estar también hacia esa direc ¿Quieres hacer de vigía en la torrecilla de observación, Joe? Mike mira por aquí, y Haney, tú mira por allá.

Arlene estaba despierta ahora.

—¿No puedo ayudaros en algo? —dijo presurosa.

—Ya hiciste mucho en la «lanzadera» —la contestó Mike—. S sentada.

El jeep lunar giró hacia la derecha y viajó durante cuar kilómetros; se acercó casi dos kilómetros más a las montañas y v hasta la zona de su curso original, luego se acercó dos kilómetros m

Por fin encontraron los restos del cohete terrestre. El vehí espacial yacía sobre su costado en el polvo tan parecido a la niev jeep se acercó todavía más; Kenmore, Haney y el jefe bajaron para un vistazo. La nave estaba vacía desde horas antes cuando Kenmo encontró; bastante tiempo había pasado desde entonces. temperatura del lado nocturno de la Luna es más baja que la del líquido. Por eso los tres hombres prendieron fuego a bengalas de va las pasaron alrededor del casco de la nave examinándola con pacie El rojo-púrpura de las luces parecía una cosa extraña contra el ca de polvo lunar, bajo mil miríadas de estrellas. Pero el punto de rup del acero utilizado para los cascos espaciales es muy bajo; sólo u cuantos grados por debajo de la temperatura superficial causa diferencia.

Al poco entraron y las ventanillas de la nave terrestre verti chorros de luz púrpura a la noche exterior. Encendieron otras beng

de vacío. Nada podía prenderse fuego, naturalmente, porque all
había aire; pero la madera y las telas y muchos metales, estarían ya
quebradizos como el hielo o el vidrio a la temperatura a que ha
bajado.

Después de un largo rato, salió el trío. Kenmore llevaba una ma
de mujer y Haney y el jefe llevaban otras cosas. Entraron uno a
dentro del jeep y Kenmore dirigióse a Arlene_

—Tu equipaje, Arlene. Ahora puedes vestirte cuando tengas ga
También hay aquí algunas cosas de las de Cecile Duclos.

El jeep se agitó y prosiguió la marcha; giró hacia las montaña
poco una lucecita comenzó a brillar en lo alto de !a llanura y *él* jee
dirigió hacia ella.

No vieron ningún cambio en el aspecto de las cosas a su llegada
estaba la única luz por encima de la cúpula central. Allí esta
también las innumerables huellas de los jeeps y las tres polvorie
cúpulas que eran parte de la esperanza de la Humanidad para el fu
de la Tierra y para emprender la gran aventura de las estrellas. Pet
inspiraban demasiada confianza en aquellos momentos.

Cuando entraron, había luz dentro de la cúpula principal y P
estaba trasteando entre las plantas. Sonrió satisfecho a Kenmore
Arlene y a Mike, mientras éstos con sus trajes espaciales salían de
esclusas de aire. Luego parpadeó a la vista de los otros dos hom
que les habían seguido.

—¡Ah! —exclamó—. Científicos del Laboratorio, ¿verdad? ¿
decirnos cómo arreglar la Ciudad? ¡Nosotros lo hacemos
perfectamente bien!

—Nosotros no lo hacemos bien —le contestó Kenmore—. Y no
del Laboratorio. ¿Hay alguna noticia?

—Ninguna —dijo Pitkin estremeciéndose—. ¡Ninguna!

Kenmore entró en la cúpula del aire y encontró a Cecile Duclos e
peor de los malhumores. Osgod, el piloto de la nave terrestre, pa
como si se hubiese desinflado definitivamente. Para un hombre c
Tierra aquello era comprensible. Osgood no podía imaginarse «1 n
de volver al planeta con su nave tumbada de costado y sin aire en
mar lunar. Pero Lezd, el técnico electrónico, levantó la vista impa
desde donde estaba trabajando en una fotografía para ser utilizad
alguna futura emisión a la Tierra.

—¿Todavía podemos hablar con la Tierra? —preguntó Kenmore.

Lezd asintió. Joe Kenmore se acercó al comunicador. Ceñ informó a la Tierra exactamente lo que había ocurrido a la «lanzad No le había sido posible entregar el mensaje urgente al Laboratoric lanzadera se había estrellado; por sabotaje.

Hubo una aguda orden dirigida a él para que esperase. Agua echando chispas. A los cinco minutos una de las más altas autorid apareció en la pantalla. La alta autoridad estaba muy serio y dientes castañeteaban mientras hablaba.

No había nada en la Tierra ni en la Luna más importante qu entrega inmediata de aquel mensaje al Laboratorio Espacial. Tenía llegar allí fuese cómo fuese. ¡La suerte de toda la Humanidad depe de él!

—¡Hay cohetes de servicio que suministran a las bases proyectiles! —gruñó Kenmore—. ¿Por qué no envían uno de esos?

No había posibilidad de utilizar un cohete de aquellos porqu llegaría a tiempo; de la Tierra a la Luna se tardaban por lo menos días. Aquel mensaje debía llegar al Laboratorio Esp inmediatamente. ¡La destrucción de la lanzadera y el retraso que envolvía —casi treinta horas en total—, podría causar la destrucció la Humanidad! ¡Seis días era un plazo imposible de soportar!

—Hay cosas que se llaman dificultades físicas —exclamó Kenı indignado—. ¿Qué saben de la gente de la Ciudad Civil? ¿Están a s ?

La gran autoridad respingó. Todavía no los había encontrado buscaban los jeeps procedentes de las bases de proyectiles dirig Estarían en alguna parte... perdidos, emboscados... asesinados, qu ¡Pero era necesario llegar al Laboratorio y ordenarles que detuvi toda clase de experimentos... especialmente los que seguían la l mencionada en el último informe técnico! ¡Debían detenerse, deten detenerse; el Laboratorio tenía que ser evacuado; tenía que destruido! ¡Tenía que entregarse esta orden inmediatamente! Y la autoridad se frotó las manos.

—En este caso —contestó Joe Kenmore con amargura—, tratar hacerlo.

Pero se quedó mirando con furia al comunicador una vez h cortado la comunicación. El abandono del Laboratorio del Esp significaba el abandono de cualquier posible intento de llegar a c planetas y alcanzar las estrellas. Significaba que la Ciudad Civil t

que ser abandonada también y todo el trabajo y los esfuerzos y vidas perdidas en pro de una gran esperanza de esplendor, trabajos inútiles. Todo lo conseguido tenía que borrarse como si f una cosa fútil. La Humanidad retornaría a la Tierra y se quedaría para siempre.

Pero había suprema urgencia en la orden que acababa de recib las vidas de los ciudadanos desaparecidos de la Ciudad no importa más que la necesidad de detener el trabajo en el Laboratorio... o trabajo en el Laboratorio debería ser detenido.

XI

DESPEGUE DESESPERADO

Fue en busca de los hombres de la estación localizadora qu habían encontrado en el mar de lava. El grandullón moreno pilotaba el jeep estaba mirando a Cecile Duclos con amplia admira Haney, el otro, estaba en el acto de devorar unos pastelillos tra especialmente para ella.

—¡ Jefe! —exclamó Kenmore airado—, ¡Hanel!, ¡Moreau!, ¡Mike! necesito!

Hizo un gesto con su enmitonada mano hacia la cúpula siguieron. Arlene fue tras ellos.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó ansiosa, una vez en la cú principal.

—¡Muchas cosas ¡Tenemos un trabajo casi imposible que ha ¡Ahora…!

Comenzó a relatar, crispado, lo que sería necesario. Tenían inspeccionar el cohete terrestre. Una de las aletas de aterrizaje se h roto; habían también ventanillas rejadas. Por lo menos existía hendidura en las planchas del casco. La nave no tenía aire y se h enfriado hasta casi la temperatura de la superficie de la Luna po noche; estaría en el punto quebradizo, vítreo y no parecería un ol de metal. Pero con bastantes bengalas se podría calentar h sobrepasar ese punto vítreo; y con los materiales a bordo para

reparaciones de emergencia en el espacio… que nunca serían y nu
habría tiempo para hacerlas… podría cerrarse herméticamente el ca
El aire era posible transportarlo de la Ciudad para rellenar
tanques. También podían llevarse cohetes…

—¿Sí? —preguntó Mike con ironía—. ¿Mal marcados como están

—Tú comprobarás eso —ordenó Kenmore—. También
posibilidades de que las marcas originales hayan sido pintadas
encima colocando después las falsas; rasca la pintura y lo descubr
¡Los demás, venid conmigo!

Se dirigieron hacia las perchas donde colgaban los trajes espacia

—¡Yo también voy! —exclamó Arlene.

—Kenmore la miró ceñudo.

—Sé que el último viaje fue malo, ¿pero, estoy más a salvo e
Ciudad que contigo?

Kenmore se encogió de hombros; no lo estaba… a pesar del sab
de la «lanzadera». La muchacha se puso un traje espacial y llenó h
el tope sus tanques con los gestos de una persona habituada a
Kenmore la vigiló para cerciorarse de que hacía las operaciones bien

—¿Es muy mala la situación, Joe? —preguntó ella en voz baja.

—Tan mala como podría ser— le contestó Kenmore con amargu
Si vivimos… vamos a volver todos a la Tierra.

Arlene le miró con viveza. La expresión de Kenmore era de prof
rencor. La joven se puso su casco sin decir palabra. Si, en su inte
parecía más esperanzada que deprimida, no lo demostró.

Cargaron el jeep de la estación localizadora con materiales sac
de los almacenes exteriores. Almacenar fuera de la Ciudad era lo m
de la Luna. Allí no había clima y los suministros se conserva
perfectamente en lugares en donde no tocaba nunca el sol, inc
durante muchísimo tiempo. Es más, el aire necesitaba tanques
presión para su almacenaje. Era sólido; era nieve… era un hielo tu
débilmente azulado. Tomaron también grandes cantidades de beng
de vacío. Se llevaron sopletes oxhídricos. Cogieron esto y aquello
demás del equipo. Cerrado herméticamente el compartimiento de c
del jeep, treparon uno a uno a la cabina a través de la esclusa de ai

Se encaminaron hacia la nave sin aire que yacía de costado.

—La veo tumbada —dijo el jefe—; va a ser difícil levantarla
despegar.

Kenmore gruñó una docena de palabras. Tenían dos jeeps; aqu era bastante explicación. Ellos iban en uno y Mike Scandia no tarc en presentarse allí con el otro jeep cojeante, transportando una c de cohetes. Las ruedas de todos los jeeps podían alzarse y baja Llevaron sus grandes cargas colgando por debajo y se agazaparon s ellas mientras las aseguraban con firmeza y luego se levanta Cuando ambos jeeps estuviesen preparados podrían colocarse de n que bajo de ellos quedase el morro de la nave y luego alzarse co Avanzando hacia delante conseguirían levantarlo parcialmente; lu cables y cabrestantes conseguirían levantarlo del todo. Los j podrían mantener la nave en posición vertical mientras cortaba aleta dañada y colocaban una pieza supletoria que hiciera sus veces

Kenmore conducía, sombrío y ceñudo.

—Yo no soy nadie en esos asuntos —dijo Moreau excusándos ¿Qué podré hacer?

—Tú calentarás el interior de la nave con bengalas —le cont Arlene llena de confianza—, y yo vigilaré por la torreta de observa en caso… bueno, en caso de que alguien quiera interferir.

La expresión de Kenmore cambió un poco. Era todavía posible quien hubiese atacado a Moreau y a él mismo, dañado a la Ciudac todo lo demás, fuese probablemente el responsable de la desapari de la población de la Ciudad… Y que se atreviese a venir a interferir el trabajo en la nave terrestre. La ironía estaba en el hecho de que saboteadores hicieron un trabajo innecesario asesinando por destru Ciudad y el Laboratorio. Ambas cosas tenían que ser abandona antes posible, de todas maneras.

A kilómetros y kilómetros de distancia de la Ciudad, en el mar lu llegaron hasta la nave terrestre; lo que siguió pareció una es sacada de algún infierno dantesco. Bengalas de vacío de un respla rojo quemaban con fuerza sobre el polvo lunar y su luz qued reflejada en las planchas brillantes de la nave. Otras bengalas ar en el interior, mostrando a través de las ventanillas su sanguinolenta como si el interior de la nave fuera un horno.

Pero el trabajo se efectuaba rápido y sistemático. Las ventan rotas o rajadas desaparecieron, selladas con hojas de plástico. soplete oxhídrico llameaba intensamente, rodeado por una nube te de microscópicos copos de nieve; poco a poco iba soldando las plan del casco. Los trabajadores en sus trajes espaciales relucían ante

fantástico resplandor y el polvo lunar brillaba convertido en un colo
sangre cegador.

Las bengalas se apagaron y fueron reemplazadas por otras. Al p
Arlene llamó ansiosamente por el micrófono de su casco diciendo
alguien avanzaba en dirección a la luz. Pero la voz de Mike Sca
llegó tranquilizadora por todos los auriculares.

—¡Esa rueda infernal! ¡Pitkin dijo que se caería, y yo estoy espera
que lo haga en cualquier segundo!

El cojeante jeep salió de la negrura. Abrieron la puerta
departamento de carga y una gran cantidad de cohetes apareció. L
salieron sus tripulantes por la escala metálica, de entre sus ruedas.

—Conseguí que Pitkin me ayudase a cargar —dijo Mike previs
He comprobado las marcas; algunas estaban vueltas a pintar en
con nuevos números. Pero cuando la» he comprobado, no tard
reconocer las falsificadas. Garantizo todas estas como bien marca
Salió de las proximidades del jeep y se acercó.

—¡Espera, Mike! ¡Has de conducir ese jeep según mis órdenes! –
Kenmore.

Siguió entonces una discusión técnica. Había, desde luego, un
silencio en el exterior de los trajes espaciales. Pero las antenas d
cascos temblaban mientras las figuras se movían o gesticulaban y,
último, la rechoncha silueta de Mike en su traje espacial avanzó
inspeccionar la exacta situación de la nave. Al poco regresó dentr
su jeep; el jefe entró por la escotilla de aire del otro vehículo y los
jeeps comenzaron a prepararse para una tarea que sería imposible
ellos en la Tierra.

El cohete pesaba lo que una sexta parte de su peso en cualc
espacio-puerto de la Tierra. A pesar de ello, diez toneladas no era
masa fácil de manejar. En el irreal rojo resplandor de las bengalas
esqueléticos jeeps parecían agazaparse y esforzarse por levanta
morro de la nave en un ángulo imposible. Y lo hicieron; poco a
consiguieron levantarlo a más altura, con las ruedas pareci
resbalar en el polvo de piedra. Y mientras empujaban y tiraban, H
y Kenmore y Moreau entraban y salían en la nave, pasaban por de
de ella manipulando cables y cadenas.

Al poco la nave pareció tambalearse en postura ya vertical y
rueda del jeep de Mike se rompió bajo el esfuerzo de la tensión. El
siguió empujando, sin embargo, y entre los dos mantuvieron la

apuntando hacia las estrellas. Luego quedó así colgando, sostenida dos cables sujetos a unos monstruosos insectos metálicos. Dos sop trabajaron furiosamente en la desgarrada aleta de la cola. Poco des quedó remendada, y las soldaduras al rojo blanco se enfriaron des de un rato, aflojaron las cadenas y cables poco a poco y la permaneció casi perfectamente vertical en medio de un anillo de lív llamas carmesí, perfectamente vertical en medio de un anillo de vív llamas carmesí.

Después soltaron los cohetes en sus soportes. No hubo ning pausa.

—Ahora es cuestión de despegar, Mike —dijo Kenmore.

—¿Sí? —preguntó Scandia a la defensiva. —Yo lo voy a pilotar. Haney coged el jeep que funciona y volved a la Ciudad, El jefe y Mo vendrán conmigo al Laboratorio. Mike comenzó a maldecir protesta —Ese es el único jeep que funciona y puede llegar hasta la Ciuda explicó Kenmore—. Tiene que albergar a todo el mundo en caso de haya más jaleo. Y tú conoces la superficie lunar de memoria y t sus alrededores. La has cruzado con bastante frecuencia. Tú tienes quedarte para cuidar de la gente que esté todavía allí. Mike volv renegar. Haney no dijo nada. Kenmore avanzó haciendo señas al para que entrase en la esclusa de aire de la nave. Subió por escalones el último. Mike, aún renegando, retrocedió hasta el jeep aún funcionaba; Haney le siguió. El jeep retrocedió hasta colocar una distancia prudencial.

Hubo una pequeña pausa luego... El gran casco plateado ap hacia las estrellas... un poco blanco por el polvo lunar que tomó cua había estado acostado en el mar polvoriento. Estaba ahora rodeado un irregular anillo de bengalas rojas.

De repente, los cohetes comenzaron a vomitar llamas y el respla de las bengalas se esparció locamente por todas partes de resulta impulso, Una nube de polvo se levantó y los humos del cohete fu perdiéndose hasta la nada; después la gran nave se inclinó h arriba, se levantó, entró en el cielo. Después era un punto que se m y era visible gracias a la llama que se hacía cada vez más pequeña. no hubo rugido de cohetes; no hay nunca ningún sonido en la Luna

...Y largo tiempo después con la pálida grisácea superficie de la I y de sus montañas muy lejos allá abajo... bastante tiempo despu Kenmore señaló. En el borde de la masa sólida, donde las estr

dejaban d« brillar, había una porción de luz. Estaba a una dista
invisible para cualquiera por los kilómetros que las separaban. Era
mancha de luz brillante, cálida, resplandeciente en el mismo bord
horizonte. Era la luz del Soldando en la cima de un remo
innominado picacho.

—Ese amanecer —dijo Kenmore sombrío—, es, desgraciadam
un hecho físico. No es el símbolo de los buenos tiempos que ha
venir.

XII

LOS LOCOS

La nave continuó flotando hacia arriba. Casi produjo una impre cuando Kenmore cerró las persianas de las ventanillas y disminu brillo de las estrellas hasta convertirlo, por ese acto, en m lentejuelas. Arlene protestó un poco.

—Espera —le contestó. El cohete terrestre siguió subiendo. Al p Kenmore se dio la vuelta e hizo un gesto a Arlene—. Mira ahora.

La muchacha miró por una de las ventanillas que ya tenía la es protección de un filtro. Durante unos segundos no vio nada absoluto. Luego aparecieron puntitos de luz brillante en el borde horizonte. Aumentaron de número; se multiplicaron en tamaño brillantez. Y después apareció el Sol a la vista.

Era gigante contra el borde salpicado de sombras de la L grandes chorros salían del borde de su disco. Había incluso lug obscuros —manchas solares— que eran en realidad— furiosa impredictibles tempestades de su fotosfera. La nave siguió subien subiendo de nuevo y de la zona alumbrada se comenzó a señalar reconocer los mayores cráteres diciendo a Arlene sus nombres. In un valle peculiar, aparentemente escalado por un veloz planetoide arañó la Luna y originó un valle de cien kilómetros de largo y och amplitud, para luego, en apariencia, seguir volando por el espacio límites. La mostró las inmensas porciones blancas que turbaban a

astrónomos terrestres durante tanto tiempo y que tuvieron absurda explicación cuando los hombres las contemplaron desd mismo lugar. Destacó que aquel pequeño cráter muerto y deso cuando recibe los primeros rayos solares se llena de niebla cuand luz del día se hace más fuerte.

—¡Niebla! —protestó Arlene—. ¡Eso no es posible!

—Bruma lunar —dijo Moreau muy serio—. ¡Pregúntaselo a Joe!

Kenmore miró por encima de su hombro la zona alumbrada d Luna se reunió en una sola, pero aún habían vastas som producidas por los anillos montañosos de la línea del alba, y Arlen la Luna desde el ángulo más notable del que pueda ser vista. No panorama en el sistema solar tan irreal, tan turbador, tan extr como el de la superficie lunar cuando uno sale de su noche hast alba.

Arlene se quedó sin respiración. Y Kenmore disparó un cohet dirección para colocar a la nave en curso hacia la parte lejana.

No fue mucho más tarde cuando Moreau mientras comprobab rumbo en cuanto a altura y velocidad.

—Es peor que una bruma ordinaria. ¡Es una bruma seca!

Eso era. Había un tipo especial de materia en la superficie allí Kenmore ni Moreau podían recordar el nombre del mineral, y Mo se enfadó consigo mismo— que las alteraciones del calor del día y frío de la noche habían reducido a partículas de polvo todavía más f que el de los mares de lava. En donde el polvo lunar ordinario es c el talco, aquellas partículas en aquel cráter particular y en una media docena de lugares eran realmente de tamaño microscópico. polvo tenía una propiedad fotoeléctrica que le daba una c electrónica cuando recibía el impacto de la luz solar. En la pequ gravedad de la Luna, y con la intensa luz del Sol, las partícula repelían una a otra como núcleos cargados. El resultado era bruma, una niebla como una nube de polvo electrificado qu levantaba lentamente de la superficie. Era una nube sostenida campos fotostáticos, en lugar del aire.

—Y créelo o no —prosiguió Moreau—, ¡hay a veces relámp también!

Arlene no lo creyó hasta que Kenmore se lo confirmó. El no h estado en aquel cráter particular, pero había caminado por entr niebla lunar en una ocasión. Su traje quedó con una carga eléctri

las partículas de polvo se agolparon en él como una espesa m
Formaron irregularidades; eran como el moho o el limo creciend
cada parte del traje espacial. Cuando Joe Kenmore regresó del jee
descarga de la energía estática pudo haber incluso pinchado su tra
no hubiese tomado antes las precauciones necesarias.

Luego estaba el límite oficial entre el lado cercano a la Tierra
lejano, entre la cara visible y la invisible, que divide a la Luna en
mitades desiguales, ya que cuatro séptimo de la Luna pueden v
desde la Tierra, en una ocasión u otra. Moreau aseguró a Arlene qu
cráteres en las cadenas montañosas que no tenían nombres en
antiguos mapas de la Luna, era porque pertenecían a la cara no vis
Le contó los resultados de las conferencias internacionales, por
cuales la cara invisible de la Luna quedó solemnemente dividida
sectores, que, repartidos entre las naciones, proporcionaban a ésta
privilegio de honrar a sus héroes nacionales, dando nombre a
accidentes geográficos. No más que cincuenta o sesenta persona
toda la Humanidad, compuestas por más de dos billones, habían
su nombre en aquellos accidentes, e incluso a muy pocos
importaban todo aquello.

Pero con el tiempo la superficie lejana comenzó a quedar e
lejanía. La nave siguió su marcha, apartándose, Arlene tuvo
sentimiento peculiar de zozobra cuando comprobó que la Tierra y
era visible; quedaba escondida en el otro lado de la Luna. Tuvo
profunda sensación de nostalgia mucho peor de la que s
anteriormente en la Ciudad Civil Estar sobre la Luna era emociona
mientras la Tierra estuviese por encima de las cabezas; pero esta
donde la Tierra era invisible era una experiencia abrumadora. Ar
apenas oyó las explicaciones que le daba Moreau sobre el hecho de
la Luna tiene forma de huevo, con la parte grande hacia la Tierra
modo que el horizonte está a menos de tres kilómetros y medi
distancia sobre la parte lejana.

La nave siguió avanzando y aumentó, por tanto, la cara no visil
desconocida de la Luna. A la luz del Sol parecía árida, tenía et asp
de un huevo giboso, porque la noche estaba avanzando en torno a
de los bordes. Se hacía más y más pequeña... pero la Tierra
reaparecía. Lo que parecía muy extraño, porque para cuando el tie
en que la nave se acercó al Laboratorio, la Luna misma era una
redonda sólo un poco mayor que la Tierra vista desde la Ciudad Civ

Actualmente, la Tierra vista desde la cara visible de la Luna es tamaño de una moneda de veinticinco centavos colocada a seten cinco centímetros debajo de uno; el lado no visible de la Luna desde el Laboratorio tenía el tamaño de la misma moneda coloca medio metro de distancia… La Luna desde la Tierra tiene el tamañ diez centavos a tres metros de distancia. Y allí por primera vez. Ar sintió la soledad que tienen que soportar los viajeros del espacio. estaba dentro de una nave cohete y no había nada a la vista que hubiera contemplado con anterioridad. El grande y flamígero Sol una cosa extraña; no era el astro familiar que alumbraba los días Tierra. Era una pelota de forma infernal, extendiendo tentác perezosos en el espacio. La Luna era desconocida; la mancha cen obscura de la cara no visible hacía que ella no pudiese recono como la que veía desde su planeta nativo. Y la Tierra estaba escondi

Arlene rechinó los dientes.

Pero hubo actividad en torno suyo antes de que pudiese dominada por el pánico. El jefe estaba en el radar .Moreau es ocupando el sitio del navegante junto al computador, con las cor fijas en su cuerpo para evitar volar por el interior de la nave. Cuan jefe leyó en alta voz las marcaciones del día del radar de proximi Moreau pulsaba llaves y con laconismo daba los resultados a Kenm

—Hum —exclamó Kenmore—. Se necesita un poco de deceleració

Hizo girar la nave de extremo a extremo y Arlene respingó mier todo el Cosmos daba tina vuelta en un gran semicírculo en torno.

—Va a venir la deceleración —dijo Kenmore—. Cinco… cua tres… dos… uno,,,

Hubo peso. No gran peso, intolerable. Pero duraba, y durab duraba.

Kenmore oprimió un botón y algo se fue huyendo por el vacío que todas las cosas eran extrañas.

—¡Joe, has hecho un buen trabajo! —exclamó el jefe con sumo c

Y Arlene Gray, con los dientes apretados miró por una de portezuelas de la parte en sombra de la Luna y vio el Labora volando, por el espacio.

Era, o había sido, un cohete espacial, una. nave-cohete. Era mu mayor que la nave terrestre. Puesto que tendría que flotar en et esp sin abandonar nunca la luz solar, su mitad era de un brillante plateado y la otra mitad era de un negro absoluto. Se graduab

temperatura por medio de la cantidad de parte plateada que reflejal calor y de la blanca que le radiaban las estrellas. Había una esclus aire, demasiado pequeña para admitir a la nave terrestre y tambié veían ventanillas. Había asimismo unos tubos de forma curiosa, er para contener los cohetes de ajuste de la posición, que podían cargados desde el interior de la nave y disparados.

Para Arlene, el Laboratorio parecía un derrelicto flotando en el v en realidad, era mucho más deprimente que eso. Era un lugar en los hombres se habían puesto sombríamente a realizar descubrimiento que podría ser beneficioso, arriesgándose a no adq un conocimiento por el que un loco pudiese destruir a la Humanida

—Bueno, ¿quiénes son ustedes y de qué se trata de todo esto? – cansino el locutor del Laboratorio mediante la radio espacial.

—Esta es la nave terrestre —contestó Kenmore hablando pc micrófono—. La «lanzadera» se estrelló. Tenemos órdenes de la Ti ¿Por qué no abren la esclusa?

La voz musitó.

—Ahora sabré —dijo después con aire tan cansino como ant Será divertido si…Hubo un sonido indescriptible y después un silen

El silencio continuó. Largo tiempo después «Jijo el jefe:

—¡Se abre la esclusa! ¡Esto me parece muy Taro!

Kenmore se encogió de hombros.

—Mike dice que todos se han puesto un poco raros. Contó estaban tocados del ala. No piensan con normalidad.

La esclusa del costado de la nave espacial se abrió.

—Yo debería hacerlo, pero… jefe, ¿quieres entrar en nuestra esc y amarrar las dos naves juntas? —dijo irritado Kenmore.

El jefe se quitó el correaje que rodeaba la silla y flotó hasta la pu interior de la esclusa de la nave terrestre. Se cerró tras él. Hub largo, larguísimo período durante el cual Kenmore tripuló la terrestre acercándola más hasta el Laboratorio y entonces comen funcionar la bomba de la esclusa. Después silencio. Otra larga espe vieron el singularmente incómodo chasquido que indicaba que las naves habíanse rozado.

—Estoy utilizando las escaleras exteriores como amarras —di voz del jefe mediante el intercomunicador—. Esto significa que h Tina cierta brecha entre los dos cascos.

—No importa —le contestó Kenmore impaciente—. Iremos a bord

—Yo iré primero. Voy a pasar a la otra nave. Cerraré esta esclusa

Se oyó el sonido que produjo al cerrarse y Kenmore pareció e chispas durante un momento. Iba a ir a bordo de la nave que h estado funcionando desde el principio de la odisea extraterrestre d humanos, radiando instrucciones para abandonarlo todo. Se s decepcionado.

Moreau se puso un traje espacial; Arlene comenzó a hacer lo pro

—Tú podrás esperar —sugirió Kenmore con escasa amabilidad— tardaremos. Hay orden de que abandonen el Laboratorio y que vuel con nosotros.

—Me gustaría ir, Joe —dijo Arlene con voz tranquila.

Le hubiese sido imposible explicar por qué deseaba entrar e Laboratorio.

Los tres, Kenmore, Arlene y Moreau, se introdujeron en la esclus aire de la nave terrestre y esperaron mientras la bomba funciona sus trajes espaciales tomaban una curiosa hinchazón, propia de traje de vacío, en el mismo vacío. Joe soltó su cuerda y ató su extr al cinturón de Arlene; Moreau hizo lo mismo también.

Se abrió la puerta de la esclusa y las naves no estaban a m metro de distancia sino a metro y medio o casi dos. La otra esclus se volvió a abrir; el jefe había entrado en la nave del Laborat Kenmore avanzó hacia el vacío y flotó a través de la brecha. Esc uno de loa pomos y trató de abrir la esclusa. Aplicó su casco cont costado de la otra nave.

—¡La bomba está funcionando! El jefe ha entrado —dijo. Espe Arlene miró hacia la brecha que separaban las dos naves.

Fue un error. Estaba acostumbrada a la falta de peso, naturalme estaba acostumbrada a las sensaciones de carencia de arriba y aba a las dimensiones infinitas, que son características de los v mediante cohetes. Pero nadie puede por completo desterrar de sí mi una idea de que hay un arriba y que hay un abajo.

Arlene miró abajo, hacia sus pies y vio un abismo de estre Reprimió el aliento y miró hacia arriba; el mismo abismo aparecía a y a cada uno de sus lados. No podía ver el Sol, ni la Luna ni la Ti donde estaba en pie, en la abertura de la esclusa de aire habían estrellas. Parecía que si daba un paso hacia adelante, hacia el exte sería para siempre, hundiéndose hacia la nada.

Pero entonces Kenmore logró abrir la otra esclusa de aire y entr asió con fuerza en el interior y tiró de la cuerda atada a la cintur Arlene. Un pánico histérico se apoderó de ella. Y entonces la much avanzó hacia él y fue arrastrada a través del abismo, con los cerrados fuertemente.

No los abrió hasta que oyó cerrarse la puerta de la esclusa. L sus dientes castañetearon, pero ni siquiera se dio cuenta. Mo también estaba en la esclusa de aire, y el aire estaba entrando allí.

Pero algo estaba equivocado. La sensación de hinchazón de vestidos cesó; había ahora un nuevo sentimiento, muy peculiar y dificultaba el respirar. Kenmore miró al manómetro y se q asombrado. Abrió la placa de su rostro. Moreau hizo lo pr Hablaron con dureza. Arlene también abrió el casco. Enc dificultades para hacerlo; parecía atascado, pero lo forzó y bocanada de viento la dio en la mejilla. ¡Pero no debería haber vient la esclusa de aire!

Los oídos de ella le zumbaban y tragó saliva.

—Joe —preguntó Arlene—, ¿qué...? —respingó. Su voz era demasiado alta.

—Algo va muy mal —exclamó Kenmore con sequedad. No h levantado su voz en absoluto pero sonó como un grito. La presió demasiado alta. ¡Demasiado altísima!

Los oídos de Arlene volvieron a zumbar y tragó saliva. Un mom más tarde siguieron zumbando todavía más.

—No podemos abrir la puerta con esta presión —dijo Kenmo Deben tener una filtración en el tanque de aire de la nave« Al m que alguien...

Entonces oyeran chasquidos, los naturales sonidos de abri puerta por la parte interior, sólo que muy aumentados.

Luego se abrió la esclusa hacia dentro de la nave y vieron al jefe, el rostro muy pálido bajo su pigmentación bronceada. Su expresiór muy seria.

Que regrese Arlene a la nave, Joe —dijo con aspereza—. Tratar discutir con estos individuos. ¡Han perdido la chaveta hasta extre imposibles!

Su voz atronaba. Rugía. Despertaba ecos y ecos. Los ocho hom del personal del Laboratorio y la tripulación estaban reunidos e compartimiento más allá de la esclusa. Uno de ellos estaba en el ce

de la estancia, flotando en el aire mirándolos con ojos brillantes hombre de barba blanca permanecía cabeza abajo sobre el te sujetado allí por sus zapatos de suela magnética y les miraba con expresión inédita. Otro estaba sentado en una silla colocado en la p lateral.

Un hombre, con el traje de uniforme del Laboratorio, con lente pinza, habló con voz refinada que tuvo el volumen de un aullido.

—Señor Kenmore, creo. Esperamos a Mike en la «lanzadera». temo que no podamos recibir a ustedes nada más que unos minuto desean después, o es posible que puedan marcharse. Hemos suelta a todo el aire de reserva de la nave. La presión ahora es de va atmósferas, lo menos tres o cuatro. Es igual a la presión de un hon rana que estuviese a sesenta metros bajo del agua. Si se quedan de veinte minutos, les pasará lo que llaman los buceadores... ejem mal de las profundidades cuando se marchen. Hemos estado bajo presión durante sesenta y dos horas, y los tejidos de nuestro cu están completamente saturados de nitrógeno. Es imposible ninguno de nosotros abandonar este Laboratorio. Por lo m quedaríamos paralizados. En el mejor de los casos moriría inmediatamente, ¿quieren ustedes marchase, por favor?

El tono era decididamente casual, pero las manos temblaban f de control.—Los locos lo hicieron, Joe —exclamó el jefe—. Ese indiv te lo demostrará.

El hombre de la silla en la pared sonrióles beatíficamente y se un cigarrillo a los labios. Frotó un fósforo. La llama se alzó qu centímetros, tocó el extremo del cigarrillo y el hombre inhaló cigarrillo se convirtió en cenizas a la primera chupada. Tal cosa podía ocurrir en el aire comprimido, con una superabundanci oxígeno.

—¡Oh... es una mujer!—exclamó una voz con tono de asombro.

Y ocho pares de ojos se fijaron en el rostro de Arlene con expre de fascinado asombro.

XIII

DESPUÉS DE TAL CONOCIMIENTO…

El interior del Laboratorio era un sitio vulgar y corriente, a excep de la presión de aire… Si puede ser un lugar corriente uno que est tal estado. Habían largos corredores pintados de blanco. No h suelo, naturalmente… O quizá no habían paredes porqués todc lados eran suelos, allí donde el peso no existía. Habían placas nombres en las puertas que se abrían sólo al rozarlas. Y Arlene (supo que en alguna parte estaba el compartimiento en donde se p realizar el experimento que en un momento dado era capa destruirlo todo. El compartimiento, según pensó, debería e apantallado por paredes de cadmio, cubriendo toda la zona de reac dentro de la nave. En el vacío, no era necesario proteger de radiaciones atómicas, a excepción de un sólo lado. No obstante, c cualquier filamento con materiales de fusión o fisión, podía hacer v el Laboratorio con todos sus ocupantes.

El hombre de los lentes de pinza consultó muy serio a sus cofr cuando advirtieron que Arlene estaba presente. Un hombretón dijo pesadez.

—Yo repetiría, enviémosla a casa y sigamos con el experimento.

El de los lentes de pinza y el que tenía las manos temblor opinaron con cuidado:

—No tenemos derecho de intentarlo sin consentimiento unán ¡Pero ciertamente sería impropio dejarla quedarse más de diez minu

—¡Vosotros, locos del infierno! ¡Vosotros…! —dijo alguien más voz metálica. Comenzó a maldecir, su voz alzándose hasta un grito.

Kenmore se agitó, pero cuatro miembros del personal del Labora estaban delante de él; lanzándose sobre su compañero. El forceje aquel ambiente sin peso fue como una pesadilla. Trataron de golpe mutuamente y volaban hacia atrás en el intento; se colgaron u otro, girando y subiendo y bajando en un torbellino loco allá e centro de la sala.

Entonces habló el hombre de la barba.

—Ya lo tengo. Lo estrangularé si vuelve a insultar a nuestra invit

Los otros se alejaron flotando. Allí permanecieron dos hombres, con el codo doblado por encima de la garganta del otro. Si apretab presa, su víctima se asfixiaría.

—Pero —dijo el hombretón con cinismo—, en esta presión pu retener el aliento durante diez minutos.

—No obstante —contestó el de la barba—,mientras tenga la garg cerrada no podrá» soltar el miedo,

—Cierto —asintió el hombretón. Se volvió» y miró de nuevo a Arle

Era raro; parecía una locura. Pero todos semejaban completam indiferentes dentro de su excentricidad.

—Contémosles algo a nuestros visitante» —dijo alguien con brilla —. ¡No saben lo que hay del asunto!

Ninguno le prestó atención. Los otros siete miraron a Arlene. éxtasis, tristemente. El hombre de los lentes de pinza la miraba una felicidad especialmente infantil. El de la barba, con el b asfixiando al otro, les sonreía, deliberadamente. Había un hombre la miraba con ojos completamente inexpresivos. Aquel los t arrasados de lágrimas.

Kenmore se agitó; Arlene estaba bajo su custodia. Y aquellos hombres del Laboratorio no le miraban a él, ni a Moreau ni al Miraban a Arlene y cada uno de ellos le contemplaba con abstrac absoluta y en distinta, manera.

—¡Miren! —dijo Kenmore. Levantó la vos por instinto y el groso aire, su presión, la amplificó, de modo que casi todos parpadearc oírla. Prosiguió adelante: Vine aquí arriba, con órdenes de abandonen todo experimento. Se ha encontrado allá en la Tierra qu nuevo método de computación demuestra que se consegu resultados completamente indeseables.

El hombre de los lentes de pinza apartó los ojos de Arlen bastante para mirar a Kenmore con expresión divertida.

—¡Mi querido señor Kenmore! ¡Como si no lo supiéramos! —vol mirar a Arlene.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —estalló Kenmore—. ¿Qué les ocur todos ustedes?

Nadie se molestó en responder. Arlene tragó saliva y dijo dubita sofocada por la pesadez de sus palabras:

—¡Algo ha tenido que pasar! ¿Qué es eso que uno de ustedes qu nos pase?

Un rumor de voces se mezcló hablando todos a la vez: «O *ahora,* o...» *«Demostraremos la reacción en cadena...» «Nadie derecho a...» «Dejadme que se lo explique a ella...»*

Kenmore sintió gélidos escalofríos recorriendo su columna verte Allí estaban ocho de los mejores cerebros de la Tierra y todos actu como niños. La tensión intolerable y la infinita acrimonia y la dis podían producir en ellos un estado peculiar, el éxtasis con que mir a Arlene. Era como si sintiesen el reverse exacto de la nostalgia de cuando descubrió que la Tierra ya no podía verse. Aquellos hombr miraban como si la muchacha representase para ellos todas las c en la vida de las que carecía el Laboratorio. Como si ella signifi gentileza y hogar y lo que era normal y natural y correcto, en una e en donde la locura constituía la norma principal, tenía un asp verdaderamente alarmante.

Kenmore señaló con su dedo al hombre de los lentes de pinza ordinario se hubiese sentido abrumado al hablarle, porque era personalidad eminente en el campo de la ciencia, sin embargo, le di

—¡Usted! ¡Usted, cuéntenoslo!

El gran hombre se quitó las gafas y comenzó, a pulirlas, miran Kenmore con ojos de miope. Luego sonrió a Arlene.

—En realidad es muy sencillo —dijo con tono excusativo—. enviaron aquí para hacer experimentos cruciales con un camp fuerza..

Se oyeron gritos de aviso: *«.¡Cuidado...!»*

—Lo tendré —dijo el sabio con severidad—.. He sabido que el ca acepta los neutrones; nadie más lo haría. Nosotros espera utilizarlos como lentes, como los campos en los microscóp electrónicos, para concentrar un rayo de neutrones en luga electrones hacia, un foco... un punto.

Se levantó un clamor: *¡Tú quieres que ello» vuelvan!» «¡No digas r más...!»* El hombre de los lentes de pinza agitó la cabeza.

—No les diré nada importante. —Luego prosiguió dirigiéndos Arlene.— Pero hemos descubierto que hay un punto crítico concentración en un rayo de neutrones... —Se volvió y dijo a los de —: ¿Lo veis?

El hombre de la silla sobre la pared asintió feliz.

—¡Sí! *«Nosotros»* sabemos lo que quieres decir, ¡pero nadie má sabrá!

—Una concentración crítica —repitió el hombre de los lente: pinza—, que levantan, una reacción en cadena. Bombardeando con ciclotón se consiguen muy pocas transformaciones. El núcleo atón forma un ángulo tan pequeño y relativamente alejado, que millone partículas tienen que salir disparadas para alcanzar cada uno de e núcleos. Pero podemos concentrar un rayo de neutrones de manera no haya núcleo... *«¡Ningún núcleo!»...* que escape a su destrucc ¿Comprenden?

—No estoy segura —contestó Arlene dubitativa—. Pero creo que sí.

Los ocho rieron encantados.

—¡Encantador! —dijo el hombre de los lentes de pinza. L añadió: Pero «no *sólo» los núcleos se parten. ¡A velocidades práct «los neutrones» se fragmentan!* ¡Es lógico! ¡Y el estallido de un neu da rienda suelta a una fuerza absolutamente desencadenada y de poder de destrucción ilimitado! Neutrones y positrones... Cada partí debe estar entonces bañada de energía pura. Cada una c romperse... Y al hacerlo, rompe las demás... Tenemos una reacción cadena, en la que cada substancia... incluso el hidrógeno... ¡es explosivo atómico! Si uno sólo de los neutrones estallara, la destruc se extiende por contagio. ¡Si este Laboratorio fuese destruido, la Lu la Tierra... todo el Cosmos... seguiría después.

Arlene sonrió con esfuerzo.

—Entonces comprendo que ustedes no quieren que la Tierra ut ese poder.

—*No* es esta nuestra intención —dijo el hombre de los lente pinza, excusativo—, tampoco queremos que se utilice en absoluto. sabemos cómo se puede llegar a este resultado... Por tanto, nosotro podemos volver a la Tierra. Más pronto o más tarde, algún loco, «A

lunático, algún maniático, amenazaría con destruir a la Tierra a m que se cediese a sus pretensiones. Y puede ser que otro fanátic enfrentase a él con demanda similar. Dos locos, o diez, o un cie cada uno exigiendo toda la energía bajo la pena de destruc absoluta... ¡haría que la Humanidad fuese destruida por fin Entonces el hombre la miró sonriente.

El de la voz metálica gritó medio asfixiad© y con frenesí:

—¡Locos! ¡Vosotros...!

Su voz se interrumpió mientras el brazo que le rodeaba la garg apretaba todavía más.

—Mire, querida joven —dijo con generosidad el de los lentes de p —, comprenda que no podemos volver a la Tierra a causa de lo sabemos. Cada uno de nosotros tiene poder para destruir Humanidad. El poder corrompe. Es un axioma. El poder abso corrompe absolutamente. ¡ Mírenos! Tenemos potencia para destrui uno a otro y eso hemos hecho. Pero alguno de nosotros tiene que to medidas para que nadie más pueda ser destruido. Hemos soltado nuestro suministro de aire dentro de la nave. Respiramos aire qu más denso que el normal. Lo hemos respirado durante sesenta y horas. No podemos abandonar esta nave. Moriríamos de descompre explosiva... Sin remisión. No podemos llegar hasta su nave, que medios para regresar a la Luna, porque moriríamos en el instant que entrásemos en ella.

—Pero... nosotros vinimos aquí para darles órdenes nueva exclamó Arlene con desesperación.

—¡Ya nos las han dado! —dijo el hombre resplandeciente. — ¡es lo que hemos hecho, anticiparnos a ella!

—Déjeme que informe eso —dijo Kenmore—, y que la Tierra pien que debe hacerse. ¡Eso es el modo lógico de obrar!

—¡Sí! —asintió Arlene—. ¡Eso es lo que deberían ustedes de hace

—¡No! —exclamó el hombre de ojos inexpresivos con brusqueda ¡No lo haremos! ¡Nosotros...!

Se levantó el clamor. Arlene quedó ensordecida por el fuerte volu de los gritos. Ellos se dieron cuenta y callaron.

—Lo sentimos —dijo el hombre de los lentes de pinza—. Ust pueden marcharse ahora y, si tienen cuidado, pueden regresar nave. Nosotros no. Les estamos agradecidos porque hayan venido h

aquí. Ustedes son todo lo que nosotros no somos. Pero les rogamos se vayan inmediatamente.

—¡ Les has dicho demasiado! —exclamó una voz indignada—. ¡N conveniente que ellos informen de tantas cosas!

Moreau abrió de un empujón la esclusa de aire. El jefe met Arlene dentro arrastrándola casi y luego retrocedió él mismo, Kenmore. Otras voces alzaron el grito: *«¡Les has dicho demasiado! aprendida más de lo que es conveniente para que la gente de la Tier sepa.»*

Kenmore cerró la puerta con violencia y comenzó a funciona bomba. Jadeaban; mientras que sus trajes espaciales empezaba hincharse.—¡Vigila mi rostro, jefe! —gritó Kenmore por su micrófon interior del casco.

Abrió la placa delantera y carraspeó; entonces el otro asintió. demás abrieron sus placas faciales una por una. El rumor de la bo funcionando prosiguió. La presión en la esclusa bajaba, y con ella ocupantes se descomprimían. Kenmore no perdía ojo al manómetr presión. Al poco su aguja comenzó a agitarse.

—¡Cerrar! —ordenó con aspereza—. ¡Están discutiendo si nos dicho o no demasiado! ¡Tenemos que darnos prisa! ¡Han perdid chaveta! ¡No piensan correctamente!

Podían abrir la puerta exterior; Kenmore lo hizo. La esclusa c espacio-nave estaba a dos metros de distancia, a la otra parte d abismo de estrellas. Moreau saltó por la brecha y se cogió a un asi y tiró de la cuerda aún unida a los demás. Pero Kenmore y el juntos, lanzaron a Arlene a través del vacío. Después tiraron de cuerdas manteniendo a las naves juntas. Se dirigieron haci abertura opuesta. Kenmore cerró de portazo la puerta exterior y dio placa de emergencia para abrir la interior que daba acceso a la ca de la nave terrestre.

—¿Cuánto tiempo tenemos, Joe? —preguntó Moreau tembloroso.

—¡No lo sé... pero ellos lo decidirán! —jadeó Kenmore—. ¡E locos! ¡Harán cualquier cosa dramática y violenta!

La puerta interior cedió. Kenmore atravesó el umbral llamando a que le seguían.— ¡Colocad a Arlene en un sillón! ¡Voy a despegar!

El jefe la arrastró hacia unas sillas. Ella se agarró al asi mientras Kenmore se colocaba febril los correajes para permanece el lugar del control. El ni siquiera había abierto la placa frontal, Jad

—¡Preparados! ¡Cinco… cuatro… tres… dos… uno…!

Hubo un peso intolerable. Arlene se derrumbó en su contorn sillón. Trató de respirar, con el pecho y el voluminoso traje esp oprimiéndola con fuerza en dirección hacia el colchón de detrás d cuerpo. Ella vio al jefe hundirse hasta sus rodillas bajo la acción aceleración; vio a Kenmore esforzarse por disparar otro… y des más cohetes…

La nave terrestre giró en el firmamento y se lanzó hacia la Luna. cohetes vertían masas increíbles de vapor que se extendían has infinito, impulsándolo a la mayor velocidad en el menor tiempo pos Kenmore disparaba los cohetes más potentes cargados en el navío, tras otro, tan de prisa que no esperaza a que acabara uno de arder encender el otro.

Luego Kenmore se derrumbó en el asiento de control. Los coh siguieron ardiendo y ardiendo…

El último de ellos se apagó; la nave marchó veloz hacia adel Arlene se sintió enferma al faltar la presión sobre su cuerpo, pero e se enderezó por completo acostumbrado a la falta de peso.

—¿Crees que lo lograremos, Joe? —preguntó con pesadez.—No —le contestó Kenmore—. No me atrevo a quemar más cohetes. Ten que alunizar.

—¿Pero qué… qué es lo que pasa? —jadeó Arlene.

—Se han vuelto locos —dijo el jefe, con una enorme calma— quieren que su descubrimiento llegue hasta la Tierra. Se han mata sí mismos para evitarlo. Pero estaban disputando acerca de si habían dicho demasiado antes de que la esclusa de aire se cerrase de nosotros. Estando locos, creerán que sí han hablado demasia sólo tienen un único modo de hacerlo.

Arlene tenía el cuerpo dolorido, pero se sentó incorporándose nave terrestre flotaba en el vacío. Parecía inmóvil, pero ella sabía no. Después de toda aquella aceleración, estaría avanzando a velocidad posible. Vio el semidisco del lado invisible de la L delante. Aquella era la parte del satélite que la Humanidad jamás h visto antes de que el Laboratorio fuese instalado en el espacio. H una noche oscura en su centro acerca de la cual los científicos to disputaban acremente. Estaba la superficie del lado invisible d Luna, cortada en dos por la sombra de lo que era la puesta del Sol.

Pero entonces, de repente, desapareció toda visión de la Luna. Y hubo un semidisco, sino un disco completo, blanco, como una plan incandescente; algo tras la nave terrestre había estallado con violencia que iluminó a la Luna con más brillantez que el Sol lo h hecho jamás. El Laboratorio acababa de explotar; su perso temiendo que sus visitantes sabían demasiado, había volado su pr navío. La ola monstruosa podía alcanzar y tragarse a la nave terre si era provocada en el tiempo justo.

Los cuatro de la nave huidiza esperaron hasta enterarse si mori Es más, en su espera empezaron a preguntarse si la Luna mi recibiría alguna andanada de desintegración que la haría estallar co misma violencia monstruosa.

Claro que, si eso ocurría, no importaba en absoluto lo que les pa a ellos...

XIV

¿…PARA QUE CLEMENCIA?

En el camino de regreso hacia la Luna, habían cosas que necesario hacer, pero aquello era muy poco para que Joe Kenı encontrase un momento para pensar en eso. Para él, la destrucciór Laboratorio Espacial significaba que las esperanzas de un fu glorioso para la Humanidad quedaban abandonadas. El abandono (esperanza significaba el fin del progreso, profundamente estancad gente caería en un estado de apatía porque no habría nada por luchar. Se imaginó un descenso lento hasta un abismo de barl mundial, porque estaba seguro que sólo una sociedad tiránica pc gozar de salud.

Estaba también el descubrimiento hecho en el Laboratorio acuerdo con los razonamientos científicos estrictos era posible qu cono no fuera destruido hasta el último átomo de su estrella lejana. Esto era todavía menos tolerable para que Kenmore s imaginara, porque para eso, presumía, no había significado el resul final, ninguna ley en las leyes de la naturaleza, ninguna significa en el mundo de la existencia. ¿No eran todos los esfuerzos d Humanidad fútiles si un loco podía destruir toda la realidad? Humanidad jamás ha carecido de lunáticos. Si tal cosa *«podía»* hac

pensó, algún día ocurriría sin lugar a dudas. Ese hombre p deshacer el acto de la creación por la que el mismo Cosmos h llegado a ser...

Así el viaje de regreso del Laboratorio no fue muy feliz. Kenı pilotó la nave con las cejas fruncidas y una total amargura eı expresión. Moreau hizo cálculos... totalmente necesarios... basán en las observaciones que el jefe hacía... no menos necesarias. Arlene no pretendió quedar absorta por las trivialidades. Miral Kenmore casi llena de remordimientos, porque el esfuerzo comenzar la conquista del espacio había llenado toda su mente y él de eso la sustancia de toda su ambición. La joven tenía compasió Joe Kenmore.

El lado lejano de la Luna se acercó; la nave terrestre flotó alrededor y la Tierra apareció a la vista más allá de un fragmen borde de muros en un cráter. Y más aparecieron las cordill montañosas con los nombres de los héroes nacionales de varios pa y los mares destinados para su nomenclatura por la comi geográfica lunar de las Naciones Unidas. Lo que todo ello parecía a de escasa importancia. Luego apareció el límite del extremo lejan Tierra cruzaba libre en el firmamento y sus continentes habían vue cambiar de lugar. Se la veía claramente gibosa ahora y el , día lı estaba más próximo a la Ciudad Civil, pero todavía faltaba aúr centenar de horas para el alba. Moreau y el jefe se mantuvieron feb en la tarea de hacer observaciones y cómputos e informando a Kenı de sus resultados. El piloto los utilizó para cambiar levemente el ru y la velocidad de la nave, con lo que iba directa hasta el úl alunizaje cerca de la Ciudad Civil.

Más tarde dejaron al alba detrás y se sumieron en la vasta y sombra lunar. Kenmore abrió las persianas y todos ellos esforzaron ojos para descubrir formaciones montañosas a la luz de la Tierra brillaba por encima. Al poco, tuvieron éxito; Moreau y el jefe asegur brillantemente a Kenmore que la nave seguía la dirección debida. tardar mucho apareció el Mare Indrium sobre !a línea del horizonte bahía en que yacía la Ciudad, próxima a los irregulares Apeni Kenmore volvió la nave de cabo a rabo y comenzó el arriesgado pro de la deceleración y alunizaje, sólo para informar de un desastre.

No fue un alunizaje feliz. El viaje había carecido de una siı satisfacción. Kenmore sentía cierto alivio porque no hubiese radi

alunizaje… lo que podía ser un mero descuido… porque eso requerí
alto grado de concentración en alguna otra cosa que no fues
amargura que le dominaba.

Y así la nave terrestre bajó y bajó. Se produjeron chasqu
mientras los giróscopos giraban en el vacío. Y quedaron lo bast
bajos para ver la solitaria lucecita en lo alto de la principal cúpula
Ciudad antes de que Kenmore disparase sus últimos cohetes
deceleración.

Llegaron a la superficie crujiendo, en un espacio de lava barrid
polvo por otras explosiones de cohetes. En el resto no había nada.
tres semiesferas artificiales de la Ciudad eran enormes para
construidas por los hombres; pero eran pequeñísimas en compara
con las montañas apenas a cinco kilómetros de distancia. Mientra
nave descendía, la llama blanca-azulada de sus cohetes ilu
aquellas cúpulas que eran la cumbre más alta de las conqu
humanas. Luego los cohetes, sueltos, de la nave volaron po
firmamento y desaparecieron y ya no hubo movimiento en nin
parte. Silencio. Quietud. Desolación. Pesadamente, los via
entraron en la esclusa de aire para salir al exterior.

Kenmore fue el primero en pisar el suelo. . Sin decir palabra sig
los demás hacia la esclusa de la Ciudad. La vista física de las cosas
desoladora. Las cúpulas de la Ciudad permanecían incoloras a la
terrestre. Las altas e irregulares montañas se las veía pálidas, exc
en donde estaban las negras sombras. Sólo las estrellas brillaban
innumerables colores. Kenmore pensó que parecían contem
satisfechas la derrota del hombre. Y la Tierra, cerca del centro del
tenía el aspecto bilioso, triste y descorazonado.

Entraron en la cúpula principal. Pitkin de nuevo jugueteaba
entre las plantas de por allí.—¿Alguna noticia? —dijo Kenmore
abrir la placa facial de su casco.

—Pues sí —dijo Pitkin, sonriente—. Rogers y Schmidt vinieron e
jeep. Hubo un accidente en su estación localizadora y no pudi
quedarse. Vinieron en busca de una zona segura. Por el ca
encontraron los jeeps que habían huido de la Ciudad. Lo contaron
y Lezd informó a la Tierra. Han vuelto para tratar de ayudar a la ge

Kenmore gruñó. Era infernalmente plausible. Incluso podía
cierto que la dotación de una estación localizadora dejase su pu
porque hubiese habido allí un accidente, haciendo imposibl

cumplimiento de su deber. Archivó la información en su cerebro; e que iba a dejar de crecer.

Abrió camino hasta la cúpula de aire y encontró una parte del ja hidropónico trasladado para decorado que representaba el Labora Espacial. Había sido reunido utilizando también partes de la cú principal y trozos de aparatos técnicos de aquí y de allá. Al princ parecía como un conjunto sin significación alguna de par levantadas en todas partes; pero mientras avanzaban, se conv bruscamente en un escenario para utilizarlo ante una cámara televisión.

Lezd lo contemplaba con aire de satisfacción.

—Lo he preparado para hacer una emisión que se supone proce del Laboratorio Espacial —dijo con placidez—. Cecile duerme... esp Es soportable cuando se encuentra nerviosa e intolerable cuando asustada. Ahora está asustada.

—Pues, ahora, también se mostrará desencantada —le cont Kenmore—. El Laboratorio se ha atomizado. ¡Literalmente atomizad

Lezd le miró parpadeando.

—¡Yo se lo diré a Cecile! —dijo Arlene casi sin aliento detrás de J

Desapareció. Lezd escuchó con creciente expresión desanimad que Kenmore le relató acerca de la destrucción del Labora Espacial... Sin embargo, no mencionó los motivos de esa destrucc Era inútil discriminar las causas para que produjesen desesperació los motivos se conocían en la Tierra, eso sería ya de por sí malo. S la Luna no había llegado el conocimiento, eso sería más soporta Durante el camino de regreso había rogado al jefe y a Moreau y a Ar que guardasen en absoluto silencio... A pesar de que Arlene tenía imagen clara y perfecta de lo que significaba la seguridad.

—Pero —dijo Lezd pensativo, con la abstracción de un especia en sus propios trabajos—, pero esto es un decorado perfecto. ¡Es lástima desperdiciarlo!

—Conviértalo entonces en un puesto localizador de radar —di jefe con un arranque de inspiración—. Haney y yo pertenecíamos a de esos puestos. ¡Podemos dar a la emisión toda clase de atmósfera clímax!

—¡Eso es una buena idea! —contestó Lezd iluminado—. Y la seño Gray estuvo en uno, actualmente, cuando la nave pequeña

destruida y ustedes dos la recogieron. Si hay algo que puede compl
a Cecile, será eso!

Kenmore entró en la cúpula principal y se dirigió al comunicador

Llamó a la Tierra e informó de la explosión del Laboratorio Espa
La muy alta autoridad había dado órdenes tan vehementes para ll
el mensaje al Laboratorio, fue avisada. Joe Kenmore la repitió
informe y la muy alta autoridad pareció a punto de desvanecers
alivio. Parecía que era un enfermo, como alguien condenado
muerte que acaba de recibir el indulto en el último instante.

Alguien más se tuvo que poner en el otro comunicador de la Ti
Fue el mayor Gray, el padre de Arlene.

—¿Está viva Arlene? —preguntó con viveza.

—Completamente bien —dijo Kenmore y añadió—: Tengo enten
que los jeeps desaparecidos han sido encontrados. ¿Hay alguien viv
ellos?

Esperó tres segundos para que su voz llegase a la Tierra y volvie
respuesta.

—Todo el mundo vive —dijo con sencillez Gray—. Los jeeps de
bases de proyectiles dirigidos han llegado hasta ellos. Escaseaba
aire, pero nadie ha muerto. Los jeeps sufriera» sabotaje..

Kenmore no sintió ninguna emoción; se lo había esperado.
estaba la evidencia sólida de que todo lo que había pasado en la Ci
tuvo su origen en el interior de la misma... Excepto el derrumbami
del acantilado para sepultarles a él y a Moreau. Pero no par
importarle de manera particular ya que el Proyecto Lunar tenía que
abandonado.

—¿Bueno? —preguntó cansado—. ¿Qué otra cosa más?

—Los jeeps de las bases de proyectiles están suministrando a
jeeps aire y reparan también el sabotaje —dijo de manera reservad
mayor Gray con tono mesurado—. ¡Naturalmente ! Son gente que e
muy mal impresionada por lo ocurrido.

—¡ Oh, claro! —exclamó Kenmore con amargura—. Eso es
excusa para abandonar todo el asunto del viaje espacial. ¡.Los hom
no pueden soportarlo! ¡Esa será la explicación! ¡Y si todo va bien
todo va bien... habrá un racionamiento gradual de energía atóm
luego de carbón y petróleo, porque son materias energéticas que ha
durar siempre! La gente tratará de sacar energía de las maderas y
viento y no habrá nadie que piense más en las estrellas ni en

mundos que están esperando a que los hombres vayan a vivir sobr ellos. Y al poco...

—¡Le aconsejo que no piense demasiado en este sentido! —cont el mayor Gray ceñudo—. Por el momento tengo órdenes para ustec revelará a nadie de lo que se enteró en el Laboratorio Espacial. U no hará nada para incrementar el desánimo de la Ciudad cuanc gente vuelva en esos jeeps. Usted tomará precauciones extraordina para evitar futuros sabotajes... si es posible. Mientras tanto, una terrestre partirá en dirección a las base* de proyectiles. Espere órd que no sé quién le enviará. Su imagen se desvaneció. Kenmor apartó.

Al cabo de unos segundos se encaraba con una furiosa C Duclos.

—¿Qué es lo que han hecho ustedes? !Arlene me lo acaba de co ¿Y qué es lo que haré yo Millones de personas estarán esperand emisión desde el Laboratorio Espacial! ¡Para prometerles riquez felicidad para sus hijos gracias a algún gran descubrimiento! ¡Y ust han permitido que e3os imbéciles se destruyesen ellos mismos Laboratorio!

—Esos idiotas —contestó Kenmore— estaban tratando de destru Arlene y a todos nosotros.

—¿Pero qué puedo hacer? —preguntó Cecile—. ¡Ya no tengo emis ¿Para qué he venido yo aquí? ¡Para transmitir! ¿Qué puedo ha ¡Nada!

Arlene sacudió la cabeza Kenmore desde detrás de Cecile.

—El jefe sugirió que improvisase una retransmisión desde estación localizadora —dijo Kenmore con frialdad—. Lezd cambiando el decorado. Elabora una bonita historia acerca de hombres intrépidos que, desafiando toda clase de peligros emanado la solitaria Luna, pasan el tiempo buscando por los cielos lleno estrellas pequeños cohetes que vienen de la Tierra.

Cecile Duclos dio una patada con su pie en el suelo para expresa cólera, luego su expresión cambió al tomar un tono sorprenc Después anunció satisfecha.

—¡Muy bien! ¡Yo hablaré con esa gente!¡Pero aún... fue estu dejar que esos hombres destruyesen el Laboratorio!

Se fue. Kenmore se encogió de hombros. Estaba turbado pc brusco final de todas las cosas en que habían planeado pasar su

entera. Arlene sacudió la cabeza.

—¡Pobre Joe! —dijo con simpatía—. Sientes que has perdid empleo y que no hay nada más que valga la pena para trabajar. mañanas incluso aunque no sean los que has estado planeando. podría servirte de ayuda para evitar que te vuelvas loco, Joe. podías ponerte a trabajar con firmeza y energía contra esa gente intentó volar el acantilado para sepultarte a ti y Moreau?

—A excepción de que Moreau y yo fuimos de utilidad para contestó Kenmore sacudiendo la cabeza—, yo... casi hubiese pref haber muerto en aquel instante.

—¡También trataron de matarme a mí! — gritó airada Arlene—. que eso no significa nada para ti?

Ella giró sus talones y abandonó a Joe. Y él debió haberse se inquieto, pero tuvo la satisfacción de ver con claridad el intento de para parecer indignada. Sabía muy bien que Arlene trataba animarle, despertar su interés ' en algo que no fuese el h apabullante de «pie todos sus trabajos habían sido fútiles.

XV

UNA PRODUCCIÓN DUCLOS

Se retiró cansino al compartimiento privado que le pertenecía sentó en el catre —transcurrió un intervalo apreciable entr momento en que quiso sentarse y el del contacto de su cuerpo co asiento— y trató de meditar en el asunto del sabotaje, de elegi presuntos culpables. Probablemente se habían marchado en un como el resto de los fugitivos, tras sabotear la ciudad. Lo más se era que se hubieran separado inadvertidamente de la caravana de j y preparado su ataque contra Kenmore y Moreau. Entraba tam dentro de lo posible que hubieran atacado a algunas estaci localizadoras asesinando a sus dotaciones. Incluso ahora podrían t otros planes. Últimamente habrían maquinado una historia bast lógica que les serviría para relatarla en la Tierra cuando regres como casi únicos supervivientes del desastre de la colonia lunar. Joe Kenmore no podía pensar con claridad. Había trabajado un núr de horas alto sin ningún descanso; cuando se relajó, el agota" mien apoderó de él. No se dio cuenta de que había estado durmiendo h que de repente el jefe comenzó a sacudirle, teniendo en la mano humeante taza de café.

—La teleemisión está a punto —dijo el jefe sonriendo—.. Yo v actuar. Haney también. Arlene dice que tú deberías estar presente.

Incluso en la gravedad lunar le fue penoso sentarse, pero Kenmo hizo. El jefe le entregó la taza de café.

—Arlene opinaba primero que te dejáramos dormir, necesitamos alguien que haga de «público» en el estudio.

Kenmore comenzó a tomarse el café a grandes sorbos.

—¿No ha regresado todavía ningún jeep? —preguntó.

—Alguno sí. Vienen uno por uno. ¡Hombre! ¡Esos tipos están asustados! Ya se vieron asfixiándose o asándose al sol. E descompuestos. ¡Sueñan con volver a la Tierra!

—Incluyendo los que lo originaron todo — dijo Kenmore—. Choca ¿no? Pero no tienen ya motivos para más sabotajes. El Laboratorio destruido y la Ciudad va a ser abandonada. Ya no son necesarios asesinatos.

—A excepción quizá de que a esos tipos les guste el trabajo que estado haciendo, apuntó el jefe.

Kenmore se levantó y siguió al jefe por la cúpula principal has planta de aire de la Ciudad, en donde los tanques hidropón alimentaban a la vegetación que purificaba el aire respirable y se para alimentar a los colonos. Cecile preparaba su emisión magnificencia. No habría guión; no habría director. Lezd se limita llevar a cabo las órdenes de ella. De vez en cuando hacía alg sugerencia. Ella no aceptaba ninguna; se las apropiaba. Kenmore le hacer una tímida indicación referente al orden de las secuencias. no le hizo caso... cinco minutos más tarde Cecile repetía la indica de Lezd pero en forma de orden imperativa.

De lo que parecía el caos, no tardó en aparecer el orden. Lezd c un telón de plástico, material del empleado en las cúpulas y pintó azul su superficie. Colocó tras él un proyector algo ladeado y con crítico examinó desde el frente al imagen proyectada. Hizo transparencia con diapositivas obtenidas en la Ciudad. El resultad parecía convincente para el ojo desnudo, pero hizo un gesto co cabeza a Kenmore.

—Quedará bien para la cámara —dijo—. Cecile aparecerá con espacial y enseñará al público de la Tierra cómo son las flores luna Ella misma será la descubridora. Afortunadamente había aquí fotografía.

—¡Arlene es el único ser humano, además de Mike, que ha tenid las manos una flor de esas! —exclamó Kenmore con frialdad.

—¿Pero qué tiene que ver la realidad con el arte? —preguntó Lez ¡Cecile es una artista!

Cecile Duclos apareció en un traje espacial con un casco prepa y diseñado especialmente para ella por Lezd. No sería práctico fuer las cúpulas —no era estanco ni hermético— pero quedaba bonito. examinó su propia imagen en un receptor monitor de televi dispuesto para el caso. Comenzó a dar órdenes crispadas y autorita

Llegó la hora de la emisión; el monitor se iluminó, su pantalla qu en blanco. Y entonces apareció el rostro de Cecile Duclos, adoptand parpadeante y peculiarmente misteriosa sonrisa.

—¿Cómo estáis? —dijo dulce—. ¡Aquí vuestra pequeña C Duclos, hablándoos desde la Luna! Y ahora hablo de un modo espe porque estoy en un remoto lugar, lejos de la Ciudad, os hablo d una solitaria estación a muchos, muchos kilómetros de distancia. un puesto localizador en donde dos valientes se enfrentan a todos peligros dimanantes de la vida solitaria en la Luna, que escudriñan cielos constelados de estrellas en busca de esos cohetitos de carga vienen de la Tierra.

Llevaba el casco espacial con su micrófono algo levantado para fuera visible. El campo de visión de la cámara se amplió, aparecien decorado preparado al efecto para representar una esta localizadora bastante convincente. Cecile explicó las funciones soledad de aquellos puestos aislados, en donde dos hombres y un lunar permanecían durante catorce días en el frío inhóspit abrumador de una noche en la Luna.

Cecile mostró una vista de una puerta de la estación localizad Faltaba poco para el alba en aquella parte de la Luna, observó exci y… «¡Mirad! ¡Mirad!»… allí se veían los lejanos destellos de la luz de dando en las cumbres de las más altas montañas.

Era en verdad una proyección, pero incluso a los presentes les difícil creer que las lentes de la cámara no enfocaban un panor desolado, con montañas misteriosas recortándose, en un fondo estrellas. Claro que por ninguna parte se veía movimiento, cosa ayudaba a dar la sensación requerida.

De vuelta a Cecile, la presentadora y creadora de programas ten Haney ante un convincente cuadro de mandos —sacado del almacé repuestos— y respondiendo con torpeza a las preguntas de ella. El apareció en escena y desplegó una notable capacidad histriói Habían cuatro estaciones localizadoras, —dijo con esplendido ocupadas sólo durante las más de trescientas horas de la larga n

lunar. Se suponía que un hombre estaba siempre de guardia, vigila
los pitidos del radar que indicarían la proximidad de naves de c
que llegaban a la Luna con provisiones y aire. Cecile le sonsacó
pericia un par de anécdotas acerca de sus viajes por los p
montañosos, donde las avalanchas acechaban imprevisibles para
lenta pero implacablemente sobre ellos, sepultándolos. Se relató
historia de cierta estación localizadora en donde se produjo
filtración en las reservas de aire y se perdieron. El jefe dijo c
remendaron la filtración utilizando agua electrolizada, para obtene
ella hidrógeno y oxígeno para respirar aquella mezcla altam
explosiva procedente de la descomposición del agua durante seis
terrestres, sabiendo que una simple chispita de electricidad estática
haría volar a ellos y a su estación en una explosión que los conver
casi en átomos.

Era aquella una historia lunar parecida al antiguo relato del ji
que montando una muía obediente trotando sobre un precipicio,
al vacío, sigue marchando por el aire y no se cae a la sima porqu
amo le ordena apurado que: «¡Corre, mulita, llega al otro lado ante
que sea demasiado tarde!», salvando la vida montura y montado
jefe la acabó diciendo con sencillez que lo más terrible de todo era
para fumar tenían que salir al exterior de la estación.

Cecile le sonrió con dulzura y cerró la placa frontal de su ca
diciendo:

—¡Si esta cúpula de la estación está tan aislada que les de
ustedes, amigos, casi abandonados a su suerte, ahora que vamos f
y... estaremos usted y yo sin... testigos, será mejor que me pong
más fea posible... por si acaso!

Pareció entrar en una esclusa de aire. La cámara se levantó y
simuló salir al espacio sin aire del exterior. Allí había un jeep lu
proyectado con diapositivas en el fondo neutro del decorado. Ceci
señaló dando una serie de explicaciones con fingido interés acerc
aquellos vehículos de carga. Habló de los trajes espaciales, informa
obtenida de Arlene. Cogió un puñado de polvo lunar, prepara
propósito, y lo dejó caer de sus enmitonadas manos mostrand
recalcando lo lento de su caída. Habló de los deslizamientos de tie
de los lagos de polvo con un estremecimiento contagioso que
adecuado para que el público sintiera escalofríos sin tener miedo to

Entonces pareció trepar un poco, la cámara la siguió, y apareció vista de un cráter lunar con Cecile pareciendo cruzarlo y contando voz maravillada los prodigios habidos en su creación natural. monstruoso planetoide de piedra y hierro cayó del cielo, a mu kilómetros por segundo, estallando literalmente ante la violencia impacto. Aquel anillo montañoso, de varios kilómetros de diámetro la consecuencia; venía a ser un equivalente de la salpicadura d antigua catástrofe.

Todavía hubo más, por último Kenmore se sintió irritado al v Cecile Duclos tras una serie de apariciones más o menos singula saltar finalmente delante de la negrura y luego decir con excitación acababa de descubrir algo. ¡Allí habían flores… capullos de la Lun ella se sentía muy orgullosa de que a pesar de que se habían cur informes acerca de tales plantas de flores lunares, en persona h hallado el jardincito que el gentil personal de la Ciudad Civil h decidido denominar con el nombre de Cecile Duclos. ¡Y allí estaba!

Señaló con dramatismo y pareció que las luces de un jeep lu brillaban sobre ella un instante y luego alumbraban más allá d persona en donde aparecía un jardín infinitamente delicado de esb tallos plateados y de hojas colgantes.

La cámara pareció acercarse; el detalle y la delicadeza de las fl era casi increíble, pero Kenmore reconoció la fotografía a que perten aquella escena. El mismo la había tomado debajo de un acantil cuando con Mike y Arlene trataban de encontrar una esta localizadora tras el desastre de la «lanzadera»… una hora antes de Haney y el jefe les hallaran.

Pero aquello era excelente televisión. No hubo ni una palabra s el sabotaje, los asesinatos, las muertes súbitas. Todavía hubo m referencias a la destrucción del Laboratorio Espacial.

El espectáculo acabó cuando Moreau, también en traje espa apareció y gesticuló imperativo a Cecile para que se fuera con él casco era normal y su rostro no podía ser visto desde fuera. Pero e Cecile permitía que se la viera el rostro con toda claridad; la a sonrió a Moreau ansiosa y se volvió casi de mala gana hacia la cáma

—Ahora ya lea he dicho que es peligroso para mí permanecer tiempo en este hermoso y bello lugar. Por tanto regreso a la Ciud desde allí les volveré a hablar en una próxima emisión —miró a la estatuaria figura de Moreau en su armadura espacial, con la m

parte de su equipo quitado para que se la viese mejor, y suspir manera audible—: Tendré que hacer lo que me dicen —ex insinuante al público.

Hizo después una carantoña diciendo: —¡Es tan guapo hombre!… ¡Y yo soy tan sugestionable! —luego marchó hacia Morea

La pantalla del monitor quedó en blanco tras haber dado una bu muestra de lo que es una política de buenas relaciones en su tare Ocultar lo que en realidad era un fracaso.

XVI

EL ULTIMO GOLPE

Entre los más de dos mil millones de seres humanos vivos, q sólo cincuenta conocían e1 informe del Laboratorio Espacial, aque que se afirmaba que cualquier ulterior progreso en *i* a ciencia atór significaría el suicidio de la Humanidad. La mayoría de aqu cincuenta se encararon con la conclusión violentamente emociona Hubieron tres suicidas. Varios se sumieron en una casi esquizofré evasión de la realidad.

Unos cuantos —muy pocos— reaccionaron ante el info decidiendo que no podía ser cierto. El Cosmos, afirmaban, tiene ser común; no lo tendría si pudiera ser destruido por el hombre, un sus partes componentes. Por tanto, el informe debía estar equivocac

Y mientras Joe Kenmore contemplaba la trucada emisión de C Duclos, había con toda posibilidad una docena de hombres trabaja en comprobar y revisar las implicaciones del informe venido Laboratorio Espacial, a través de la Plataforma del Espacio.

Los datos, por sí mismos, eran cosa pasada. Había habido un ca de fuerza en el que los neutrones podían guiarse e imprim aceleración, como si fueran electrones en el interior de un tub televisión. Ese campo podía ser formado en una especie de lentes enfocarían a una corriente de neutrones hasta un punto matemá

mientras se elevaba su velocidad hasta cualquier valor imaginabl
tal chorro de neutrones concentrados chocaba con materia, ning
partícula subatómica en absoluto podría escapar posiblemente
colisión. Si esos neutrones chocaban con suficiente potencia, pa
que se fisionarían y si cada neutrón se fisionaba...

El romperse de una partícula subatómica significaría su instant
conversión en un chorro de pura energía, igual en masa al o
destruido. Esto no sería energía de fisión, sino la verdadera energí
la materia... la energía de la composición de la sustancia misma.

Una partícula desintegrada de cualquier naturaleza desintegra
las otras partículas próximas. Esas, a su vez, desintegrarían tambi
sus vecinas. La verdadera explosión de un solo átomo haría estal
los demás en un alcance horripilante y una reacción en caden
iniciaría en la cual toda materia sería explosiva y explotaría. De h
empezado esto en el Laboratorio Espacial, la detonación hubiera vo
a la Luna, a pesar de los sesenta y cinco mil kilómetros de distan
que se halla el satélite. La Luna haría explotar a la Tierra; y la Tier
Sol; y el Sol a todos los planetas y a las estrellas más próximas; y e
a...

Tal explosión se propagaría incluso por la infinitamente dil
materia del espacio interestelar —un átomo por centímetro cú
Saltaría la brecha entre las galaxias y convertiría al Cosmos en
sola llama.

Tal línea de pensamiento destruyó a los hombres del Labora
Espacial; no pudieron vivir con esa idea. Pero apenas una docen
humanos, allá en la Tierra —científicos— rehusaron acepta
conclusión del Laboratorio y se pusieron a buscar la falla en todo a
razonamiento.

Hubo un hombre llamado Thurston que llevó el examen hasta e
Fue el mismo que descubrió las falsas presunciones acerca d
energía cinética en las primitivas relaciones de los satélites. Trabaj
el cerebro electrónico analista de Harvard, sentándose ante sus ma
durante setenta y dos horas seguidas, tomando café y trabajando
una sublime obstinación. Cuando acabó, tenía los ojos lloros
turbios por la fatiga y musitó una serie de palabras impublica
mientras explicaba la cinta de las soluciones a los que aguardaban
lado.

Era sencillo que los experimentadores habían utilizado la idea d objeto pequeño y homogéneo bajo el concepto de neutrón. Pensaba los neutrones como algo parecido a nueces; era un modo de pe convencional. Pero un neutrón es en realidad más parecido a planeta gaseoso gigante que a una nuez o avellana. Tiene un nú extremadamente denso, pero disminuye la densidad desde el mi centro hasta esfumarse en la nada.

El punto traído a la luz por el computador analítico, o cer electrónico analista, lo mismo da, era que la estructura física de neutrón es importante. Si dos cosas como nueces chocaban a velocidad, una o ambas se destrozarían. Pero cuando un neutrón d clase actual colisiona con otra partícula, podría ser que no destruyera; a cualquier velocidad más arriba que la de la luz, rebot A la velocidad de la luz no sería un neutrón. Ni siquiera sería un ob sino una onda.

Pero en la Luna, Joe Kenmore no sabía nada de este descubrimi teórico. Por eso exclamó airado cuando acabó la emisión de C Duclos:

—¡Falso desde el principio al fin! ¡Nada sino carantoñas y luz!. esa mujer se ha aprovechado en su beneficio de todo cuanto apre Arlene con grave riesgo de su vida'

—No me importa —le contestó Arlene tranquilizadora—. Yo mi no estaría aquí si ella no hubiese necesitado a alguien como yo qu ayudara.

—Estarías mucho mejor allá abajo, en la Tierra.

Hubo un sonido muy peculiar en la cúpula, un sonido incr porque venía del exterior. Y, claro, ningún sonido podía provenir exterior. Aquel era particularmente sordo, como un rumor. Comen creció en volumen más y más.

Los habitantes de la cúpula se quedaron helados. Kenmore levantó sobresaltado y vio una porción de la pared de plástico d cúpula combarse hacia afuera. Luego, y esto ocurrió en una fracció segundo, se produjo un resplandor rojizo y al instante siguiente fulgor carmesí ardió a través del globo de plástico que era el m interior de la cúpula y su miembro más importante estructuralm hablando. Algo emitió un denso reguero de rojas chispas Se remon través del techo de la cúpula y se hundió en el plástico del otro l Parecía como si una hoja de sable gigantesca, curvada, al rojo

hubiese atravesado procedente del remoto espacio a la cúpula, de a lado. La cabeza movible de la llama desapareció, pero su reguer fuego carmesí persistió. Y por debajo del rugido se oyó de repente el silbidito del aire al escapar hacia el vacío. Kenmore se encontró mismo chocando con Moreau, Ambos habían saltado al mismo tie con el deseo de reparar las aberturas recién formadas. Pero fue salto. Pasaron segundos de agonía antes de que volvieran a brir Había un agujero en el techo de unos quince centímetros. Estaba a metros del suelo, pero en la Luna un hombre puede saltar con facil a esa altura.

Kenmore llegó hasta el agujero. El plástico ajustó encima mism la abertura, atraído por el vacío exterior. Se quedó aplicado firme. Kenmore notó cómo el polvo lunar ocupaba su posición normal e parte de fuera, porque la salida de aire había cesado. Moreau es realizando una tarea en la otra abertura. Los dos comenzarc descender lentamente hasta el suelo.—¡Poneos los trajes espaciale ordenó Kenmore todavía en el aire— ¡Deprisa!

Algunas de las sorprendentemente duraderas chispas car cayeron con él. Naturalmente le dijeron qué es lo que había causa daño. Un cohete de señales que tenía una muesca en su cabeza producir un chorrito de llama ante él; había sido disparado contr polvorienta cúpula desde el exterior. La llamita delantera apart polvo; la posterior impulsó al cohete hacia adelante. Había concebido para perforar polvo lunar, y no otra cosa. Pero h «pinchado» la cúpula en dos sitios y posiblemente no sería el ú cohete empleado para atacarles.

Arlene estaba introduciéndose con cierta pericia, fruto de la prác en su traje espacial. Kenmore tomó el suelo, avanzó con rapidez h ella y empujó una masa de su cabello quitándolo del cerco del cu que soportara! el casco y metiéndolo dentro para evitar que por junturas pudiese haber alguna filtración de aire. Luego comen colocarse su armadura.

—¡Jake! ¡Revisa las otras cúpulas! —ordenó mientras se ajustal casco.

Se aseguró que la placa frontal de Arlene estaba dispuesta para cerrada en cualquier instante y dijo ceñudo a Moreau:

—Vigila el techo. Si comienza a bajar es que se está perdiendo aire por alguna parte que no hemos logrado obturar. Probablem

podrás mantenerlo así con aire del tanque general. Pero si nece: salir, hazlo. La esclusa de aire es un buen refugio para estas ocasio:

Corrió a la cúpula principal. Allí habían tres agujeros en el tech plástico y una señal todavía en brasas del cohete de señales toc ardiendo por haber quedado aprisionado en un montante metáli doce metros de altura. Mike Scandia alzaba una varilla metálica hojas de plástico en un extremo con el fin de cerrar una de las brec El jefe se dirigía hacia otra. Haney, con traje espacial, sujetaba varillas una a continuación de la otra, mientras una hoja de plá: aguardaba a su lado el momento de participar en el remiendo. H: arrancó el fondo de una papelera, lo colocó clavado en la punta c última varilla, extendió encima el retal del remiendo y saltando a lo del techo de uno de los compartimientos particulares, con ayuda d varillas colocó el pedazo sobre la abertura que estaba demasiado como para alcanzarla de un salto. El trozo de plástico se qu firmemente asentado gracias a la presión de aire que aún quedaba (interior de la cúpula.

Kenmore se dio cuenta de que el débil sonido cantarín que perc a través de su casco era debido a los timbres de alarma de los cont: automáticos de presión. Pero la situación en aquellos momentos es dominada. Kenmore se dirigió a la cúpula de energía y encontró raja de casi dos metros de largo en donde un cohete había chocado el plástico en un ángulo muy agudo. Tres hombres con trajes espac trabajaban reparando la brecha. Estaban asustados, pero com(sabían lo que era huir por haberlo hecho antes, se lo pensaron m decidiendo quedarse y luchar. Trabajaban realmente, no sólo salvar la Ciudad, sino para salvarse a sí mismos.

Luego Kenmore se permitió dar rienda suelta a su furor. Un hor había sólo necesitado practicar unas muescas en cierta cantida(cohetes de señales para que la llama en una pequeña porción prolongara delante de ellos y así pinchar las cúpulas de la Ciud: voluntad. Y ese hombre estaba en el exterior…

Corrió a la cúpula principal. Las agujas de sus manómetro: presión marcaban todavía la zona roja de peligro, pero Haney estab nuevo en el suelo y Mike y el jefe se hallaban descendiendo.

—¡Voy en persecución del tipo que hizo esto! —les gritó a travé: micrófono de su casco.

Corrió hacia la esclusa de aire y oyó al jefe gruñir como si hul caído desde una altura extrema incluso para una gravedad de un se

—¡Voy contigo, Joe! —dijo Haney.

—¡Yo también! —exclamó la tartajosa voz Mike.

Pero Kenmore fue el primero en salir; lo hizo en medio del incr espectáculo del amanecer lunar. Los picachos hacia el oeste relu con fulgor incandescente. La bahía de lava en donde estaba asentac Ciudad aún quedaba sumida en las profundas sombras; pero la lu: Sol bañaba las cimas de los Apeninos y por todas partes se ve resplandor de la luz reflejada. Era posible incluso convencerse de había una atmósfera que daba aquella blanda iluminación, o dab efecto luminoso, al menos, La Tierra, cerca del cenit, era ahora una de melón que iba disminuyendo hasta convertirse en el más pequeñ los cuartos menguantes, con una línea de rojo sucio completanc zona negra para demostrar que seguía siendo una esfera.

Kenmore no prestó atención a nada de esto. Sus ojos volaron h los jeeps lunares. No habían demasiados, no obstante; sólo una p de la población de la Ciudad había regresado. Los vehículos retorn habían sido aparcados cerca de la esclusa de aire y Kenmore emiti inarticulado gemido de rabia. No se veían huellas debajo de ellos. H lo que parecía ser una bruma en su torno y alrededor. Y en la Lom hay nieblas excepto en la brillante luz del Sol y donde sustar fotoeléctricas descansan en la superficie. Aquellas nieblas no son cosa que nubes de polvo, mantenidas en el vacío por la repul electrostática de partículas cargadas al igual que ellas mismas bruma que veía ahora Kenmore era distinta.

Sé dirigió a los jeeps a la mayor velocidad que pudo proporcionar andadura lunar. Cuando llegó, encontró que unos cuantos min antes le hubieran bastado para evitar el daño y que unos cua minutos más de retraso le hubieran impedido darse cuenta de él. aparcados jeeps permanecían inmóviles, tenuemente velados pc bruma blancuzca que era polvo lunar cayendo en aquellos mome hacia el suelo para formar una alfombra uniforme, como la del rest la superficie de la bahía. Fueron sólo necesarios escasos segundos darse cuenta de todo. La válvula de aire —por la que un hombre e exterior podía suministrarse aire de los tanques del jeep y rellenarlc su traje— estaba rota. En todos los jeeps. Era una operación practicada el que los hombres en el trabajo respiraran aire del

mediante largos tubos unidos a aquella clase de válvulas. Eso sier dejaba una reserva de aire de dos horas en los trajes espaciales. ahora todas aquellas conexiones estaban rotas.

Los tanques habían vertido su contenido en un chorro sibilante fue lo que levantó polvo. Cinco minutos más y sólo la ausenci surcos y huellas hubiera podido parecer extraña. Si los fugitivos habían regresado hubieran tenido necesidad de volver a esca hubieran muerto por asfixia.

Las figuras de Hane y el jefe y la más diminuta de Mike saliero la Ciudad. Kenmore les llamó por la radio de su traje, explicándol ocurrido. Mike regresó a la Ciudad para dar el aviso de que nadie.. mucho pánico que tuviera, se refugiaría en ningún jeep. Haney y el corrieron a la parte posterior de las cúpulas para averiguar cuál h sido el trabajo de los saboteadores en aquella zona..

Y entonces los auriculares de Kenmore le trajeron una sucesió gritos procedentes de personas de la Ciudad enfundadas en tı espaciales. Se levantó, echó a correr; al cabo de pocos segu atravesaba las exclusas. Había oído gritar a Arlene...

La muchacha había estado en la cúpula del aire. Se dirigió Kenmore. Un montante de dicha cúpula se había derrumbado mitad del techo estaba hundida. Una parte casi tocaba el su aplastando bajo su peso una fila de tanques hidropónicos que h debajo. Dos personas arrastraban desesperadas a una tercera, pill por el desplomado techo cuyo peso se veía suplementado por metr metros de polvo lunar gravitando encima. Kenmore maniobró la vál del tanque de emergencia sito junto a la exclusa. Grandes masa aire expandiéndose se introdujeron en la cúpula. El techo se ag comenzó a alzarse de nuevo, un poco, y él saltó hacia adelante y a al rescate, empujando al fláccido material de la cúpula con un tirando de la víctima con ambas manos.

Pero la persona atrapada era Lerzt; estaba inconsciente. Las fig activas eran Pitkin y Moreau.

— ¡Arlene! ¿Dónde está? —gritó Kenmore.

Debía estar bajo el resto del desinflado globo de plástico, ya sujeto por los montantes y recargado por el polvo exterior.

—¡Alguien entró... a través de la pared! —gritaba con estride Cecile—. El techo se desplomó y ella... ella...

Era patentemente imposible. Caminar por la cobertura de polv una Ciudad lunar sería lo mismo que andar por dentro de un lag polvo. El que lo intentará 'se hundiría, envuelto en el fino polvo con éste fuera arenas movedizas. Kenmore retrocedió y abrió la válvula completo. Durante un instante el techo se levantó lo suficiente c para dejar visible toda la extensión del suelo. Pero allí había desgarrón del tamaño de un hombre a nivel del suelo y en el extr más lejano. El techo cayó de nuevo cerca de aquella monstruosa rot y la garganta de Kenmore gorjeó. Arlene no estaba en la cúpula, ni ni muerta. Todo el suelo había quedado visible durante un moment

—¡Alguien... entró por la pared! —insistía Cecile histéricamen ¡Alguien...!

Y Kenmore lo comprendió todo también. Tras aquel último intent destruir la ya casi domeñada ciudad se escondía una total falt escrúpulos, de piedad, de compasión. El juego era el mismo que e los pinchazos de las cúpulas. Pero cuando se pensaba en ello, cam sobre un lago de polvo o a través de un lago de polvo sería tan sen como lanzar contra la cúpula un cohete. Los cohetes de señales te una potencia de impulso de dos kilos y medio, peso terrestre; ar durante veinte segundos. Un hombre podía mantener uno de cohetes invertido delante de él, lanzando hacia el chorro de llam humo y esa misma combustión volaría materialmente cualquier gr de polvo lunar que cubriese el plástico de las paredes. El de más ar podría deslizarse cayendo, pero su caída sería muy lenta. Un hor podría labrarse su propio túnel si se movía con rapidez y aguant sus cohetes, Y Arlene estaba allí con su traje espacial...

Kenmore vociferó roncas órdenes mientras corría a poner en obr parte de ellas. Si era necesario ya habría quien se cuidara de la Ciu Las peores desgarraduras habían sido remediadas, a excepción c cúpula del aire. ¡Pero se habían llevado a Arlene!

Moreau vino corriendo junto a Kenmore. Una vez fuera, Joe Kenr dio un salto terrible, que le llevó a increíble distancia. Se encar hacia el cobertizo-almacén en donde se guardaban suministr repuestos. El jefe y Haney llegaron rodeando las desinfladas cúpula la Ciudad.

—¡Hay un jeep corriendo hacia las montañas! —exclamó el ind ¡Lo vimos! ¡Haney les gritó que se detuvieran y el jeep int atropellarle!

Kenmore jadeaba por su micrófono y el jefe mascul juramentos... palabras ininteligibles que sonaban malísimam Kenmore inspeccionó y probó el jeep más cercano en otros aspe más allá de la pérdida de todo el aire almacenado. Moreau jadeando y cargado con un puñado de cohetes de señales. Mike saltando y trayendo pólvora de magnesio. El jefe acudió balance un monstruoso barril de nieve de aire...

XVII

PERSECUCIÓN

Fue la más fantástica de las escenas. Los comienzos del alba ha que las cumbres más altas de los Apeninos brillaran con fueg incandescencia. El mare Indrium todavía no quedaba ni rozado p luz, no obstante las cimas montañosas tenían un tinte extraño. Ha figuras surgiendo a saltos enormes, eran hombres corriend beneficiándose de la suave gravedad. Un jeep lunar se dirigía a un otro, recogiéndolos con sus cargas, subiéndolos a bordo y l marchaba veloz —destellando en el crepúsculo— hacia los monst rampantes de piedra que eran las montañas.

En cuestión de minutos el vehículo estaba al principio del pas través del cual el otro jeep había huido... dejando a la Ci presumiblemente medio destruida y a todos los demás jeeps atasc tontamente por haberles vaciado los tanques de aire. Las montaña se alzaban seis mil quinientos metros apuntando hacia las estrellas Tierra. Sus picos estaban bañados por la luz del sol con un blanc fuego. Sus valles eran negros, con la negrura de la tumba. Sólo el resplandor de la Tierra llegaba de un planeta más que giboso ya. múltiples focos del jeep alumbraban el camino por delante; en tod alrededor amenazaban producirse impensadas avalanchas.

En la prisa de partir, las puertas del compartimiento de carg jeep fueron abiertas en el vacío y vueltas a cerrar, mientras qu interiores se separaron para admitir a los hombres que saltab

bordo junto con sus cargas. Dentro del vehículo había una efectiva de aire y sus tripulantes tenían que respirar el de sus tanques vestido espacial, lo que les permitiría un suministro para sólo horas. No obstante, en el interior no remaba el frío exterior y la ba: de nieve de aire crujía hasta que el jefe hizo un agujerito en su p superior; luego se oyó el gorgotear de un líquido dentro de ella. A calor de la "cabina del jeep poco a poco restauró una atmósfera qu era todavía respirable y además poseía excesiva sequedad... pero podría al poco engrosar lo suficiente para sustentar la vida.

Moreau agrandó la abertura de la barrica de nieve de aire y rem sacando unos cuantos puñados de nieve, que mezcló cuidadosam con pólvora de magnesio... que de nuevo volvió a meter en las pu de los cohetes de señales, cerrándolas herméticamente. Era una me singularmente apropiada para el fin que tenía en perspectiva; aque el mismo explosivo que voló el acantilado lunar en un intento ant de matarles a él y a Kenmore. Se trataba del explosivo utilizado e Luna... pólvora de magnesio y aire congelado. La menor ch inflamaría el magnesio con su «forro» de aire sólido, fundiendo bast aire para permitir la llama; luego toda la masa detonaría en explosión cegadora, azul blanquinosa y profundamente destructo: Jamás se había utilizado antes en cohetes. Las cabezas explosivas Moreau había preparado serían los primeros proyectiles disparado la Luna con el directo propósito de matar.

Pero Arlene Gray estaba en el vehículo que debían atacar.

Kenmore había pensado que sabía de la ulterior futilidad e proyectado abandono de la Luna y de todos los esfuerzos conseguir la navegación espacial. Pero ahora se sentía con una clas desamparo que era enloquecedor en el sentido literal. Los hombres perseguía estaban condenados, claro. Ellos no lo sabían, porque n comete jamás un delito a menos que espere eludir sus consecuencia

Los hombres del jeep creían sin lugar a dudas que eran poseed de la coartada perfecta. Podían haber sido una parte de los fugi huidos de la Ciudad en su primer abandono; y podían alegar qu habían perdido del grupo principal, luego repararon su jeep po mismos y regresaron a la Ciudad para encontrarse sus cúp derrumbadas. Se habrían imaginado anticipadamente que el solar o urbe sería visitado por jeeps de las bases de proyectiles di. rigidoa, harto probable, y que los recogerían a ellos para ser devueltos

Tierra. Su plan estaba ya casi destrozado, pero habían mezcla Arlene en las consecuencias de su locura. *«Y esto es la parte realm odiosa de todo crimen»,* pensó Joe Kenmore: *«Los criminales a me perjudican a otros al destruirse a sí mismos.»*

Moreau, mientras creaba armas de muerte, habló bruscamente.

—Lezd debió haber luchado con quien se llevó a Arlene. Su cond de aire estaba cerrado. Será mejor que tomemos buena nota de triquiñuela por si tenemos que ir al cuerpo a cuerpo con individuos.

Hay un control del paso de aire en el cuello de cada traje espa Un hombre puede regular o detener el paso del aire de sus tan según su trabajo o si entra en una cúpula o jeep y cuando abre la p frontal. Alguien había meditado en la posibilidad de un cuerpo a cu en el vacío e imaginado una táctica perfecta de lo que podría ser lunar; eso no se le habría ocurrido a la mayoría de los hombres.

Mike Scandia rechinó los dientes. El jefe y Haney miraban po ventanillas, hacia adelante. Kenmore conducía con furia. No imaginaba la destrucción del otro jeep sin destruir a Arlene al mi tiempo. Lo más grande que podía desear era tener un instante en vengarse por el rapto de Arlene... y eso era algo fútil. Pero se no lleno de rabia de odio hacia aquella parte de puro horror en tod vasta serie de crímenes.

Su jeep trepaba por el paso de las montañas a una veloc moderada e insuperable que a él le parecía paso de tortuga. Kilóme más arriba los picachos en forma de aguja parecían recose firmamento. Podían percibir la débil luz terrestre encima del algunas veces. Más a menudo, ahora, parecían zonas de densa neg en la que las luces del jeep parecían arrojar pequeños y lastim destellos.

Las huellas se curvaban en una ladera; a un lado se abría abismo sin fin. A casi dos kilómetros de distancia las luces del recorrieron una ondulada pared de piedra oscura. Hubo otro tr sinuoso y las portezuelas y ventanillas delanteras del vehí apuntaron hacia un flanco montañoso iluminado por el sol. El astro ya caía sobre aquella zona. No representaba vida, pero todo apa atormentado, torturado, como si se esforzara denonadamente revivir, o por lo menos en dar cobijo a cualquier cosilla viviente.

Pero aquellos que viajaban lo miraron una sola vez. En su may tenían los ojos fijos en polvo del paso que se extendía ante ellos. habían huellas; si los hombres abandonaran la Luna hoy, sus pis perdurarían hasta que el Sol dejara de brillar muriendo para siemp

En aquel momento, no obstante, el hecho tenía importancia po si el jeep perseguido doblaba hacia algún lado, los perseguidore sabrían al instante.

Kenmore conocía aquel camino. Lo había atravesado más de una y últimamente Moreau y él habían transportado por allí hasta la ciu el casco de un cohete de carga, colgado debajo del jeep. Su pres tendría un destino fijo; pensarían que habían destrozado a la Ciu Huían a las montañas simplemente para aguardar cualc oportunidad de que los sobrevivientes volviesen a abandonar la i urbe... y, pensaban, esta vez todos los refugiados morirían seguram porque los tanques de aire de sus jeeps estaban vacíos.

Con toda seguridad aguardarían también recibir una conside recompensa del gobernante de algún país, cuando regresaron Tierra.

Joe Kenmore conducía como un hombre demente o inspirado necesitaban, por lo menos, tres pares de brazos, y otros dones nota para conducir con propiedad un jeep lunar. Cuanto más de pris marchaba, más urgente era la necesidad de habilidades ultrahuma Pero el jeep de Kenmore alcanzaría al vehículo fugitivo porque saboteadores no esperarían que se les persiguiese después del pán confusión que habían dejado con su último ataque. Era muy po que no se molestasen siquiera en viajar muy lejos, pero Joe t intención de alcanzarlos... ¡por velocidad! Y lo hizo.

Vio al jeep de los saboteadores como un débil destellar a la reflejada del crepúsculo. Había allí un escalón y un estrecho portal el que fluía la luz. El deforme y lejano vehículo trepaba entrando e parcial claridad. Seguía trepando, salía del portal, entre din monstruosos de piedra que parecían abiertos a la nada misma.

Kenmore le siguió con tenacidad; sabía lo que le esperaba más Su jeep crujía y rechinaba atravesando una estrecha cañada. S tambaleándose locamente, llegando a una zona en donde la luz c Tierra parecía casi brillante. Entonces se producía un fantá crepúsculo en el que podía verse todo un pequeño cráter a meno dos kilómetros, un cráter formado dentro de los muros de otro ma

Una parte de su muralla circular se había derrumbado formand
abismo lateral. Era aquello lo que podía llamarse una cañada lu
toscamente circular, casi a nivel general. El abismo se extendía
doscientos metros en ambos direcciones, y el cráter pequeño tení
montículo en su centro y sus paredes las constituían afila dos pica
por todas partes a excepción del borde del abismo, cerca del
corrían las huellas de previos viajes en otros jeeps.

El vehículo fugitivo se había metido en aquel lugar. Dio un
limpio y los motores de sus cuatro ruedas se detuvieron. Sus ocupa
tranquilamente pusieron los frenos.

Los perseguidores podían oír ahora las exclamaciones de
fugitivos a través de los auriculares. Vieron un destello de luz y tod
tranquilidad se esfumó, volviendo sus asombrados ojos para ver c
la niebla y el polvo lunar hacían una mezcolanza extraña y cóm
reguero carmesí venía directo hacia ellos como si fuera una flech
final de aquel reguero había otro jeep, el de Kenmore, que marcha
gran velocidad hacia ellos. Una escalera de cuerda pendía a su esc
de aire y una figura humana aparecía colgada de dicha escala.
segundo reguero de chispas carmesí flameó de las manos de aq
figura y tomó la dirección de su parado jeep. Los fugitivos estaban
vez incrédulos y abrumados. M conductor puso en marcha los mot
el jeep saltó hacia adelante. Pero había sido detenido sin pensa
posibles casos de emergencia. Tenía ahora que girar sobre sí m
para proseguir la huida... y se necesitan muchas manos
maniobrar un jeep.

En apariencia, el conductor se dejó dominar por el pánico. Desc
un giro y una de las amplias ruedas se metió en el lugar en que
grandes rocas convergían precisamente del modo necesario para de
inmovilizada. El conductor trató de forzar su rueda aprisionada pri
hacia adelante; luego hacia atrás. No pudo lograrlo.

Kenmore vio una figura con traje espacial dejándose caer al s
desde la escotilla del otro jeep y luego correr con frenesí hacia la ru
Un segundo hombre se descolgó para ayudarle.

Los dos empujaron; hicieron un esfuerzo terrible y lo que pa
imposible tuvo lugar. La rueda quedó libre.

Y el jeep se puso en movimiento. Un jeep ha sido designado
soportar grandes esfuerzos y viajar por cualquier parte. Aquel se h
liberado, pero su conductor en apariencia no poseía las cualid

necesarias para salir con bien de tales emergencias. Había un co
que permitiría al jeep marchar una cierta distancia y luego deter
para dejar que su tripulación pudiese reintegrarse a la cabina. Aq
era extremadamente útil, pero no fue usado en la presente emergen

El jeep avanzó hacia adelante, seguro, con velocidad creciente h
el barranco junto al que se alzaba el pequeño cráter.

Uno de los hombres del jeep rugía con furia. Lo pudieron oír
perseguidores a través de los auriculares. El otro gritaba. Los
echaron a correr tras la máquina. El vehículo aumentó la distancia
les separaba de los dos hombres, marchando hacia el acantilado qu
perdía en la nada, derrumbándose e iniciando el abismo…

Kenmore puso su propio jeep a toda, velocidad, para intentar
manera desesperada, provocar un choque e impedir que el vehí
fugitivo siguiera adelante… Pero Moreau disparaba cohete tras co
desde la escala de cuerda, jurando histéricamente porque los salto
la marcha le estropeaban la puntería.

Un cohete, sin embargo, se estrelló contra una rueda delan
cuando los fugitivos no estaban a cincuenta metros siquiera del b
del abismo. El vehículo patinó treinta metros —despidiendo chisp
antes de poder detenerse. Allí el piso tenía una marcada pendient
descenso. Pero el jeep logró pararse.

Kenmore frenó a su lado sólo instantes después. Se lanzó hac
escotilla de aire, pero el jefe ya estaba atravesándola. Cuando Kenr
tocó el suelo exterior, el jefe ordenaba a los fugitivos con un gruñido

—¡Entregaros si lo preferís o… arrostrad las consecuencias! ¡
será mejor que os decidáis rápidos!

Se encaraba con las dos figuras de los trajes espaciales que esta
a cien metros, bajo el resplandor de la luz terrestre. Uno de
musitaba sonidos ininteligibles. Moreau levantó un cohete de señale

—¿Le disparo? —preguntó.

—¡Dejádmelo a mí! —bramó Kenmore— ¡Dejadme que…!

El más próximo de los dos fugitivos echó a correr. Vino hacia
dando saltos de cuarenta y cincuenta palmos, gritando incoheren
Kenmore salió a su encuentro… y entonces imaginó algo
satisfactorio que destrozar con sus manos al otro.

—¡Dejadle pasar! —gritó a sus compañeros.

Su tono era tan fiero que los demás obedecieron instintivame
Kenmore mismo se apartó a un lado.

La única cosa que un terrestre puede recordar con dificultad en momentos de apuro es que gravedad e impulso son cosas distintas hombre que gritaba se lanzó furioso contra los tres vengadore cuatro, cuando Mike salió— con las manos extendidas para aferr romper. En la Tierra habría pesado unos noventa kilos, más cuarenta de su traje espacial. Allí, hombre y vestido juntos no llega a pesar veinticinco kilos. Pero su impulso hacia adelante tuvo la mi energía que si se hubiese hallado en la Tierra.

El hombretón no pudo detenerse. Salió disparado a través d abertura que había dejado Kenmore al hacerse a un lado y se enco volando hacia el abismo ante el que el jeep fugitivo había log detenerse cuando la catástrofe parecía inminente. Dio un grito sacudió en el aire, tratando de bajar al suelo... de detener su progre cualquier precio. Pero un objeto cae sólo siete metros y medio e primer segundo, en la Luna, claro. Cuando aquel hombre int lanzarse hacia abajo, sus piernas dejaron de tocar algo; pero su cu no descendió. Flotaba.

Su masa estaba a medio metro por encima de la superficie del s cuando pasó en su terrible vuelo y el piso allí tenía pendiente h abajo. Intentó asirse de alguna roca, de cualquier cosa que le pud detener.

No lo logró.

Franqueó flotando el borde del abismo y comenzó a curvarse trayectoria suave pero decididamente hacia abajo. Gritó. Volvió a gr

La negrura se lo tragó. Cayó metro y medio en el siguiente segun algo más de tres en el tercero. Pero aquel precipicio debía tener má un kilómetro de profundidad. Su voz continuó llegando espeluzn durante lo que parecieron siglos, gritando mientras caía y caía.

Su voz se cortó en medio de un chillido. Si la caída no le h matado directamente, tendría roto el traje espacial o destrozad casco. Era inútil en absoluto ir a por su cuerpo... aun cuando hub sido posible hacerlo.

—¡Y ahora, ese otro! —exclamó Kenmore con frenético salvajismo

El aludido estaba parado. Agitaba sus enguantadas manos. Los convergían hacia el pudieron oír sus sollozos por los auriculares.

—Te dejaremos con vida —dijo Kenmore muy fríamente—, hasta vuelvas a la Ciudad y nos digas lo que sabes. ¡Pero sólo te promete eso!

Oyeron lloros y otros sonidos similares. El segundo fugitivo gen gemía; luego se dio la vuelta y echó a correr a ciegas, aumentanc volumen de sus gemidos en su profundo miedo y su inimagin desesperación.

Moreau apuntó un cohete de señales. La llama roja brotó cerca d mano en el mismo momento en que Kenmore le ordenaba que disparase. Pero ya era demasiado tarde; el cohete de señales voló en una línea recta matemática, dejando un reguero de chi brillantes. El fugitivo huía ahora en saltos torpes y alocados que la gravedad hace imponerse a cualquier pánico. El cohete pareció fal pasando cerca de él y por casi un metro…

Pero entonces la llama interior alcanzó el explosivo de su cab Hubo un fulgor de luz Manca tan brillante como el propio Sol. Nir sonido; ningún impacto; nada excepto el destello súbito e intoleral una nube de polvo lunar… pero el fugitivo había desaparecido.

—Y ahora —dijo Kenmore con la garganta seca una vez má veremos si Arlene está bien.

Lo estaba.

XVIII

EL REACTOR DE THURSTON

Parecía que todo el futuro estado cortada y seco y que no iba haber sorpresas. Arlene Gray estaba viva y sin daño alguno, lo que razón para alegrarse. Pero la empresa, que —al entender de Kenmore— significaba, un futuro magnífico para la Humani parecía haber terminado. Allí no había causa *de alegría.*.

Allí había, para estar seguro el hecho de que el mayor Gray le h dicho a Kenmore que no pensase demasiado en tales cosas y que nave de la Marina, se encaminaba hacia una de las bases de proyec dirigidos de la Luna. Pero eso no parecía importar. De cualquier m llegaría después de salir el sol... cuando el viajar era impracticable.

El asunto de la existencia continuada tenía que ser resuelto, inc a pesar de que su propósito quedaba frustrado. Había el regreso d jeeps en los que los habitantes de la Ciudad habían huido... A parecía haber pasado de eso mucho tiempo. Vinieron uno por después de que sus tanques de aire fueron repostados por los milit y efectuadas las necesarias reparaciones por el personal de las base proyectiles. Cuando se enteraron de la destrucción del Laborat alguno de los que habían regresado se mostró jubiloso. Ahora pod regresar a la Tierra, no por su propia culpa o falta, y ya ja abandonarían el planeta madre.

Pero otros parecieron mostrarse agresivos, en una agresividad cercana al sentido de la autodefensa. Habían huido, mientras Kenr y otros se habían enfrentado a la emergencia de la que ellos escapa así los fugitivos no quedaban en demasiado buen lugar. Se pusi insistentemente recelosos del comportamiento de Kenmore. Alg musitó sombrío de que sólo él y el jefe y Moreau sabían realmente c fue destruido el Laboratorio y que podían tener sus raz particulares para no decir la verdad a todo el mundo.

Hubo un tiempo, además, en que Kenmore y los otros considerados tipos altamente dudosos. Sabían exactamente lo hacer en la Ciudad cuando ésta perdía aire. ¿Cerno hubieran sabi modo de enfrentarse a la emergencia aquella a menos que fueran los que la hubieran causado?

Cecile Duclos detuvo todas aquellas murmuraciones median acre comentario de que ella, por lo menos, no estaría viva a no ser Kenmore.—Todavía me es posible emitir a la Tierra sobre comportamiento de los que *«huyeron»* abandonando a la Ciudad y aparatos emisores del rayo de alunizaje —dijo la mujer especialist las emisiones de televisión. Y «s cierto que ella pudo haber muerto alunizaje a causa de aquella deserción; y con certeza lo hubiera h después a no ser por la búsqueda que hizo Kenmore con su jeep.

De aquel punto, Joe Kenmore volvió a ser una persona admira porque nadie quería ofender a Cecile. Los habitantes de la Ciudad deseaban ser presentados en sus siguientes emisiones y recib alabanza para que los teleespectadores de los tres continentes pudi admirarles. Trabajaban febrilmente para alcanzar este fin, atormen a Arlene, a Lezd y a la propia Cecile en busca de una promesa alabanza ante les cámaras, tratándoles como si fueran héroes. evidentemente, servía para que interfirieran de modo natural e lógico deseo de Arlene de estar a solas con Kenmore.

Ella se quejó con tristeza acerca de esta persecución y él la cont sombrío que tendrían que soportarla por lo menos un par de sema Pasaría todo ese tiempo antes de que ordenaran al cohete terre después de la puesta del Sol, para comenzar la evacuación d Ciudad. Arlene estaría entre las primeras en irse; él se ocuparía de En cuanto a sí, perdió un largo período de inutilidad... con inutilidad todavía, más ociosidad aguardándole en la Tierra hasta tuviese creado un nuevo plan para sí y para el futuro de Arlene

pensó mencionar la nave de la Armada que estaba en camino d Tierra a la Luna, dispuesta a aterrizar en una base de proyec lunares. Parecía que eso no tenía nada que ver en absoluto con él.

Entonces concedió de mala gana todo su tiempo a celebrar especie de encuesta oficial referente al sabotaje de la Ciudad conclusión, bastante acertada, era que todos los sabo experimentados podían haber sido hechos por los hombres que hici el último ataque, que se habían llevado a Arlene y que habían destruidos en las montañas por sus perseguidores. Se consideraba por lo menos, la mayor parte de todos esos atentados los habían h ellos.

Pero eso apenas le importaba a Joe Kenmore. No estaba inc interesado cuando Mike Scandia, Moreau, el jefe y Haney se ofreci entusiásticamente para salir y hacer una película tomada en una r de energía solar y destinada a una próxima emisión. Las minas interesantes, pero poco importantes. Un espejo solar concentrab brillo de la luz del astro rey en un foco y ese foco hacía que et c subiese en aquel mismo punto hasta llegar a alcanzar un volu comparable al del mismo sol. Aplicado el punto en un acantilado lu la luz fundiría incluso la piedra más refractaria convirtiéndola en l Aplicado este foco sobre una vena de mineral, no sólo lo fundiría, que le haría hervir, vaporizándolo, evaporándolo. Pero, controlad foco con propiedad, haría manar arroyuelos de puro metal líquido, se verterían en los moldes adecuados.

El proceso minero era el asunto de la emisión. Cecile, claro, apar en la pantalla de televisión como si fuese la Luna misma. Explicaba viveza el modo en que se trabajaba a la luz del día… cuando posible. Un grupo dejaba la Ciudad en un jeep que corría lo bast rápido a través de un calor infernal, como de un horno, hasta un l en sombras, en donde el jeep se enfriaba. Luego otra rápida carre través del infierno que era la superficie lunar a la luz del Sol y así h llegar a la mina misma. La mina era simplemente un gran espejo s junto a un acantilado, con un techado polvoriento para el jeep y aquellos que trabajaban en el dicho espejo. Fue un espectáculo efec Cecile describió el peligro y la desolación calcinadora estremecimientos contagiosos. Hizo evidente el porqué los hom eran seres nocturnos en la Luna. Uno podía calentar un traje espa

para defenderse del frío, pero no había modo do enfriarlo para qu
hombres pudiese vivir largo rato bajo el Sol.

Pero la Ciudad, en sí, desaprobó la emisión. Los refugiados
habían regresado hacía poco consideraron que debían presentarl
todos, uno por uno, a su invisible público teleespectador que
aquellos momentos estaría aguardando en tres continentes de la Tie

Kenmore ni siquiera asistió a la puesta en antena de la emisión
había sumido en una dejadez triste, peligrosamente cercana a la ap
Cuando llegó la noticia de que la nave de la Marina había alunizad
que se refirió el mayor Gray, no sintió ninguna ilusión. Incluso
noticias de que habían preparado un jeep, equipándolo con reflect
de calor y refrigeración para intentar hacer un viaje a la luz del
hasta la Ciudad Civil, no despertó su interés.

El jefe y Moreau llegaron hasta él algo excitados. Tenían
frenética idea de fundir una nave con metal sacado de la Lu
dirigiendo el metal fundido desde la misma arena hasta un molde.
sería su propia nave de carga. La idea era bastante práctica en sí,
Kenmore vio el problema de llevar a aquel navío hasta la Tierra.
posible elevarlo hasta pasar el punto neutral con bastante facilid
Pasado ese punto donde la gravedad terrestre y la lunar se
mutuamente. Entonces caería sobre la Tierra por su propio peso,
el aterrizaje…

Le habló a Arlene de ello, cuando, entre períodos de sueño, ella
dé sacarle de su depresión.

—No es mala idea —admitió Kenmore—. Dicen que van a v
funden una nave y luego ya descubrirán el modo de hacerla aterr
Claro que ese es el problema. Cuesta tanto combustible aterrizar
una nave como despegar. Desde la Tierra pueden dejar que los coh
de carga se estrellen en la Luna y todo va bien. Chocan con los *«m*
y son localizados por el radar. Después un jeep sale, los recoge
trae. Pero eso no puede hacerse en la Tierra. Uno no puede dejar
esas naves de carga de un modo seguro, como meteoros, en ning
parte del planeta… A menos que se escojan los casquetes polares.
se necesitan tres toneladas de combustible para aterrizar, hacer to
tierra una tonelada de nave suavemente y esas tres toneladas tie
que ser traídas hasta aquí… Lo que hace una distancia como diez v
la circunferencia terrestre por el Ecuador. El combustible para ater

una nave costaría más que el valor de dicha nave en dinero, no imp de lo que estuviera hecha.

Arlene quería que Joe siguiera hablando —sin impórtale el asunt que se trataba— más que pensando como había hecho últimamente

—¿Y por qué no dejarlos caer entonces en los casquetes polare dijo interesada—. ¿No pueden utilizarse entonces helicópteros en l de jeeps para recogerlos?

—En el Ártico, no —dijo Kenmore—. Es frágil en su mayor par romperían el hielo y se hundirían. En la Antártida el clima es impos se fundirían con la misma nieve caída sobre ellos y queda invisibles, de todos modos.

—Tiene que haber algún modo —insistió Arlene, a pesar de que importaba en absoluto—. ¿Y el Sahara?

—Serían enterrados a sí mismos en la arena... ¡Hola! —Kenm parpadeó y dijo con voz sorprendida—: Hay lugares en donde el oc tiene una profundidad de varios kilómetros. ¡Puede diseñarse un co de carga...! ¡Mira! ¡Podrían hacerse cohetes como novios supersón terrestres! ¡Dejarlos caer en el océano de modo que su caída f registrada y arreglarlo de un modo que después volviesen flotando superficie... Podrían también llevar una emisora que diese posición...! ¡Tengo que pensar acerca de esto!

Mostró animación por primera vez desde hacía mucho tiem Arlene pareció fascinada mientras la veía explorar nuevos aspecto la idea. Entró con él hasta el calculador electrónico de la colonia y una exclamación de admiración ante los resultados que tuvo. M sacado de minas y fundido en la Luna, podía ser enviado hasta el l en donde comenzaría a caer sobre la Tierra... no todos los met claro. Luego hasta podría utilizarse morteros posiblemente eficientes que los cohetes para disparos en el vacío. Sin resistenci el arare para...

Aún estaba sumido en mayores complejidades cuando Moreau jefe y Haney y Mike Scandia —Mike se había unido últimamente al — volvieron de un viaje a la mina solar.

—Podemos hacerlo —dijo Moreau con tristeza—. Nos es po fabricar la nave. Comenzamos a calcular el coste del aterrizaje y vi que es una estupidez. Ningún navío podría costearse a sí su pr combustible.

—¿No? —preguntó Kenmore—. ¿Mirad estas cifras?

Se arrellanó y Arlene se sintió infinitamente aliviada. Se sentó erguida mientras Moreau se dirigía a la cinta del computador *y* l exclamaba excitado y después con los demás empezaba a dis acerca del diseño de la nave de carga, hablando todos a la vez y alza la voz impulsados por su propio entusiasmo. El jefe sabía en d había cobalto en cantidades fabulosas. Haney conocía la situació una mina de estaño. Había un paraje en donde se encontraba pla metales todavía más preciosos...

Y también habían leyes —preparadas para un exhibicionismo que para una utilidad práctica— por lo que los individuos particul podían hacer denuncias de minas aunque fuese imposible que pudiesen poner en explotación. Los cuatro compañeros se dirigi alegres a uno de los cubículos para completar las formalidades po que nadie se había molestado antes.

—Dará resultado —dijo entonces Kenmore ceñudo—. Y es una tan natural para la publicidad que habrá abundancia de capital que quieran financiarlo. Así probablemente tendré trabajo en el fut ayudando a dirigir e1 funcionamiento de «Compañía Incorporad Minas Lunares y otros Metales». ¿Te gusta, eh?

Pero sus ojos carecían de felicidad. Arlene le acarició la mano. N culpa de ella, pero lamentaba verle desencantado, verle desilusio por el futuro que había planeado durante tanto tiempo.

Fue una notable coincidencia que el jeep especialmente protegi refrigerado llegase a la Ciudad antes de una hora después d discusión .sobre las posibilidades de explotar las minas. Su viaje fu gran adelanto. Tenía enormes reflectores para despedir de sí el calo Sol. Incluso estaba blindado del calor del polvo lunar sobre el rodaba. Tenía refrigeración en gran escala, pero incluso así, tuvo detenerse varias veces para enfriarse. Trajo, sin embargo, a un llamado Thurston.

El había ido a hablar con Kenmore. Era UUN hombre de mimbreño todavía sin acostumbrarse a la gravedad lunar. Pero hab con seca precisión.

—Allá fuera en el Laboratorio —dijo llanamente a Kenmo cometieron un error. Loa pobres diablos estaban bajo un esfu criminal y eso les mató. ¿Sabe usted cómo trabajaban? Como hom en tiempo de guerra quitando espoletas a granadas, a bombas minas. Informaban que iban a intentar algo y después lo probaba

no les hacía volar en pedazos, lo decían así y luego informaban iban a hacer un nuevo experimento. No es un modo de tranquilizador para aguantarlo meses.

—Eso es evidente, considerando lo ocurrido —asintió Kenmore.

—Habían estado desarrollando un rayo concentrado de neutr acelerados —observó Thurston. Y añadió—. Puedo decirle esto po usted ya en realidad sabe demasiado. Podían enfocar el absolutamente y acelerar los neutrones hasta cualquier gr Descubrieron que, con baja potencia, el rayo era tan denso rompería las moléculas. ¡Bonito trabajo en sí! Luego encontraron con focos todavía más finos y a mayor aceleración podrían rompe átomos más pesados... del bismuto para arriba. La gananci potencia era terrible. Pero habían controlado la fisión atómica y a comunicaron.—¡Muy útil! —dijo Kenmore con ironía.

Quería significar, claro, que el verdadero motivo para la Ciudad Laboratorio Espacial era que había un límite entre la cantidad de fi atómica que podía realizarse sobre la Tierra. Esa envenenaba el ai desde el planeta madre, hubo un tiempo que la fisión ató controlada hubiese dado ocasión para delirios y el pánico. E Laboratorio Espacial eso no podía ocurrir.

—Muy útil —prosiguió con suavidad Thurston—. Mire, con un lo bastante denso, la energía emitida no podría volver hacia a prender fuego hacia las partes de atrás, diciéndolo en pala vulgares. La emisión, la suelta de dicha energía sería direccional.

Kenmore dio un salto. La fisión atómica controlada con la en expelida de una forma direccional resolvería muchísimos proble Toda esa energía emitida podría ser capturada y utilizada. ¡Toda! el espacio...

—Por eso hicimos un par de cohetes atómicos para probarlo continuó Thurston—. El Laboratorio iba a hacerlo. Mientras esper a que se terminaran de fabricar los cohetes, comenzaron a imagin lo que ocurriría si el rayo de neutrones chocaba con elementos « *ligeros»* a la velocidad necesaria para romperlos. Pero estaban baj esfuerzo mortal. Aquello era inhumano. ¡Era intolerable trabajar aquella tensión! Así cuando llegaron cifras que afirmaban que tal provocaría una reacción en cadena; una reacción que destruir Universo... oh, no pudieron sopesarlo todo con tranquilidad. Hay

respuesta al fin de toda investigación y ellos estaban en el punt ruptura. Por lo tanto, creían en aquellos datos. ¡No pudieron evitarl

—Pero resulta que estaban equivocados —le dijo Thurston— tomaron en consideración la estructura de los neutrones. Se olvid de eso. Por tanto, para remediar ese olvido he traído los coh Pueden estallar, a pesar de que no lo creo. Pero «sé» que no inici una reacción en cadena. Puesto que el Laboratorio ha desapare quiero montarlos en los soportes para cohetes de la nave que ust tienen aquí. La nave terrestre. Instalar controles dentro y mezcl con cohetes normales. Utilizaríamos los cohetes normales para sal la Luna y adentrarnos bien en el espacio… Y pondríamos entonce marcha la reacción que los hombres del Laboratorio pensaron acab con el Cosmos. No ocurriría eso. ¿Quiere usted pilotar esa nave?

—¿Qué se cree usted que soy? —exclamó Kenmore, airac ¿Cuándo comenzamos?

Sería sólo cuestión de horas instalar los cohetes atómicos y col los complejos atómicos dentro de la nave. La prueba tenía que hecha en una nave civil. El propósito de la Ciudad y del Laboratori cumplido por paisanos y tenía que seguir siéndolo, o habría angus acusaciones en la Tierra. Si el Laboratorio había sido destruido trabajo completado por los militares… oh, la mayor parte del mu acusaría a los americanos de asesinar a los genios que tanto ha descubierto. Por eso era necesario, por cuestión política complet trabajo a través de la Organización Internacional de la Luna.

Kenmore encontró a Arlene mientras los técnicos de las base proyectiles se ponían a trabajar en el cohete terrestre. Ella le so esperanzada.

—Hay algo…

La tomó entre sus brazos y la estrechó contra su pecho. El asp de la muchacha era cualquier mujer en la Luna. Kenmore comen murmurar palabras casi incoherentes. Arlene se libertó del abrazo.

—Todo eso está muy bien —dijo casi sin: aliento—. Pero, ¿qu ocurrido?

Joe logró controlarse a sí mismo. Le contó lo hablado con Thurs Ella le miró fijamente.

Entonces les interrumpió Cecile Duclos.

—¡Mi siguiente emisión! ¡Una magnífica emisión! ¡De eso tengo hablaros! ¡Arlene, tú irás con Kenmore y me contarás todo lo que pa

en la próxima emisión la haremos desde la nave que ha regresado daré a mis teleespectadores la noticia del triunfo de la Humanidad!.

Kenmore sonrió a Arlene.

—¿Te gustaría ir en ese viaje?

—Tú vas, ¿no?

No hubo concurrencia de público para contemplar el despegue d nave terrestre. Era media mañana en la Luna —el Sol tenía una al de cuatro días— y la superficie del «mar» estaba ya más caliente qu agua hirviendo. La luz del Sol misma tenía la virulencia del respla y el calor de la abierta puerta de un horno. Se podría haber cocir allí. Por tanto estaba sólo el jeep de la base de proyectiles cerca sus enormes reflectores de calor pareciendo como la cofia de monja, sólo que de un tamaño de doce metros de altura y con asp plateado. Los hombres de la base de proyectiles se retiraron dentro jeep y Thurston ascendió por los caldeados escalones hasta la esc de la nave. Entró. —Arlene, una vez te di un ramillete, cuando las c tenían mal aspecto —dijo Mike Scandia con cierta grandilocuenc través del intercomunicador y a la sombra del jeep—. Ahora te doy ramo cuando las cosas tienen un buen aspecto: la Corporación Minería Lunar y Metales. ;Toma, de parte del Consejo Administración!

En la sombreada zona debajo de los reflectores hubieron sólo d reflexiones de la incandescencia exterior. Pero Mike tendía algo co mano enmitonada. Y era increíble. En lo que Arlene había visto a de las flores lunares y que era plata, aquel ramillete estaba hech oro. Era infinitamente intrincado, de delicadeza imposible, de belleza apabullante. Mike le tendía un ramito de esbeltos tallos y ramosas hojas. Eran inexplicables en su mezcolanza. Tenían aparente fragilidad de una telaraña, pero eran de oro, brilla reluciente.. Como si fuesen cosas soñadas en un cuento de hadas proporcionar un regalo inapreciable a una princesa.

—;Oh, hermosísimo! —exclamó Arlene mirándoías—. ¡Pero; Mi no me digas que se van a desvanecer!

La voz casi se le quebró y la risita del jefe entró por los auricul de su casco.

—Discutimos acerca de esas flores lunares —dijo tranquilizad
Tenían que ser de mercurio, claro. El vapor de mercurio producido
la luz del Sol en alguna especie de veta, se condensaba a la sombr
donde no podía ser sólo líquido porque hacía demasiado frío. Per t
se congelaba. Mercurio congelado. Copos de mercurio. Naturalm
que se desvanecían cuando alguien se acercaba hasta el punt
calentarlo. Por eso Mike y Haney y yo, cuando estábamos fuera
mina solar y hervimos agua de oro delante de un lugar sombreado
asegurarnos, lo vimos todo claro. Eso no podría ocurrir en ningún l
excepto que tuviese baja gravedad pero… ¿verdad que son bonitas?

—¡Son adorables! —dijo Arlene con tos ojos brillantes—. ¡Adorabl

—Para ti —dijo el jefe—, para que sea un ramo de novia cuando
y tú os juntéis en el yugo del matrimonio.

Se hizo atrás. El y Haney y Mike y Moreau contemplaron desc
sombra del jeep como Arlene trepaba hasta la esclusa de aire
Kenmore muy cerca de ella.

El jeep retrocedió y los cuatro hombres buscaron refugio debaj
poco se detuvo y todos miraron hacia la alta nave terrestre, de p
brillante en un panorama de fuego, destacándose sobre un cielo n
sembrado de estrellas. La nave terrestre comenzó a vomitar llamas
levantó rápidamente hacia las estrellas.

Un largo, larguísimo tiempo después, Joe Kenmore habló
llaneza.

—Ya sabes cómo hacerlo, Arlene —dijo.

Ella asintió y puso su mano sobre las de éL La nave flotaba l
apuntando lejos de la Tierra y de la Luna. No había ningún sonid
su interior. Thurston, recién llegado de la Tierra, contemplaba
formal mientras las manos de Kenmore y de Arlene manipulaba
control que causaría la ignición de los cohetes atómicos del exterio
casco.

—¡Cinco! —comenzó Kenmore—. ¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! ¡Fueg

Arlene ayudó a apretar el botón colocando HU mano sobre la
Kenmore. Entonces el suave ondear cesó. Hubo una sensación de p
De peso no muy fuerte. Kenmore oprimió más fuerte. El peso aume
Levantó la mano. Disminuyó. Volvió a apretar y el cohete terrestre s
hacia adelante como un caballo de carreras…

—Da resultado —dijo a Thurston. Su voz sonaba increíblem
tranquila—. ¿Cuánto combustible hay ahí?

—Unas cien horas a una gravedad —contestó, Thurston—. Claro son cohetes pequeños. Tendremos que construir otros mayores.

—Podremos ir a Marte y volver sólo con éstos —dijo Kenmore en muy baja—. ¡Algún, día, de ahora en adelante, podremos llegar b las estrellas!

—¡Pues, claro! —contestó Arlene llena de confianza

FIN

---

[1] "píí,,pf»r,é!?^{s}ékiads" ¡Este es exactamente lo que esta escrito en el libro! (Nota del Corrector)